

"LAS ZARZAS DEL SENDERO"

DEL AUTOR

En preparación

"Los Centauros de la Raza"

(Novela histórica argentina)

LAS ZARZAS DEL SENDERO

NOVELA

JOAQUÍN MENDEZ CALZADA

MCMXVIII

Impreso por "Virtus"
Florida 32 — Bs. As.

I

El salón es amplio. de extensas proporciones, cual conviene a la redacción de periódico tan difundido, como es a la sazón «El Eco de la Provincia». La sola decoración de las paredes, la forman los periódicos colgados de grandes ganchos. formando como un catálogo de toda la prensa nacional. Desde la adusta «Prensa» y la vocinglera «Vanguardia» de Buenos Aires, hasta «Los Principios» de Córdoba. con su pronunciado olor de sacristía, contémplase allí la prensa argentina, pendiente tranquilamente de los grandes clavos, como si estuviesen ya apagadas las energías puestas a contribución, en el combate cuotidiano, de las beligerancias partidistas, sin tregua, ni cuartel.

Dos o tres redactores, escriben sentados ante largas mesas, pegadas las narices a los montones de cuartillas. En el centro del salón, ante amplia mesa, prepondera la magra figura del director del periódico, que escribe con mano febricitante. Oyese en el silencio de la sala, cómo rasguña la pluma la blanca cuartilla, en los trazos rabiosos con que ultima el párrafo rotundo, cuando al consignar la frase, la pluma inquieta, traza la palabra concluyente y definitiva. La luz de la lámpara, al darle de lleno en el rostro, define eficazmente las protuberancias de su frente sinuosa, llena de clarobscuros, como la frente del Pensador de Rodín. Por momentos, cuando tardan en fluir los términos precisos, que han de devanar la confusa idea, su frente se arruga, cual las aguas tranquilas de un estanque, que se agitasen de pronto. Los ojos parpadéanle lánguidamente, y su mirada vaga, por los límites de la extensa mesa de trabajo, en las breves intermitencias en que descansa la mano. Si la edad ha de calcularse por el exterior aspecto, podemos suponerle sin temor a equivocarnos, treinta años bien cumplidos a Samuel de Villagra.

—¡Nicolás! — llama.

—¡Va, don Samuel!, contesta un muchachón barbilindo, musculoso y rubio, de ojos vivaces y maliciosos, haciendo gemir la silla, al levantarse prestamente.

—¿Has puesto por orden las fajas para el pe-

riódico?... Mira que no pase lo del otro día, que por tu olvido nos hiciste perder la hora de la correspondencia, y no pudo salir «El Eco», hasta el martes... Con que ya lo sabes.

—Pierda usted cuidado, don Samuel — afirmó Nicolás, quedándose plantado como un recluta, y paseando por el suelo una mirada enigmática.

Evidentemente, el muchacho quería decir alguna cosa, y estaba cortado, sin saber cómo empezar. Así fué, que a modo de preámbulo y para darse ánimo, se rascó la nariz con el dedo índice, hasta que aventuró tímidamente.

—...Don Samuel...

—¿Qué dices?

—Pues que cuentan por el pueblo, que anoche a la estatua de Belgrano, que está en la Alameda, pusiéronle una bacinilla en la cabeza...

—¿Ah, sí?

...y que a lo que parece, los autores han sido unos cuantos muchachos, que han tenido un rato de buen humor. Anoche cuando iba yo para casa, pude ver a don Pepito Villar, corriendo por la calle Constitución.

—¡Hombre!

—Y se dice que el señor Intendente, sabedor del suceso no quiere proceder. El caso es que esta mañana al alba, el ordenanza del Concejo, y el sereno, estaban trepados a la estatua limpiándole el rostro — añadió Nicolás,

y ya con semblante plácido, por haberle desembuchado al Director, la noticia trascendente, tornó a poner en orden las fajillas del periódico.

—Caramba... la cosa es seria... — comentó por lo bajo Samuel.—No puede quedar así. Se impone un artículo. A ver ¡Martínez!, ¿ha oído Vd..., pues es menester que mañana «El Eco», traiga el comentario vibrante... De modo que averigue cómo es eso y haga un artículo corto y enérgico, condenando el hecho... ¡Ah! y no se olvide de pegar un tironcito a la fibra patriótica..., así como así, no se puede atentar contra la vera efigie del general Belgrano...

Martínez, en señal de asentimiento, enterró su cabezota entre las cuartillas.

Tornó Samuel de Villagra a escribir breves momentos más. De pronto abandonó la pluma, apoyándola en el borde del tintero, y arrellanóse en movimiento posesorio en el sillón, dejando ambular la vista por las cornisas del techo.

Samuel de Villagra, era hombre de ponderarado talento y altas luces. Recordaba en este momento su infancia. Cuando era aún muy pequeño, falleció su padre, y no conservaba de él, más que un vago y tierno recuerdo. De modo que el ángel custodio de su infancia, fué su hoy anciana madre, que vivía ahora, juntamente con la buena esposa Luisa, y un nene pequeño, que la hostil providencia quiso que

naciese un tanto enclenque. Recordaba su juventud de estudios y privaciones, allí en Pozuela, en la capital de la provincia después, en Buenos Aires por último. Rara, muy rara vez, dejó los libros para jugar alguna partida de dominó con algún compañero. No se avenían las diversiones, con su espíritu vigilante y estudioso, con sus ansias de saber, ni con sus hábitos austeros. contraídos al lado del regazo materno. Por otra parte, a la buena madre, no le era posible mandarle sino los pesos contados y justos para costear el hospedaje en una mediana pensión, y a principio de curso para pagar las matrículas, que bien caras costaban. Bien sabía doña Eulalia, que su hijo necesitaba solazar el espíritu. Pero ¡era tan menguado el escaso patrimonio!... ¡Los sinsabores que pasara doña Eulalia, para girar a su hijo la mesada con solícita regularidad maternal!

Fuera para Samuel, juventud así azarosa, aguijón constante. Y estudiando incansablemente, aprovechó aquellos estudios, que tan hondos sacrificios maternos demandaban. Bebió en el manantial de todas las ciencias, literaturas y filosofías. Pocos como él, tenían noción tan exacta de las cosas. Poseía, además, un estilo propio, una prosa tan suya, lapidaria sin atildamientos, que era justamente celebrada.

Después vínole a la mente el recuerdo de cuando a poco de estar en Buenos Aires, con-

fiáronle la dirección de «El Paladín», uno de los órganos más difundidos de la capital. Y la vida activísima que le siguió. Vida de baraúnda y de tráfagos, envuelto en los vaivenes de la política, tan pronto redactando un editorial, como pronunciando un discurso. Tres años así de intensos ajetreos mentales, hasta aquel buen día que decidió venir a esta Pozuela, a ver a la longeva y buena madre. Después el verla delicada y vieja. Un profundo pesar anudóle el corazón, en dejarla así sola y desamparada, para ir al lejano Buenos Aires. Sintió dejar el calorcillo de aquel hogar tan breve, y el manantial inagotable del amor materno; sintió florecer en su corazón flores filiales, y decidió ser el báculo, en que se apoyase la vejez temblorosa de la buena madre.

Pasaron dos años para Villagra, en aquella Pozuela de tan limitados atractivos. De su casa al Club, a jugar una partida de billar. Al año, una docena escasa de fiestas, venía a poner una sonrisa placentera en los labios de aquellas gentes. Y cuando ya el aburrimiento y el tedio, iban infiltrándose lentamente en el espíritu de Samuel, su corazón abrióse a las llagas vivas del amor, en floraciones pasionales, que hiciéronle mirar reidoramente a la vida. Dos meses después, casóse con Luisa, la fiel y buena esposa, de la que tuvo aquel nene enclenque y debilucho, a quien púsosele el nom-

tre de Isidro, en tributo a la amable y benévola memoria del padre de Samuel.

Aquel casamiento, fué para él, una inoculación de renovadas energías. Adquirió su espíritu una vigorización sorprendente. Y no pasaron tres meses, cuando apareció el primer número del «Eco de la Provincia». Fundólo impulsado por sentimientos de generoso espiritualismo: había que estimular los progresos de la región, combatir el cacicazgo odioso de media docena de caudillos sin conciencia, y abatir el obscurantismo lamentable, tácitamente impuesto por la neocracia religiosa. Había que emancipar aquellas almas de ergástula y aquellos espíritus dómitas. Era necesario el índice de fuego, que señalara a la comarca, las rutas luminosas de la libertad y el progreso. La aparición del batallador periódico, causó en Pozuela una sensación de estupor y un avisperío de pasiones lugareñas, agitóse en su torno.

Entre los elementos clericales, fué como un sonoro bombazo. Era de ver la cara angustiosa que puso el cura párroco, don Agapito Fernanfuerte, cuando bajo el título expresivo del periódico, leyó aquellas endemoniadas palabrejas: «Libertad - Igualdad - Democracia». Era el tal don Agapito, un hombre gordo, en abundantes grasas. Revolvíase colérico, en su sillón de cuero, y sus gordas mejillas, tornábansele bermejas por la indignación. ¡Habráse visto tamaña osadía! — exclamaba. Y se

desquitaba con el reverendo coadjutor, a quien entre denuesto y denuesto, exponía su cristiana cólera, ante aquel papelucho infame que serviría para pasto de herejes.

No menos sorpresa, ni menos odios, suscitó «El Eco» en la cofradía de los «Caballeros del Sagrado Corazón». Era ésta una peregrina institución religiosa, con número limitado de cofrades, que no podía pasar de doce, según constaba en los reglamentos. Los susodichos, principiaron por regalar un altar, el que desde su instalación debía estar custodiado por uno de los cofrades, vela en mano y rezando contritamente durante dos horas, que era el término de duración de los turnos. De modo, que el cofrade que había empezado la sagrada guardia a las dos de la mañana, a las cuatro era reemplazado por el colega consabido. Pero como no fuera justo que a uno tocasen las horas del día, y a otro las de la alta noche, mensualmente invertíanse los horarios.

Constituían tal asociación, espectables vecinos de Pozuela. Por descontado que uno de los de más relieve lo era don Emilio Hernández, rico terrateniente, un hombre que usaba unos anteojos de vidrios gordos y convexos, cabalgando en una nariz atomatada y rubicunda, nariz utilísima que desempeñaba con general contento, oficios de barómetro. La tal nariz, tenía la propiedad en la proximidad de bruscos cambios de temperatura, de ponerse

espantosamente bermeja. Bien lo sabían los chiquillos, que cuando con su maliciosa perspicacia, veíanla de tal color, gritaban desaforadamente:

¡Uy, que a don Emilio se le pone la nariz colorada!. Y a la noche, lluvia o temporal, seguro.

También don Carlos Portones, el sastre, era otro de los cofrades de pro. Menguado de cuerpo, tenía en cambio una lengua que... ¡ya, ya!..., lo que es cuando soltaba el trapo... las tiras de pellejo que sacaba, lo eran de a cuarta. Tenía don Carlos una calva inaudita, en la que solo florecían en primer término una docena de pelillos que el iluso vejete peinaba cuotidianamente, con coquetería extremosa. Era hombre de fecunda chispa. El epigrama, era uno de sus fuertes. El hombre se consolaba, haciendo chistes, del dominio férreo que su esposa doña Clorinda ejercía sobre él. Es posible, que en su misticismo hubiese mucho de papel pintado. Así lo hacía suponer cierta entrevista que un día tuvo con su mujer. En efecto, doña Clorinda, mujer alta, gruesa, y con un bigotillo desconcertante. le interpeló una vez seriamente:

—Oye Carlos, tienes que hacerte Caballero del Sagrado Corazón.

—¿Yo? Pero oye tú, Clorinda... ¿crees que a mi edad estoy yo para cirios?

—Pues nada, hijo, tienes que hacerte cofra-

de. Ya me he comprometido con don Agapito.

—¡Aunque te hayas comprometido con el mismo diablo! ¡No me da la gana!

Esta manifestación rebelde enfureció a doña Clorinda. Y dándole un pellizco de los que levantan roncha, le gritó:

—Pero oye tú, zopenco! ¿Es que me vas a venir a mí con esas?. ¿después que he tenido que librar una batalla para conseguirte el ingreso?... ¡Quién ve ahora al perjenio éste, gritando fuerte!... mira que si no fuera... ¡Pero si ganas me dan de darte una de sopapos...! Y al tiempo que la feroz doña Clorinda le tiraba un puñetazo. don Carlos acurrucóse debajo de una consola y empezó melífluo a decirla:

—Pero Clorinda... oye. Escúchame..., comprende que eso no es posible...

—¿Que eso no es posible?

—Mira, cálmate...

—¡Que me calme el diablo! — vociferó la iracunda señora, saliendo de la habitación con los ojos chispeantes de ira.

El caso fué. que como don Carlos estaba económicamente supeditado a la longanimidad de su esposa. desde aquel día doña Clorinda le suspendió el peso diario para sus gastos menudos. Y cuando don Carlos se encontró sin un centavo ni para fósforos, se debilitó visiblemente su oposición a formar en las filas de la cristiana cofradía. Hasta que cierto día no pudo más, y le dijo a su esposa:

—Mira Clorinda, ¿qué te parece que me hiciese Caballero del Sagrado Corazón?

Y desde entonces volvió a disfrutar la diaria asignación.

Don Nicomedes, don Juan y otros más, completaban el elenco de cofrades. Y cuando «El Eco de la Provincia» apareció con aquellos ideales nuevos, que venían a empozoñar el ambiente beatífico que respiraba Pozuela entera, don Emilio dijo sentenciosamente:

—Lo que es al Villagra ese, hay que excomulgarle. Y una interjección gruesa, poco cristiana, reafirmaba el hondo deseo.

Pero donde concitó más inquina y más odios, el viril periódico, no fué seguramente entre los pacíficos cofrades, ni entre las beatas, ni entre los clérigos del lugar. Todos ellos veían en Samuel un peligroso hereje de tantos, y contaban con que ya se le apagarían los ímpetus. Verdad que debido a aquello. algo ralearía la mansa grey apostólica. Pero no por eso, los cofrades del Sagrado Corazón iban a dejar sus guardias sagradas, ni iba a debilitarse la cofradía, ni dejaría sus interminables rezos el beaterío, ni el párroco don Agapito, ni don Juan el coadjutor, ni don Hércules el canónigo, dejarían por eso de percibir diariamente apetecibles presentes de la feligresía devota, ni se amengüarían los emolumentos, bulas y diezmos, ni habría menos misas de requiem. Por eso el odio cle-

rical era más bien a flor de labios. Pero el odio tácito, profundo, implacable a «El Eco» y Samuel, como una brasa candente metida entre pecho y espalda, lo tenía don Nepomuceno de Vargas, Intendente, a las veces, de Pozuela, y cacique comarcano.

Don Nepomuceno, era hombre de proporcionada contextura. Sus cabellos y bigotes entrecanos, autorizaban a suponerle cincuenta años. Su rostro era inexpresivo, y sólo un observador inteligente, adivinaría en la mirada suspicaz e inquisidora de sus ojos inquietos, sus pensamientos astutos. Era un campesino barnizado con un poco de ilustración, e hijo de unos modestos labriegos de la comarca. Allá en su juventud, fué amanuense del doctor Lambarru, un político instable y acomodaticio, de quien aprendiera, la ductilidad de carácter, la volubilidad política, sus maneras obsequiosas é insinuantes, sus zalamerías persuasivas. Porque tal era don Nepumoceno, cuando quería ganar a alguien para su causa. Pero una vez que le tenía envuelto en sus trapisondas, volvíase autoritario, enérgico y despótico. Admirablemente amaestrado en la política, no reparaba en los medios, para llegar a sus fines. Su pontificado político en Pozuela era inconmovible. Tenía un olfato maravilloso: olía cuando iba a caer un gobierno, o cuando la política iba a pegar un vuelco. Cuando un ministro conservador le nombraba intendente, ya él

iba haciendo su composición de lugar, para que el nuevo ministro liberal, que un día u otro habría de sucederle, le adjudicase el acta de diputado por el distrito.

Bien sabía Samuel, los hondos rencores que, como un fuego secreto, avivaba don Nepomuceno en su espíritu, concitados contra él y «El Eco». Y en este momento, incorporándose en la silla, abandonando sus pensamientos abstractivos, con un gesto resoluto en el rostro, se decía para sí, que él, Samuel de Villagra, sin vacilaciones y sin desmayos, iría inclaudicablemente por la línea recta, por la ruta marcada, como un sembrador de rebeldías, con la obsesión de un apóstol...

CAPITULO II

Irás a tomar el café al Club, ¿verdad? Aguarda, que en instante te traigo el mac-ferlán y el estoque — dijo Luisa, levantándose de la mesa, y mientra Samuel tomaba una última copa de Seltz.—Acababan de cenar. Doña Eulalia e Isidrucho hallábanse ya entregados al sueño.

—Mira, querido — le decía ella, mientras le ayudaba a ponerse el sobretodo — no te tardes ¿eh?, y ten cuidado... que *esos* son capaces de jugarte alguna, díjole frunciendo las cejas y poniéndole una cara compunjida.

Samuel pagó aquellos pueriles temores. con un sonoro beso.

Acompañóle hasta el portal, y en la cancel, envueltos en penumbra, colgósele al cuello y

en leve tumulto diéronse con los labios inquietos, dos o tres besos cordiales y tiernos.

—Hasta luego — y que no tardes.

Aún no había salido a la calle y Luisa desde la escalera aún continuaba sus amorosas recomendaciones.

—Oye, cuando vuelvas, no te olvides levantar las solapas del sobretodo. Mira que la noche está fría, y así que llegues me recuerdas ¿oyes?... Te daré en la cama una tisana calentita, que te conforte... Y no paraba la buena Luisa en sus tiernos cuidados. hasta que no veía a Samuel en la calle.

El Club de Pozuela ocupaba una casa suntuosa y grande. Estaba instalado en el principal, con un lujo que realmente hablaba muy alto, del sibaritismo dominante entre los burgueses lugareños. Reuníase en él, cuanto de respetable encerraba Pozuela en su seno. Comentábase en sus salones los sucesos diarios y la crítica ejercíase de un modo formidable. Pero, ¡cosa rara!, la política nunca venía a perturbar las largas y gratas veladas. Hay que reconocer la razón que asistía a los burgueses de Pozuela. cuando afirmaban que aquél era centro de solaz y recreo. dedicado a gratos pasatiempos, a los discreteos de las lenguas, (si que un tanto aviesas) comentando las comidillas del día, y no debía perturbarse con rencillas políticas.

Así, por lo menos, era lo que con toda con-

vicción, afirmaba don Ernesto, el opulento estanciero, a las veces Presidente del Club. Gustaba don Ernesto de emplear frases ampulosas de novela, como inofensiva manía. Cuando se enfadaba, con expresión de ira, sólo decía: «¡Voto a bríos!» o «!Pardiez!», tan sólo por su carácter de interjecciones folletinescas.

Además, don Ernesto era miope, lo que fué causa de cierto singular accidente, que puso de relieve sus cualidades varoniles. Aconteció que cierta noche. iba el señor Presidente a su casa, con paso furtivo y con sus ojillos medrosos, escrutando las sombras, cuando de repente, vió algo blanco, allí delante suyo, que soplaba como un fuelle. «¡Un asesino!» — pensó para sí, — y súbitamente sintió las piernas húmedas y tibias. Estaba paralizado de terror, cuando algo como veinte alfileres se le clavó en el muslo, que hízole lanzar un alarido de pavor.

—¡Follones! ¡Malandrines! — dijo, reponiéndose un tanto. — ¡Guarecos miserables en las sombras, que amparan vuestros rostros inícuos.... y tomando aire, ¡socorro! ¡socorro!; ¡ah bandidos! — agregó desenvainando el estoque y tirando una estocada al asesino, cuya blanca silueta veía, guarecida tras el hueco de una puerta. — Sintió cómo el estoque atravesó el blando cuerpo e incrustóse en la madera, donde no pudo desprenderlo, hasta que de un supremo tirón, fué a dar con los huesos en las piedras de la calle. Llegaron vecinos.

—¿Pero don Ernesto, qué es eso? ¿Qué le pasaba? Creíamos que le estaban matando — decíanle mientras le incorporaban, con los huesos doloridos por el trastazo feroz.

Empezó a relatarles la aventura. ¡Ah si tengo los lentes puestos!...

Entonces, entre la algazara de los circunstantes, vióse que el feroz asesino que asaltara al digno presidente, era un manso gato. Allí en la puerta atravesado por el estoque, palpitaba el cadáver calentito de un gato blanco.

—Pues si es el gato de la sirvienta del señor cura — dijo uno.

—Si parece que ha andado atravesando el río — dijo otro, palpándole las pantorrillas mojadas.— Efectivamente, cuando don Ernesto sintió en su muslo, la garra del hipotético asesino, no pudo contenerse.

Pero dejando de lado sus flaquezas varoniles, don Ernesto era el presidente insustituible del Club Pozuelés. Y era bajo su período directivo, que había adquirido el esplendor actual. El había implantado cantina y salas de juegos; él había comprado aquellos divanes amplios y comodísimos, que se hundían hasta el suelo, bajo la presión de las nalgas de los graves burgueses. El instaló aquel servicio de calefacción para las largas veladas del invierno. ¡Ah! qué bien se estaba allí, en aquellos salones tibios y calentitos, cuando fuera la helada mojaba las calles.

Desbordaban por las noches los salones. Los jóvenes invadían la sala de billares, de donde salía una creciente algazara, un golpear de tacos y de risas destempladas. Los estancieros dábanse cita en el salón de lectura y empezaban a repasar diarios y revistas, leyéndolo todo, enterándose del precio del maní en el Brasil, o de las oscilaciones de los cueros en Londres. Los más, en la salita de juegos, donde el truco, el tute, el dominó o el ajedrez, tenían devotos fieles.

Subió Samuel por la escalera de ancha alfombra roja, desabrochándose el sobretodo y encendiendo un cigarro. En un rellano el conserje que bajaba, le saludó con un ceremonioso «buenas noches», llevándose la mano a la gorra de anchos galones dorados, como la de un capitán de barco. Ya arriba, echó a andar por el pasillo iluminado. Y miró al pasar el salón de billar, donde dos o tres le saludaron jovialmente. «Que aproveche el cigarro», díjole Pepito Villar, viéndole el puro en la boca. Samuel sonrióse levemente a punta de labios, y se dirigió al saloncillo de juegos. Todas las mesillas ocupadas. Tan sólo en un rincón, sentado en un diván, en actitud filosófica, estaba don Jaime Cuadrado, para quien todos los placeres del mundo, se encerraban en una buena jícara de café. Vióle entrar.

—¡Oye tú, Samuel! Ven hombre... siéntate aquí... te conozco buena pasta, ¿a tomar un

cafecito, eh?, y empezó a palmotearle las costillas. Si hombre, tú eres de los míos. Salga el sol por San Juan o Salta, la cuestión es el buen café. Y este Maragogipe está de rechupete!

Así que se sentó Samuel, don Jaime llamó rudamente.

—¡Mozo! Traiga usted Maragogipe. ¡Bien hecho, eh! Como si fuera para el presidente de la república... ¡Y las gotas!, traiga usted el rom.... caramba, ¿creerás que se me olvidaba decir que trajese la botella de Jamáica?

—Vaya un olvido...

—¡No! Si lo que yo necesito es fósforo, mucho fósforo. Si con razón me decía Aldunate, el 84, cuando se me olvidó el uniforme en Santa Fe: «querido primo, tú tienes que robustecer ese cerebro, necesitas fósforo».

Samuel rió de buena gana.

Era el caso, que don Jaime, se decía primo en no sabemos qué grado del general Aldunate, y en cuanto trababa conversación con alguien, sacaba a relucir el ilustre pariente.

Don Jaime tenía una empresa agrícola en las afueras de la población. Y cuando alguien le preguntaba:

—¿Diga usted don Jaime? ¿Se darán bien este año los trigos?

—Dificililla es la respuesta. Se darán bien o no se darán. He ahí el «nudo gordiano», como decía mi primo Aldunate.

Y a pesar de lo ambiguo de la respuesta, el interlocutor, por descontado, se quedaba muy convencido, cuando nada menos que Aldunate era quien lo aseguraba.

—Le vendrá a usted bien un cigarrito, ¿eh? ¡Catador impenitente! — díjole Samuel, alargándole la cigarrera, de la que el vejete, en un ademán presuroso, eligió el cigarro más blando.

Don Jaime, con voluptuosidad de buen fumador, mordisqueóle la punta. Pero sea que la elección no estuviese bien hecha. o por ótra causa que ignoramos, el endemoniado cigarro no quería agarrar fuego, a pesar de que don Jaime lo chupaba angustiosamente con denodados esfuerzos de mandíbulas. Por fin, empezó a prenderse. y don Jaime, en desquite, dióle una lenta y gran bocanada.

—¡Vaya, hombre! se deja fumar el insurrecto éste... Cuidado que me resultó salvaje!

Trajo el mozo el café. Al sentir el aromático olor, dilatáronsele las naricillas a don Jaime, como si se despertase su sensibilidad dormida.

Aun con todos sus defectos, era don Jaime, el mejor de los hombres, francote, leal y sincero. Era un liberalote de rompe y rasga. Teníale Samuel en mucha estima y profesábale un apego singular. Tal vez porque fuera un buen amigo de su padre, el viejo hidalgo.

—Vamos a ver, Samuel, — díjole sin otros preámbulos — eres un muchacho de un talento que se pesa por arrobas... no, no, mira,

es inútil que me hagas signos negativos... no seas modesto. porque aquí entre nosotros no hay modestia que te valga... Eres inteligente, y lo dice todo el mundo. y si no lo dijese nadie, lo diría yo... ya sabes que no es por halagarte la oreja ¿estamos? Pero escucha. Tú tienes un periódico muy difundido; muy leído, y es el caso que yo, así, a boca de jarro, te pido que me contestes esta pequeña pregunta: ¿para qué te sirve?

Samuel, mientras hablaba don Jaime, delectaba su café parsimoniosamente entre bocanada y bocanada de humo. Sin sorprenderse ante la inopinada pregunta. se limitó a contestar:

—¡Psch. no sé! Averígüelo Vargas...!

—¡Hombre, me gusta tu frescura! Y te quedas como una lechuga... ¡Vamos. tenga usted un periódico. malgaste usted sus energías, pierda su apetito, intranquilice el sueño, para que cuando le pregunten a uno. de qué le sirve todo ello, nos limitemos a contestar: Hombre, no sé... ¡Jé! ¡Jé! Muy bien... ¡Si te oyera tu padre!... Vamos. en fin..., cierto es que algo has conseguido. Te propusiste defender la construcción de caminos.... y cierto es que ya se están iniciando los estudios... Los diarios de Buenos Aires. recién llegados, anuncian que es un hecho la construcción del ferrocarril. Sí señor, todo eso está muy bueno. Es innegable que tu periódico, desde ese punto

de vista ha hecho mucho. Pero ¿y espiritualtualmente?... mi querido Samuel, ¿qué es lo que has hecho por el progreso espiritual de Pozuela? Vamos, dímelo, que te escucho...

—Ante todo, don Jaime, un pequeño aforismo. «Quien va despacio, va lejos», y con ésto quiero decirle que el caminante que se apura demasiado, no por eso llega más pronto, sino que ha acontecido que no llegó nunca. Usted me dice lo que he conseguido por el progreso material de la comarca, es un resultado positivo y evidente. Con que así, descuide usted, don Jaime... y duerma tranquilamente. Lo demás ya vendrá por añadidura.

—Pues mira, Samuel, esa añadidura está muy lejos... Desde ya, me apresuro a decirte que si estás esperando esa luz, has de morirte a oscuras, porque no llegará nunca ¿me oyes?

—Sería curioso ver cómo se basan y fundamentan tales negaciones en futuro...

—¿Que cómo te lo pruebo? Pues mira... sin ir más lejos..., en fin, te lo voy a decir... sí, sí, vive Dios que te lo digo, como dos y dos son cuatro! Hace mucho, Samuel, que estoy reventando de ganas de decírtelo y... para que te enteres, y para que lo sepas, y para... ponte de frente, mírame bien. ¡Eso es! Así! Pues sábete que eres un alcornoque... ¡Sí!... y esa cabezota que te baila ahí encima de esos hombros, es un melón con pelo. ¡Lo entiendes! Ya lo creo que me entiendes... ¿Con que quieres

que te explique? Vamos, y que tenga yo que cantarte letanías!... Pues mira, mientras tú en tu «Eco» no dedicas una sola línea a ilustrar la inteligencia amodorrada del campesino, que gime bajo todos los yugos, mientras se te da un bledo que el Concejo esté acéfalo, ni se te mueva una pestaña por la política de cotarro de nuestro Intendente don Nepomuceno, y se te da un pepino del pueblo que grita y pide elecciones limpias, sin chanchullos ni amaños, donde no se roben actas y resplandezca la vox-populi ¿eh?, mientras ¡jamás!,—y aquí don Jaime tomó a Samuel de las solapas y le miró fijamente entre los ojos,—jamás has sembrado una de esas fecundas semillas de libertad y democracia, que pomposamente pones bajo el título de tu periódico, y te dejas deslizar a son de timbre y orquesta, limitándote a decir desde el «Eco»: «señor Ministro: Mande usted ingenieros que estudien el camino de Pichigasta a El Dormido», o cuando no, aparece un articulejo diciendo: «señor Intendente: El farol de la esquina Velarde estuvo anoche apagado», o señor... pero, en fin, Samuel, ¿te parece a tí bonito y decoroso esta actitud de periodista de la legua, y gacetillero de cafetín, en un hombre como tú, de tus talentos y tus ingenios?

—No sabe usted, don Jaime, cuánto me place el oirle con ese acento francote, llano, sincero... Por lo demás, usted quiere llevar las cosas a

sangre y fuego...., talándolo todo, como un ejército victorioso... Pero yo, don Jaime, mido mis pasos, y piso con zapatos de plomo, con cautela... Entretanto y mientras la ocasión llega, contemporizo...

—Pues hijo, te envidio la pachorra. Te despachas en una forma! Razonas como buen abogado. Si estás así conforme, te admiro... Pero bien se echa de ver que tienes los ojos cerrados. E interrumpiéndose:

—¡Mozo! Otro Maragogipe con Jamáica!

Ya podía caerse el mundo, que don Jaime no olvidaba su pequeño vicio. Y confortado ya con la nueva remesa de café, siguió despachándose.

—Sí. Tú no has reparado en que la ola avanza y amenaza ahogarnos. ¿Y a que no sabes de dónde nace todo? Pues del despacho del Intendente. Tú no conoces a don Nepomuceno. El ha ido a decir a don Agapito: «señor cura: poneos en guardia contra el hereje ese!» y calcula tú cómo habrá revuelto toda la grey sacristanesca. Hubo solemne tenida de los Caballeros del Sagrado Corazón. Y el gazmoñerío intensifica la campaña clerical... ¡ah!... pero escucha, se dice que el párroco, a insinuaciones del Intendente, anda tramitando del obispo diocesano tu excomunión. Y tal maña se ha dado el mentecato del Intendente, para ofuscar a don Agapito y toda la clerigalla, que han logrado agitar el avispero, y dentro de quince

días... ¡¡Se abre un convento de monjas!!, díjole don Jaime con acento patético, con un gesto indescriptible, mientras fosforescían sus ojillos pardos, desmesuradamente abiertos.

—Sí, sí, tiene usted razón. Algo de esos rumores habían llegado a mí. No les asigné gran importancia. Usted comprende que todos ellos, con el avieso don Nepomuceno a la cabeza, no me harán perder ni la gravedad ni la chaveta. Por lo demás, todo es cuestión de óptica. Usted mira la vida bajo un prisma muy pesimista, muy negro. Para mí, tiene un aspecto bien diferente. Quien mira así como usted las causas pequeñas, pierde la noción de las grandes. Por eso es bueno conservarse a prudente distancia. ¿Que don Nepomuceno, don Agapito y el coadjutor me tienen inquina? Pues ya lo sé... ¿Que el señor cura anda en trámites para excomulgarme? Caramba, la cosa tiene gracia. Pues que me excomulguen ¿y qué?... tal día hará un año. Y si abren el Colegio.... en fin, por ahora no pasa de un proyecto. ¡Con que así, don Jaime, tómese usted su Maragogipe, y no embuta la cabeza con esas cosas tan subversivas y tan...

—¿Conque prismas, eh? Pues has de saberte, que yo no tengo más prismas, que el del sentido común, que es un prisma inmutable, que no altera el color. ¿Estamos? Y me dices que no quieres que las causas pequeñas te hagan perder la noción de las grandes... pues bueno,

sigue tú con tus grandes causas, y no pares mientes, en que te están socavando los cimientos de tu casa, que a la fin, ha de aplastarte... No, no, Samuel, reacciona, hombre, reacciona, porque tú eres un hombre así buenote..., eres una pasta de avellana y estás amasado con leche de cordera..., no tienes carácter, ni tampoco corazón, porque tu corazón no es tal, si no...

—Veamos...

—Sí, ríete... pero tú, en vez de corazón tienes una albóndiga, que ni siente, ni se duele de este tu pueblo, con esas inconsecuencias de tu voluntad desfallecida..., si tú fueras otro, no sufrirías los ataques certeros que te dirigen esos pollinos... ¿Sabes tú lo que me dijo Ernesta, mi mujer, esta noche mientras cenábamos?... Casi nada. Que le contó Tomasa la lavandera que te preparan una emboscada, y que a «Pernales» han dado encargo de que una noche de éstas, te muela a palos, hasta derrengarte... Con que no te digo más...

Y don Jaime, sorbiendo ruidosamente el café que quedaba en la tacilla, prosiguió:

—Tú me dirás: Pero bueno: ¿por qué se ensaña conmigo esa gente? «*That is the question*», como decía Aldunate. Tú eres acá en Pozuela, el elemento perturbador, la hidra ponzoñosa, que hay que aplastar. Tú sabes que don Nepomuceno quiere ser diputado. Y si ésto fuese poco, ha ido a la capital a decirle

al doctor Hernández: «señor doctor, poco he de poder, o Vd. sale ungido senador». «Tengo a Pozuela en un puño». Pero he aquí, que de pronto se ha levantado ese Samuel de Villagra y su «Eco», que poniendo el grito en el cielo, ha traído escuelas, caminos, edificios y qué sé yo cuanto más... Pues guerra a muerte a Samuel y su periódico..., y el resultado lo estás palpando...: don Nepomuceno, sopla los oídos a don Agapito, tiene con los gazmoños misteriosos conciliábulos. Don Nepomuceno quiere aplastarte a toda costa... Y quiere también llevarse la diputación sin susto. Desde hace días, cartas van y vienen a los caciquillos de distrito diciéndoles: «asegure usted la elección próxima. Póngase de acuerdo con Zutano y Mengano...», o «al imbécil ese de Antonio el italiano, si grita, dóblenle las contribuciones». En fin, Samuel, sabes cuál es la última gracia de este patán Intendente? ¡Quia!, ¡qué lo has de saber! Pues vete enterando, que la subasta de forrajes la hará rematar con Carlos Portones para adjudicársela después para sí mismo, y tragarse en esa bonita forma, 30.000 pesos, plata de ley!

Don Jaime, después de este viril desahogo, quedó agotado. Se repantigó en el diván. Y observando a Samuel que le escuchaba, con mirada prendida en la pared, prosiguió con voz ya evidentemente más débil.

—Sí, Samuel, tu buque está haciendo agua.

Es necesario que largues las velas y te pongas a navegar a todo trapo, en la buena ruta. Además, cuando se tienen tus talentos, es fácil dar un golpe de timón, que ponga la nave viento en popa.

—¡Mozo, otro Maragogipe con Jamáica!

CAPITULO III

El dormitorio está sumido en discretas penumbras. Por los entrecerrados postigos del balcón, una rajita de sol, se acuesta en la alfombra y va a descomponerse en un florero azul, en el que se desmaya un pequeño ramo de violetas. En un gran cuadro, a la cabecera del lecho, parece palpitar la figura de un venerable anciano. En una mesilla, un confuso montón de correspondencia.

De pronto se descorre la cortina de linón, y la voz alborozada y fresca de Luisa, invade el gabinete.

—¡Samuel! ¡Samuel! Son las diez, hijito..., levántate.

A pesar de los esfuerzos de Luisa, moviéndole de un lado a otro, Samuel solo contes-

ta con ronquidos... roooootttt... rooooótttt... rooooootttttt...

—Vamos hijo, pon esos huesos de punta, se hace tarde...

Samuel seguía roncando como un bendito.

—¡Ea! tendré que echarte unas gotitas de agua en la cara... espera, voy por la esponja... — díjole acercándose al lavatorio, agitando el agua, para que hiciese ruido.

Samuel, no pudiendo resistir argumento tan decisivo, abrió lentamente los párpados. Dirigióle una mirada recelosa ,y así que se dió cuenta que no era más que una broma de ella, díjola suplicante:

—Mira, déjame dormir un ratito más, sí..., cinco minutos más...

—No, caballerito, a levantarse, respondióle con amoroso ceño, abriéndole los postigos.

—Fíjate, fíjate, cómo entra el sol a chorros. Aquí tienes la correspondencia... hay varias cartas...., ¿pero estás despabilado? ¿sí?, pues bueno, en un santiamén te traigo el chocolate...

Levantóse y no hubo dado cuatro pasos cuando repuso, entre risueña y maliciosa:

—Pero primero, quieres los buenos días ¿eh?, y antes que Samuel contestase nada, en ademán amoroso y rendido, sentóse en la cama y dióle en la frente tibia, tres o cuatro besos nerviosos y breves. Y de un gracioso saltito, ligera e ingrávida, salió de la alcoba.

Los llamados de su mujer, el sol irrumpiendo

una sinfonía de luz en la habitación, la perspectiva del apetitoso chocolate y los recientes besos, cuyo húmedo frescor aún sentía en la frente, hiciéronle despertar del todo. Después de frotarse los ojos, posó la vista en el languideciente ramito de violetas, que empezó a contemplar.

—Decididamente — se decía unos minutos después, mientras ensopaba una tostada en el espeso chocolate. Ese don Nepomuceno y su camarilla, están empeñados en apabullarme. ¡Bellacos!... Lo que es, desde hoy, le doy al «Eco» el vigoroso golpe de timón, que me decía don Jaime. ¡Vaya si se lo daré! Como que en el próximo número les voy a arrear un par de disciplinazos de padre y señor mío... Los pondremos como chupa de dómine, que bien se lo están mereciendo esos menguados... ¿Con que no quieren caldo?... Pues, taza y media!... ¡Cuánta razón tenía don Jaime, a pesar de su Aldunate y sus manías. La culpa la tenía él, nadie más que él, por andarse con contemplaciones. Si desde el principio, como lo prometiera, hubiera empezado a repartir zurriagazos de firme, a estas horas estarían más callados que cenobitas, y los Caballeros del Sagrado Corazón más muertos que vivos, y esos zascandiles de curas, ni pestañarían de temor. ¿Con que querían excomulgarle? Pues se le importaba un comino...

Y vistiéndose rápidamente se dirigió a la redacción. Estaba Martínez, con ayuda de redactores y muchachos, dirigiendo la expedición del periódico. Estos doblaban ejemplares, aquéllos poníanle fajillas, éste rectificaba direcciones. Paulino pegaba estampillas, y Nicolás, con una brocha, propinaba engrudo a diestra y siniestra. Amenizaban la labor, haciendo comentarios picantes, o contándose mútuamente ajetreos amorosos. El más fértil en sabrosos lances, ¡quién lo diría!, era aquel demonio de Juan María, muchachote fornido y rubio, de ojos inquietos, de aspecto simpático, de ojeras señaladas y profundas, que denunciaban su adolescencia intensamente vivida. Aún jovenzuelo como era, las sirvientas de Pozuela tenían por él, sorbido el seso. Cuando era un rapazuelo de catorce años escasos, fué monaguillo; ayudaba a misa y en las procesiones salía llevando con otros monagos, unos farolones de plata, encabezando la marcha, y en los bautizos teníale al canónigo la cajita de sales. Pero un buen día en que iba a dar la comunión a una veintena de niñas, don Calixto, un sacerdote anciano, tal vez el único austero de Pozuela, sorprendiólo en un rincón de la sacristía, besuqueando a una de las neófitas.

—¡Hombre, tú ya sabes esas cosas! ¡Largo de aquí! — vociferó el escandalizado clérigo.

Desde entonces, no le fué posible, por la hu-

mareda que levantó el hecho, volver a ingresar como monaguillo. Pero la acción aquella puso tan de relieve sus instintos tenoriescos, que convirtióse en un Don Juan adolescente y afortunado. Pero es necesario decir, que también tuvo sus malos ratos, que en este juego de faldas, no siempre los negocios marchan a pedir de boca. Varias veces tuvo que apelar a sus puños en defensa de sus fueros y prestigios, y la fortuna no siempre le fué propicia. Porque ha de saberse, que Juan María había concitado sobre sí los odios de una docena escasa de muchachos ricos de Pozuela, con vistas al aristocraticismo local, que se pasaba los días jugando al billar en el Regional ruidosamente, haciendo chillar las tizas o tomando café, repantingados ante las mesitas de mármol, las piernas en cruz, fumando habanos y mirando con aire de superioridad a todo el mundo, con un gestillo disciplente, a fin de que se dijese de ellos: «He ahí unos jóvenes que se aburren, lejos de su Buenos Aires».

Solían reunirse los tales, al atardecer, en la Plaza de la República, una plazuela diminuta con pequeños canteros de césped, y una fuente de surtidor en el centro, que representaba una pastora sentada sobre el lomo de un león, por entre cuyas fauces manaba el agua. A la hora difusa del crepúsculo, cuando las criadas paseaban junto a la fuente, estaba ya el

corro de mozalbetes en vigilante espera. Y bajo la mirada propicia de la pastora, empezaban el parloteo y las animadas pláticas, entremezcladas con las risas argentinas y sonoras. Tenía aquella escena, algo de singular encanto, sabroso y picante. Conversaban a media voz, y a veces Julia, la porteñita, pizpireta y bonita, gustaba de decir en voz alta, para que alguien la oyese y avergonzar a su tenorio circunstancial.

—¡Don Rodolfo, no pellizque usted tan fuerte!

Tal era el favorito pasatiempo de los jóvenes pozuelenses. Pero una buena tarde, el corro tenoriesco, sufrió una honda impresión. Maruja, no iba más a la fontana, aquella fascinadora Maruja de ojazos negros y boca roja como una amapola. E informes de aquí, informes de allá, vinieron en averiguaciones de que Maruja estaba enamoriscada de Juan María, el redactor de «El Eco».

La noticia causó sensación en el corro. Desde entonces, aquellos mancebos tomaron a Juan María un odio formidable, que se renovaba cada vez que encontraban á Maruja en la calle o en el mercado, columpiando su canastillo de compras en el brazo mórbido, con sus negros ojazos y sus mejillas de color de rosa, como el color de las manzanas de la tierra. «¡Ah, la muy...!» — decía Pepito Villar a sus compañeros, cuando la veía pasar tras los

grandes vidrios del café Regional, mordiéndose las uñas de rabia.

En aquel momento, mientras Juan María doblaba ejemplares muy ufano, Nicolás hacía la pregunta que mascullaba hacía algún rato.

—Oye, Juan María... Queremos que nos cuentes lo que te pasó con Maruja... Dilo, hombre... más o menos ya lo sabemos...

—Sí, señor, que lo cuente..., dijo otro.

—Pero hombre, respondió, sonriendo con una sonrisilla de semi-satisfacción... si no pasó nada.

—Bueno... bueno; entra en materia. No faltaría sino que nos negaras que ña Ramona, te encontró a solas con Maruja, la otra noche...

—¿Y eso qué?... Bueno, os lo diré. Sabéis que Maruja iba todas las tardes a la fuente de la plaza, y allí le hacía la corte Pepito Villar. Yo me dije un día, que bien podría soplarle la «*fémina*»... y me dije, decir es hacer... Y como para amoríos me pinto solo, le estreché el cerco hasta que le dije: «o Pepito o yo». Calla, hombre, me dijo ella, si le prometo el oro y el moro para que me dé cajas de bombones... Desde entonces nos entendemos y hacemos un pan como unas hostias...

—¿Sin consagrar, eh?

—No, no, pero cuéntanos lo de la otra noche...

—Sencillamente, que la otra tarde le dije a

ella: «Te esperaré a la salida de la novena, tras la capillita de la derecha. Conversaremos un rato». Y aquella noche, en cuanto me junté con Maruja, conversa que te conversa, nos fuimos por esas callejas, y he aquí que nos encontramos, impensadamente, frente a la tapia ruinosa de la escuela. Nos sentamos en unas piedras, y así estábamos, cuando acertó a pasar ña Ramona, con un par de gallinas recién robadas del corral de don Ernesto. Y en cuanto nos vió, exclamó: «El diablo me lleve, si esos no están pecando!...», y al otro día lo supo todo el pueblo..., y no era cierto. Ved por donde ha sido calumniada la pobre Maruja. De veras, os juro, que ha sido mentira de ña Ramona...

Martínez, que había permanecido ajeno a la conversación, consultando el libro de suscriptores, prorrumpió:

—A ver, Andrés, fijaos si está retirada la fajilla 35 de La Rioja...! Eh, Paulino, ¿dejaste «El Eco» en casa de don Cándido?... Bien... treinta y seis, treinta y siete, treinta y ocho... el treinta y nueve hace un año que no paga... y el que no paga en un año, no paga nunca. Sacadle, sacadle el número.

La repentina entrada de Samuel, acabó los cuchicheos en la redacción.

—Vea, Villagra, vea estos versos que ha traído Mendizábal...

—¿Versos? Como para versos andamos... Lo

que precisa «El Eco» son odas revolucionarias.

Martínez, perplejo, acariciábase los granos del cuello, de los que tenía tal profusión, que su cuello parecía una cordillera.

—Bueno, Martínez, acerque esa silla, tenemos que hablar largo y tendido.

Empezó él a explicarle cómo recrudecía la campaña de hostilidad del Intendente y los recalcitrantes que le seguían.

—Mire esta carta de Alanís que acabo de recibir. Le parece que puedo cruzarme de brazos? ¡No, señor! — exclamó visiblemente irritado.

Quedóse Villagra un rato pensativo. Martínez entretanto miraba al suelo y palpaba amorosamente sus granos. Al fin, Samuel prosiguió.

—Bien, Martínez, hasta hoy hemos asumido una actitud pasiva y contemporizadora. Así correspondía, mientras ellos no se opusieron a la obra de progreso impulsada por el periódico... «¡Ah, pero ahora!..., dijo cerrando los puños,—ya los véis, quieren matar en germen el proyecto de Escuela Normal, y don Nepomuceno quiere elegir un Concejo por medio de una elección canónica... Pues a templar las cuerdas, porque habremos de hacerlas sonar fuerte. Desde hoy me suprimís la sección «Administrativas», porque necesitamos el espacio para los artículos doctrinarios..., escribiremos sobre Libertad, sobre Democracia. Y estas palabras que son como una bandera y un símbolo, que

sean en el periódico un eterno cascabeleo, para que se graben y se infiltren en las cabezas más horras... Fuera hojarasca literaria. que el vulgo no sabe de paráfrasis, ni prosa burilada... Hay que desnudarles la Verdad cruda. aunque le escame al intendente y sus acólitos.

Y allí, en aquel mismo instante decidió la brava campaña, en defensa de los derechos y libertades de Pozuela. Agarró bajo el generoso impulso una cuartilla y escribió un título: «*Alea jacta est*». toda una catilinaria para los cacicazgos retrógrados, para los prevaricadores públicos. Y una sonrisilla. acusaron los labios de Samuel, cuando encontró la frase final del artículo, viril y dura: «*Es la hora de que rompamos las cadenas*»...

CAPITULO IV

De Pozuela al río, solo había dos kilómetros bien medidos: la población extiéndese sobre la margen de un río profundo, cuyas aguas venían zigzagueando entre las laderas de la sierra, hasta que al llegar a Pozuela, el río, ganando en hondura, se deslizaba hacia las lejanas llanuras.

La población está enclavada en la falda de una colina. De ahí que gran parte de sus calles, sean en declive. Cuando se ve la población a lo lejos, parece que sus blancos caseríos, quisieran ir a la conquista de las cúspides, de las verdes colinas circundantes. Y al lado de las modernas casas de grandes ventanales, de profusa cristalería, vénse las viejas casas de adobes, ostentando las injurias de Cronos, en sus paredes grisáceas.

Cuenta la población con lindas plazas. Y el paseo de la Alameda, llamado así por los altos álamos que lo flanquean. En este momento rebosaba de gentío. En un kiosko cercano a la estatua de Belgrano, la desgañitada banda de la población, revolucionaba los tímpanos con sus marchas y valses, tocados bajo un compás dudosísimo, a pesar de los nerviosos movimientos de batuta de Luis «el gringo», el maestro. ¡Ah!, pero él suplía los defectos de afinación de su murga, dando sonoras patadas sobre el tablado del kiosko, mientras accionaba con la batuta, como un furibundo Beethoven. Pero por lo menos, sus loables esfuerzos, eran bien apreciados por las gentes del pueblo, que bailaban allí al lado, sobre la hierba, con tesón envidiable.

En aquellas tardes dominicales, mientras tocaba la banda, acudía la población a la Alameda. Los graves vecinos con sus señoras prendidas del brazo, escoltando pandillas de niños, pasean lentamente o se sientan en las bancas de piedra a descansar. Las jovenes reunidas en grupos de cuatro o cinco, pasean y parlotean alegremente con jovenes amigos. Las sirvientas, como en desquite, a las rudas tareas semanales, prefieren el culto a Terpsícore, y vánse a bailar sobre el prado, al pie del kiosko de la música.

Samuel, Luisa é Isidrucho, iban entrando a la Alameda. Isidrucho, ufanísimo con su traje-

cito de marinero, de botones y anclitas doradas... Bien es verdad que amargas lágrimas le había costado. Desde aquel domingo en que vió a un amiguito un trajecito así, con botones dorados y anclitas de relieve, Isidrucho suspiró de inocente envidia... Acentuóse su palidez y un día en que el pequeño estaba enfermo, Samuel quiso consolarlo: «Mira, Isidrucho, no es nada, te voy a comprar un tambor...» «¿no?...» «¿quieres una pistola de flechas de goma?...» Isidrucho no pudo más, y con carita compungida, con voz entrecortada, resolvió revelarle su íntimo secreto.

—«Papá, yo quiero un traje de marinero, con botones dorados y anclitas bordadas... como el de Juancito». El buen Samuel, revolvió todas las tiendas de Pozuela. No había y hubo que encargarlo a Buenos Aires... ¡Cómo palpitaba de gozo el corazón de Isidrucho, aquel fausto día en que llegó la caja de cartón, con el dichoso trajecito de grandes botones y anclas doradas. Desde entonces volvieron a adornar su carita aquellos tímidos colores de la anemia. Y miraba ahora, con infantil superioridad, a los demás chicuelos.

—Oye, Samuel — dijo Luisa de pronto, en pleno paseo — repara en Portones. Mira qué avinagrada está doña Clorinda.

Efectivamente. En una banca de piedra estaba el chispeante don Carlos, con cara sacristanesca, cuidando de los pequeñuelos, pa-

sándoles balance con la vista, bajo la prepotente mirada de su esposa.

—¡Carlos! ¿No ves lo que hace ese niño? decíale rudamente doña Clorinda.

Y don Carlos, alzando del suelo uno de los pequeños que se entretenía en llenar de piedritas los bolsillos, reprendiólo con inusitada rudeza.

Como se ve, don Carlos compensaba sus debilidades de esposo, con sus energías de padre.

Cruzáronse con Subirana. Sergio Subirana tendría veintiocho años. De cara simpática y pelo rizoso que escondía bajo un sombrero hongo, estilo mosquetero, que usaba terciado, tanto, que a no ser por la oreja que le servía de apoyo, no podría sostenerlo en la cabeza. Caminaba airosamente, siempre haciendo girar un junquillo entre los dedos con pasmosa velocidad; en menos de cinco segundos lo hacía pasar de pulgar a meñique, describiendo amplios círculos. Su peregrina figura, su sombrero terciado, el airoso andar, su elasticidad de dedos para manejar el junquillo, considerábalos cualidades especialísimas para los ojos femeniles.

Según decía Subirana, él tenía desde pequeño marcada vocación por la oratoria. En Pozuela, jamás se le había oído.

—¡Qué iba a hablar en aquella aldea!, decía. Vea usted, le dijo cierta vez a Samuel, el público es un ente informe que se sugestio-

na con gestos enérgicos, y con metáforas redondeadas... Es una pasta de cera, que se modela con movimientos elásticos y a puñetazos vigorosos... Si viera usted el efecto que hace, al terminar un período rotundo, un puñetazo fuerte sobre la mesa!...

E iba Subirana, paseo adelante, ostentando su garbo de joven a la moderna, haciendo girar el junquillo como molinete...

Sentados en una banca, don Nepomuceno conversaba con don Tomás, don Cástulo, don Adolfo y otros que hacíanle coro. Gesticulaban y conversaban en voz baja. Así que vieron a Samuel, todas las bocas callaron como por ensalmo, y adoptaron aires indiferentes, como de quien habla de cosas banales. Samuel, de una ojeada perspicaz, adivinó que le estaban pellejeando, y lo confirmó en la cara bermeja de don Adolfo.

Y volvieron al tema, bruscamente cortado. ¿Era cierto? — preguntó uno al Intendente, — que se iba a instalar la Normal al mes siguiente? Portones aseguraba que lo sabía de buena tinta. ¡¡Uf!! Poco ufano que se iba a poner Villagra, si se instalaba la Escuela a su iniciativa. «El Eco», rompería los tímpanos con sus artículos bombásticos, en los que diría: «Nuestras fecundas iniciativas...», «la tangibilización de nuestro ideal de difusión de la enseñanza...» y demás frasecitas de color.

—Dejadle, ya nos arreglaremos — gruñó don

Nepomuceno, frunciendo el ceño en un gesto de rencor profundo, preñado de amenazas.

—¡Qué bien vendría sacudirle el polvo con una marimba de palos! — apuntó don Tomás, con una sonrisilla feroz y siniestra.

Don Nepomuceno, explicaba su plan. Le había escrito aquella mañana al doctor Hernández, para que ahogara el proyecto. «Si no se pone en campaña cerca del Ministro — le decía, — me parece que peligra su senaturia. Después del hospital y los caminos que se han hecho, como fruto de las campañas de «El Eco», figúrese si ahora se instala la Escuela superior, cómo se prestigiará el diarucho, y aumentará la oposición». Y creedme, el doctor es hábil y tiene influencias, y como vea peligrar la senaduría, ya moverá hasta las piedras de la Casa Rosada...

—Veremos quién gana la partida; si el doctor con su influencia, o Villagra con su bilioso periódico... Y a propósito...

—¡Salga usted de allá, hombre! ¿Periódico ha dicho usted a ese pasquín de estercolero? Vaya, estoy por creer que se está usted empecatando.

—Bueno, un *lapsus linguæ*... no es el caso de querellar por eso... Decía yo, que «El Eco» está cada vez más bilioso. Antes solo gritaba para pedir la construcción del hospital, los caminos o el ferrocarril... ¡jé!, pero ahora la cosa va más gruesa. En el número de hoy, en el

artículo de fondo, que me ha entrado en carne viva, dice así: «Tomen nota los detentadores de la cosa pública, los conculcadores de libertades ciudadanas, que al mantener cerrada la inscripción en los Registros, privan al pueblo de inalienables derechos, haciéndose reos de lesa libertad...», y no quiero acordarme de más. Vamos, ¿qué les parece tanta audacia?—interrogó don Tomás.

—Como si alguien autorizara a ese imbécil a pedir apertura de padrones. Como si ese advenedizo tuviera títulos para pedir ésto o aquéllo. ¡Jé!, ¡jé!, esos gaznápiros gritan en nombre de la opinión pública, que está sin acordarse de ellos para nada. Ahí veis, ese macabeo de Villagra, que también quiere cubrirse con el manto de la opinión general, ni más ni menos, que si alguien hubiera ido a decirle a Buenos Aires, cuando no pasaba de ser un simple ratonzuelo de imprenta: «¡Villagra, venga usted a Pozuela a servirnos de Cristo Redentor;». «¡¡Farsante!!», terminó don Emilio.

El intendente, nada decía. Se limitaba a morderse los labios. Con el bastón entre las piernas, daba golpecitos nerviosos sobre una piedra. En su rostro anguloso, flotaba una expresión astuta y siniestra, de rabia y de odio.

—¡Apostaría a que Villagra también querrá ser concejal..., por eso se afana para que abran el registro y ver si puede meter nariz en el Concejo!

Esto ya no lo pudo aguantar don Nepomuceno. Iracundo, con el semblante demudado, pálido de rabia, la naricilla afilada, los ojos cabrilleantes como de beodo, profirió:

—¡Concejal! Eso nunca! Y óiganlo bien todos ustedes! Jamás permitiré... Continuará el registro más cerrado que una tumba, y se abrirá cuando a mí me dé la gana!... ¿Estamos?

Los ánimos estaban exaltados. Don Adolfo, hombre de sangre ingénua, y a quien no hacían feliz los ademanes violentos, ni las frases caldeadas, decidió apaciguar la tempestad. Y así fué que tomando a don Nepomuceno de un brazo, y a don Tomás de otro, empezó a arrastrarlos en dirección al café Regional.

—¡Vamos, hombre, vamos! Las cosas con calma... vamos a tomar algún refresco... sí ¿eh? Vaya, don Cástulo aprueba mi idea. ¡Sí señor!, pues andando.

Y allí, al Regional, se fué el grave grupo de hombres de pro, con los cascos enardecidos.

En ese momento pasaba Juan María en dirección al kiosko de los músicos. Tocaban un vals. El baile estaba en su apogeo. Algunos jóvenes en tren de conquistas furtivas, bailaban con las muchachas del pueblo. La danza era desordenada y furiosa. Solo veíanse los cuerpos apiñados, agitándose entre una nube de polvo, bailando a saltos. Las muchachas jadeantes, sudorosas, los peinados deshechos por el conti-

nuo bailar de toda la tarde, bajo el sol, entre el polvo, entre los apretujones consiguientes.

Allí están Julia la porteñita, Manuela, Maruja, Carmen, Ermelinda. Era de ver atentamente aquellas robustas muchachas, de carnes saludables, de mejillas bermejas, los duros senos palpitantes, bajo el percal y los satinés de las batas, los ojos brillantes, de mirar sedante y manso, con esos suaves mirares bovinos de las muchachas campestres, iniciadas en el amor sin picardía y sin malicia, como cosa naturalísima y sencilla. Los rulitos rebeldes del pelo, pegados con el sudor a las sienes. Al cuello una cinta de terciopelo negro, de terciopelo violeta, o un collar de rojos corales o de negros abalorios, o una delgada cadenita de oro con una medalla religiosa. En la flor sedienta de los rojos labios, diríase que el deseo cantara, despuntando un beso.

Juan María se acercó a un grupo sin ser visto. Pronto la perspicaz Maruja, pudo distinguir la mirada rabiosa de Juan, devorándola allí a cinco pasos delante de ella. Mirólo lastimeramente, como diciéndole «sálvame». No precisó más, comprendiéndolo todo. Pepe Villar y Tomasito encontraron la ocasión calva para reconquistar la plaza perdida, la mejor oveja del redil pozuelense. Como que por Maruja, hubo en Puzuela más sopapos, que soldados en la batalla de Austerlitz. ¡Era tan bonita!...

Acometiéronle a Juan María como ganas diabólicas de trenzarse con Pepito.

De pronto, la voz zumbona de Juan María, palmoteando vigorosamente las espaldas de Pepe y Tomasito, rompió: «¡Caballeros, a volar!».

Ninguno de los dos chistó palabra. Tenían miedos cerbales a los puños de Juan María.

—¡Qué! ¿No me oís? ¿U os hacéis los tontos?

—Mira, te prohibo que me insultes.

Agrióse la discusión. Terminóla Juan María imperativo.

—Bueno, nos arreglaremos en dos palabras. ¿Vamos tras la pared?

Pepito, atemorizado, estudió la complicada situación. Entre recibir un paliza a solas, con una pared por testigo y recibirla allí delante de todos, la elección no era dudosa. Y con resignado estoicismo, resolvió la clara y dolorosa disyuntiva.

—¡Vamos! — dijo — y por un resto de cobardía agregó: pero que venga Tomás.

—¡Qué venga! Lo mismo da...

En cuanto llegaron al tapial, Jesuso, dando vuelta rápidamente, díjole a modo de preámbulo:

—Mira, tenía muchas ganas..., aplicándole una sonora bofetada.

Pepito tambaleóse por la violencia del mojicón.

—¡Tomás, a mí! — imploró.

Pero Tomás, el hijo del boticario, había desaparecido, poniendo pies en polvorosa. Y Pepito, que no sentía en sus venas la sangre de Don Quijote, resolvió poner en práctica igual arbitrio, y echó a correr como un centauro, sin parar hasta el Club.

CAPITULO V

Ven Luisa..., acá en el sofá..., sí, acércate... eso es... Bueno, ahora dame un beso... dos... y otro... ¡ajajá! ¿Sabes?, estoy muy contento...

—Loquito!... Toma, toma... y no seas pedigüeño...

Estaban los dos en el cuarto de costura. Desfallecía la tarde. Por la amplia ventana, veíase el sol hundirse tras las sierras azules, recalcando la línea sinuosa, de un violáceo indeciso, de las altas cumbres.

En el pequeño gabinete, diluíanse los objetos en una creciente tonalidad de heliotropo. Las moribundas claridades que penetraban por el balcón, se dislocaban en los niquelados de la máquina de coser.

Samuel y Luisa, sentados en un diván de oscuro terciopelo. dialogaban a media voz.

Explicábale, entonces, brevemente, en las nerviosidades alborozadas y jubilosas del momento. Al día siguiente inaugurarían la Normal y por añadidura. acababan de darle de sopetón, la noticia de que en las elecciones del domingo anterior, había triunfado el candidato regionalista, don Jaime Cuadrado, por más de una centena de sufragios sobre el candidato del Intendente.

—¿Si? Pues mira. te seré franca... Me alegro. Pero no me parece que sea para tantos aspavientos...

—Escúchame. Luisa. Es que tú no entiendes, no avaloras estos triunfos morales. Anda por esos mundos un escritor que ambula por la senda hermosillesca de lo frívolo, que asegura que casi todas vosotras tenéis el corazón lleno de trapos de seda... Y aunque yo bien sé que no lo tienes lleno, sino con ese cariño grande y fuerte que nos hemos confesado, piensas como si lo tuvieras... Pero bueno..., la vida es así, Luisa..., los triunfos que más cuestan, son los que más agradan. aunque no sean los más beneficiosos.

—¡Pamplinas. hijo, pamplinas!...

—Tú siempre la misma..., siempre escéptica..., bien es verdad que así es como me agradas..., es la ley ineludible de las compensaciones... a mis turbulentas tenacidades de causa,

tú opones una suave displicencia, como de displicencia inglesa. Por lo demás, siempre lo he dicho, y es mi teoría: el matrimonio debe ser una complementación de caracteres.

Luisa no pudo menos que hacer con los labios un ligero mohín de satisfacción. Levantóse, y a poco resonó en el pasillo, su fresca voz.

—¡Ramona! Ponga la lámpara verde en la salita, arriba de la cómoda.

Cuando entró Ramona. la ruda campesina, con la lámpara encendida en el saloncillo, sobresaltóse al ver a Samuel ya repantigado en un sillón.

Los muebles de la salita, como todos los de la casa, eran viejos muebles de maderas oscuras, de lustrosas pátinas, que olían a vino viejo, heredados por el padre de Samuel, don Isidro de Villagra. de un rico pariente que murió trágicamente en el Perú. Armarios de caoba ,mesillas de ébano, vieja sillería de patas retorcidas, de respaldares tallados, de gruesas vaquetas, clavadas con dorados tachuelones, en las que quién sabe si no habría sentádose alguna adusta marquesa, en tiempos del virreinato.

Existía en el saloncillo una amable confusión de cosas nuevas y viejas. En la pared, en colgante panoplia, campeaba un puñal arabescado de rojo, en el que había derrochado su arte, un ignorado Benvenuto indígena. Sobre la

negra cómoda, blanca manteleta de fino encaje. Las viejas sillas enfundadas en albos madapolanes. Sobre la mesa de escribir vénse dos terracottas. Sobre la felpa roja del escritorio un corta-papel de marfil. hace resaltar su blancura enfermiza. Debajo de un cuadro, con el diploma de abogado de Samuel. una diminuta acuarela. con un frígido paisaje invernal. En un ángulo del salón. una Themis de mármol, mira displicentemente las cornisas del cielo-raso.

De pronto. el timbre de la puerta urgió dos llamadas breves. nerviosas. Y a poco, la voz varonil de don Jaime. adelantándose a la sirvienta. llenó el gabinete.

—Hola. Samuel, venga primero un abrazo, el abrazo del triunfo...

—¡Mi amigo. don Jaime!, y cambiaron un abrazo cordial y efusivo.

Venía Cuadrado tremulante. con el rostro resplandeciente de gozosa alegría. El que por tantos años, había alimentado en secreto ilusorias esperanzas. veíalas ahora colmadas. Casi no podía creerlo. El. Jaime Cuadrado, concejal del invicto Concejo de Pozuela, con un limpio diploma. conseguido contra las presiones de gazmoños y caudillos. Alborozábasele la sangre en las venas, como remozada, al verse ungido por la voluntad pública, triunfante en jornada cívica, por las virtudes inmaculadas de sus prestigios de liberalote. ¡Ah, mira Samuel,

a la vejez viruelas... Yo que creía que nadie me sacaría de mi café con gotas! — decíale en la efusión de su alborozo.

Después, el asunto de la Normal, que era otro triunfo más. «El Eco». empezaba a dar sus frutos y cundían las revolucionarias ideas, como un reguero de pólvora. No era en balde la sembrada semilla. Había que seguir constanciosamente, apagando las sombras del oscurantismo, hasta derribar los últimos cimientos de aquella teocracia.

—Insisto, Samuel, en decirte, que no mides en su magnitud estos triunfos, que no te das cabal cuenta de su importancia... Yo, sí, ¡recorchos! con mis sesentidos a los homoplatos, aquí metido, respirando este ambiente de pueblo, con todas sus falacidades, murmuraciones, hipocresías... y chismes, dimes y diretes, crónica escandalosa de enaguas y faldas, que allí en Buenos Aires se cuenta a voces, y aquí se cuchichea al oído... y cacicazgos políticos... y ese olor, ¡mechachis!, ese olor de sacristía, que nos envuelve en una ola irrespirable... ¡Ah, Samuel, ganar una elección al Intendente e inaugurar una Normal, aquí en Pozuela, luchando con las mil intrigas y emboscadas, con la omnipotencia espiritual del señor cura, con la prepotencia política del señor Intendente, es tarea titánica... ¡Ah, recorcho! Si desapareciecieran de esta bendita Argentina, esos personajes, que son el señor Cura y el señor Inten-

dente, y no fuesen más que Fulano el Intendente y Zutano el Cura, ya verías cómo se acababan todos los desgraciados Wilumas de nuestra historia.

Don Jaime se ponía iracundo, en cuanto tocaba los temitas aquellos. Más calmado ya, prosiguió:

—¡Jé! «That is the question» — como decía Aldunate. Tú has puesto el dedo en carne viva. Esta Normal les ha sabido a cuerno quemado..., ni los trapisondeos de don Nepomuceno, ni la campaña furiosa de don Agapito, ha servido de nada... Te contaré lo que me dijo Portones..., que don Nepomuceno le escribió al doctor Hernández, que a toda costa mandara al bombo la escuela, a lo que contestó que no había más que tragar quina y aguantar. ¿Y a don Agapito?... ya ves el resultado desastroso de la suscripción para comprar muebles. para el colegio de Agustinos..., porque muchacho. todos son muy religiosos, pero en cuanto se trata de largar los pesos, hay por ahí cada Lutero más malo que Judas... apenas pudo reunir mil pesos..., nada, que no alcanzaba para mapas y lapiceros...

—He oído decir que el obispo negó el consentimiento...

—Vaya!, como que si no fuera por eso, ya tendríamos delante de las narices, el Colegio del Sagrado Cordero Pascual. ¡Recorcho!... Pero el obispo diocesano, mandóle decir al Cura

que no había que ir contra la instrucción del Estado, cuando precisamente, andaban gritando por ahí, la limitación de las órdenes religiosas. De modo que le mandaba esconder rabo entre piernas, no fuese que se agitara el avispero...

—Y don Agapito, claro, escondió la sotana, repuso Samuel riendo...

—Sotana, rabo y algo más..., ¿tú crees, que don Agapito se subió al púlpito y les dijo: «Señores feligreses, les devuelvo esos pesos, que ya no hacen falta, porque no se instala el Colegio?». ¡No, hombre, no!... Se los ha guardado bonitamente...

—Don Jaime, permítame que dude...

—Quita allá, ha ido a ver a doña Teresa, doña Clorinda y demás beatas pasadas de rosca, y les ha gimoteado tres o cuatro poderosas razones. «Observad, señoras mías, que hay que comprar una buena pileta de mármol para los bautismos...», y no sé qué más. El caso es que le saquen ahora del estómago, los pesos esos... Como dice el Juez, «que le anulen lo actuado...»

Conversaron después sobre la inauguración de la Normal y de la llegada de Buenos Aires del delegado ministerial, don Matías Regules, y el director, el día antes. Todo el elemento oficial de la población, fué a esperar la galera de la capital, con la obligada camarilla. Los agasajaron, los llevaron y trajeron al Hotel

Provincial, presentando a mal tiempo, buena cara. Y en el momento en que se encontraban en el Provincial. don Matías el delegado, con el flamante director. departiendo con el Intendente, don Agapito, y seis o siete más, quiso la pícara casualidad, que cayese Samuel de visita.

—Hombre, el señor Villagra — dijo don Matías Regules, al leer la tarjeta, — el iniciador de la escuela, — que pase, que pase.

—Mire usted, interrumpió el Intendente, se trata de un fulano, de un periodista de la legua ,que ha venido a Pozuela a engañar el estómago... Un desvergonzado.

—Un imbécil, que pretende ribetearse de ilustrado, y no tiene ni pizca de talento — agregó el Cura.

—Periodista de pega — dijo otro.

—Es un viperino — agregó un cuarto.

Don Matías el delegado y el director Suárez, se miraban asombrados, ante aquel capítulo de cargos. Habló don Matías, de que lamentaba aquello, pero que el diputado Centeno, le había encargado un afectuoso saludo para su amigo Samuel. «Caramba, hasta Cernudas, el director de Enseñanza, le había dado una carta para Villagra».

—¡Ah!, dijo don Nepomuceno.

—¡Ah!, repitió el Cura.

—¡Ah!, agregaron los otros, pasmados.

Y desde luego, visiblemente molestos, don

Nepomuceno inició el desbande, acto que seguidamente imitaron los demás, dejando a nuestros huéspedes completamente solos. Samuel lo supo todo, por un mozo que oyo la escena, mientras servía unos refrescos.

—Vaya, vaya, ¿y ese, qué tal tipo es?

—Algo hemos hablado con él..., es un trucha, una lagartija..., él se ha dado cuenta en seguida, de cómo anda el avispero de Pozuela. Figúrese que él mismo, de «motu propio», me lo ha dicho. «Mire usted, señor Villagra, yo vengo aquí a trabajar y enseñar y no me conviene tomar partido. He estado cesante seis años, y tengo que prenderme como un saguaypé a este puestito. Son mis garbanzos, los que están en solfa!... Le declaro que su causa me resulta altamente simpática, y tenemos con usted una absoluta homogeneidad de ideas. Pero, ¡punto en boca! Callemos nuestras afinidades espirituales y hagamos buenas migas, sin que sea ostensiblemente»... Ya se figurará usted mi contestación... De modo que con el amigo Suárez nos entendemos, y tiene ya hecha su composición de lugar.

—Don Jaime tiró de la cadena del reloj. ¡Demonio!, las ocho y media. Bueno, pues, me voy a cenar...

—¡Quiá!, ¿se va usted? Pues no, señor; el flamante concejal, depositario de la fe pública del Partido Regional, espero honrará mi mesa... ¿eh?

—Disculpa, pero...

—Don Jaime, tiene usted que quedarse.

—¡Si tuvieras siquiera Maragogipe!

—Verá usted... hay Moka, tostado por las manos de Luisa y traído de Buenos Aires... ¿eh, con que se queda? Bueno, pues andando!, media vuelta!

—¡Pasillo al frente y a la izquierda! — como diría Aldunate.—Y la perspectiva de un buen café, delectado lentamente de sobremesa, envuelto en volutas de humo, ébrio en los triunfos de la hora, atrajeron como un imán al buen don Jaime, flamante concejal, honra y prez del liberalismo pozuelense.

CAPITULO VI

Son las siete y media. En el Hotel Provincial hay un inusitado movimiento. Por los saloncillos, discurren en pequeños grupos los invitados al banquete, que en tal cual memorable noche obsequiaba don Samuel de Villagra, al ilustre y augusto representante del pueblo, don Jaime Cuadrado, flamante concejal del zarandeadísimo Concejo de la invicta ciudad de Pozuela.

Los concurrentes son numerosos. Bien era cierto, que en el pueblo solo había dos, a lo sumo, tres banquetes por año. El último que se celebró allí mismo, en el Provincial, fué ofrecido por el Club, al doctor Pescar, un vejete linfático y menudo, de cara amarillenta, con tos de perro viejo, envuelto siempre en as-

tracanes y que viniera a tomar aires de campo. El Club decidió darle un banquete al aristocrático huésped, que resolviera ir allá, a pasear su agurruminada figura y su cara acongriada y pálida. Antes dábanse en el salón de fiestas del Club, servidos por el café de Londres, cuyo reinado terminó por entonces. Pero a uno como a otro, había que avisar con prudente anticipación, a fin de que se pusieran de acuerdo con don Angel, el confitero, que proveería las tortas, los pasteles, los piononos, los cabellos de ángel y demás productos del complicado arte dulceril.

Pero no nos perdamos en historias retrospectivas.

Aquella noche Samuel estaba satisfecho. Todo había respondido a sus cálculos, y no faltaba ni uno solo de sus amigos. Don Enrique, don Emeterio, el viejo maestro de escuela, que allá en sus mocedades fué capitán de guardias nacionales, y era a la sazón un viejo desgarbado y alto, con lentes de plata discutible, ocultas las magras mejillas, en patillas espesas y grises; don Crispín Valpuerto, felicísimo y rico tendero del barrio del Mercado, de que daban fe sus lustrosas mejillas, su rostro craso y su abdómen caído sobre las ingles, describiendo una ostensible curva. Además de sus doctísimos conocimientos en percales y lanillas, galardeaba don Crispín de sus conocimientos filosóficos. «Verá usted», — solía de-

cir, — «para mí no hay más dogmas, que el dogma del estómago». ¿Quién mataba en Pozuela el mejor cebado cerdo?, ¿quién comía los mejores jamones y quién bebía el más fino vino, sino él, el rico don Crispín?

Allí estaban, además, muchas otras personas de menta y de pro de la población. De los «estancieros», no faltaba ni uno: don Hermógenes, don Rufo, don Aniceto y otros más, allí estaban con sus bonhomos rostros, de expresión ingénua, formando grupo, recordando los buenos tiempos de su juventud azarosa en las estancias, atusándose los bigotes, sorpenteándoles entre los pliegues de los chalecos, gruesas cadenas y mirando la hora cada cinco minutos, en los voluminosos cronómetros de oro... ¡qué demonios, había que lucirlos!

—¿Recuerda usted don Aniceto, cuando compramos estos chirimbolos allá en Buenos Aires, en lo de Escasany?

—Ya... ya..., aquella misma noche fuimos al Mayo.

—Y que usted... el enredo aquél... eh? ¿verdad?... con aquella tiple que usted conoció en Mendoza...

—¡Ah, chitón! ¡Qué noche aquella!...

Debemos decir, que estos estancieros eran de la mejor pasta del mundo. Ni se metían a politiquear, ni se hacían eco de los chismes de calleja, ni se les daba un bledo de nada. Entre ellos se juntaban a jugar largas partidas de

billar o de truco en el Club, o en el Regional, sorber su tacita de café, o leer los diarios, o a dar largos paseos por la Alameda a grave paso, con los bastones de caña a la espalda, fumando buenos cigarros, envolviéndose en bocanadas de humo. Su bolsillo era fácilmente explotable. Los estancieros daban para todo. Si había que hacer edificio para el Club, ahí estaban los estancieros. Si era menester instalar una biblioteca. hacer el matadero, refaccionar el cementerio, o comprar decoraciones para el teatrillo local, ahí estaban don Hermógenes, don Aniceto, don Rudesindo y demás estancieros bondadosos, de pródigo bolsillo, que largaban los pesos sin decir nada.

Bien es cierto que también ello les proporcionaba secretas e íntimas satisfacciones. No había más que ver. la cara rozagante que ponían, cuando por ejemplo se leía en «El Eco»: «Nuestro distinguido amigo y acaudalado vecino, don Hermógenes Velasco, ha hecho el grueso donativo. etc.» ¡Salir en letras de molde! He ahí una obsesión inocente, que les hacían pagar bien cara.

También estaba don Ernesto, el invicto y neutro don Ernesto... La verdad sea dicha, don Ernesto tuvo su cuarto de hora de vacilación y perplejidad, dudando de asistir o no al banquete: podría interpretarlo don Nepomuceno, como un acto de hostil parcialidad. Pero no es menos cierto, que su vacilación duró

bien poco, apenas si fué un pequeño escrúpulo que se levantó allí, quién sabe por qué rinconcillo de su espíritu.. Aquella ocasión era admirable, para un discursito suyo, con aquella lapidaria oratoria, con intercalación de latinajos. De todos modos, él no se metía en política. Tirios y troyanos, eran todos unos. Que le dejasen su dinero en paz, y dar en el Club, a los consocios, sus pequeñas latas, y ya le tenían satisfecho. Había que confesar, sin embargo, que le tenía un poco de tirria a don Nepomuceno. Era natural. A no haber estado Vargas, él, el rico y respetable don Ernesto, fuera Intendente de Pozuela, con todos sus bien ganados prestigios de honorabilísimo, pundonorosísimo y otros ísimos que aún podrían agregársele.

Tal vez el lector se pregunte: ¿Pero qué; ese don Nepomuceno, don Adolfo, don Claudio y demás conocidos, no asistían al banquete?

—¡Cómo habrían de venir! El asunto de la Escuela Normal traía convulsionada gravemente a la población, y revuelto el seso a los buenos pozuelenses. Se habían formado dos bandos grandes, imponentes, formidables, que se atacaban furiosamente. El uno, que acaudillaba Villagra, partidario de la Escuela, y el otro, que se agrupaba en torno de don Nepomuceno, que le era hostil. Ya tenían todos denominaciones propias. Unos eran «Villagristas», y otros «Intendentistas». Las reuniones noctur-

nas en la botica de don Cástulo, se hicieron más concurridas y animadas, prolongándose hasta altas horas. Igualmente en la redacción de «El Eco», no había solamente redactores somnolientes, que escribían cuartillas, entre bostezo y bostezo. Iban ahora, asiduamente, don Jaime, don Crispín, don Santos el otro boticario y dos o tres más, formando animada tertulia, mientras Paulino circulaba entre ellos con la cafetera de reverberante bruñido, que hubo de comprarse, a las insinuaciones de don Jaime, quien hizo presente que no se podría cuerear, ni soltar el trapo a gusto, sino entre sorbo y sorbo de café.

Como decimos, había en Pozuela dos boticas. La una, la botica del «León», de don Cástulo, era intendentista; de modo, que por inflexible lógica, la del «Pueblo» que era de don Santos, se hizo «villagrista». Excusado es decir, que en el mundo pozuelés, los dos farmacéuticos, eran antípodas y antípodas irreconciliables. Lo mismo sucedía con los cafés. En el Regional, no iban más que los netamente «intendentistas». Pero en cambio, el de la Alameda y el de Londres, se convirtieron en plazas fuertes de los partidarios de Villagra. Veíase a uno cualquiera, aún con las más santas intenciones del mundo, tomando una ginebrita en el de Londres. ¡Ya podía librarse de ir al Regional! Si algún infortunado lo hacía, mirábanlo todos huraňamente, con ganas de co-

mérselo, y no faltaba chusco que le dijera alguna gruesa cuchufleta o le tirara, agazapado tras un billar, con una tiza. En suma, que el infeliz, tenía que tomar la resolución de largarse con viento fresco.

Y así estaba el comercio de dividido todo él. Había peluquerías y zapaterías de ambos bandos. En la cigarrería. dominaba Vargas. ¡Claro! Porque así consultaba García el cigarrero, sus conveniencias: él vendía todo el papel sellado fiscal. Cierto que don Roque el notario, era Villagrista. Pero era más cierto aún, que hoy por hoy, don Nepomuceno, bien pegado estaba en su Intendencia, cosa que con su intuición clarovidente, comprendía García, el sagaz cigarrero. Es probable. que en esta grave resolución y en las cualidades intuitivas de García, obrasen ponderablemente, los vasos de Mendoza. que ingurgitaba con alarmante continuidad. ¡Ah!, pero si los Intendentistas tenían a García. en cambio los Villagristas imperaban en la agencia bancaria de don Rómulo. ¡Quién lo diría! Don Rómulo. el sesudo financista. grave representante del Crédito Financiero y del Banco de la Nación. embanderado en política. Y así era no más. Cuando todos los pozuelenses andaban a la greña, mal podía don Rómulo, contemplar impasible, tras las rejillas de bronce de su agencia, tal edificante espectáculo.

¿Y qué no diremos de los sastres de. la pre-

clara Pozuela? Uno de los sastres, don Timoteo, intendentista hasta los tuétanos, era representante desde tiempos pretéritos, de la prensa conservadora de Buenos Aires. El otro, don Marcos, era un liberalote furibundo, que vivía con la esperanza de quemarse media docena de iglesias, antes de ir al camposanto. Don Marcos, tenía más tipo de soldado a la antigua que de sastre, por lo que podía suponérsele capaz de tales y aún más graves fechorías. Y por no ser menos que su congénere de la tijera, consiguió la representación de cuanto diario anticlerical tuvo noticias. Y la guerra entre los dos sastres, pseudo sastres y pseudo corresponsales, se hizo sorda, rabiosa y temible.

Tal es una idea pálida, de los graves acontecimientos, que entonces agitaban, la somnolienta y monacal población de Pozuela.

Pero volvamos a nuestro banquete.

Entre la numerosa concurrencia, veíase a Ernestito, el hijo de don Ernesto, que cual Juan María, era muy dado a las sendas un poco tortuosas, del amor fácil, amén de otros jóvenes que huelga enumerar. Don Crispín andaba ya husmeando tras las puertas, la sala del banquete, tomando nota de la ubicación de las fuentes de almendras y merengues y de aquellos primorosos pasteles, para pescar un sitio estratégico. Don Ernesto, andaba luciendo un *smoking*, de moda contemporánea a la batalla de Caseros.

—¡A la mesa!

Y en menos que canta un gallo, quedaron todos acomodados en sus asientos. El anfitrión, al medio. La calva del venerable don Matías, reverberaba bajo la luz. A su lado, don Aniceto, el ilustre pedagogo. Y junto a éste don Ernesto. A la derecha, don Jaime, con cara pascual y rozagante. Después Samuel. Don Crispín, a pesar de que le correspondía un puesto más cercano a la cabecera, decidió sentarse hacia el medio de la mesa, entre una torta y una bandeja de merengues, medio escondido tras un enorme ramo de flores, para comer a dos carrillos, sin llamar mayormente la atención. Y a su vera ¿quién?. Mendizábal, que con vista de presa, de una rápida mirada calculó posiciones. ¿Don Crispín se sienta allí? Pues allí me siento yo — se dijo, uniendo la acción al pensamiento.—Y al lado don Emeterio, el viejo maestro y ex-capitán de guardias nacionales, con las naricillas dilatadas al olor de las trufas. ¡Por fin, aquella noche, acallaría los deseos caninos de su estómago, ordinariamente horro!

Se conversaba y reía. Don Crispín, hecho un Gargantúa, no hacía caso de pullas, y hablaba poco, para comer mucho. A don Emeterio, no se le despegaba el vinillo de los labios.

Por sobre los ruidos profusos de copas, de botellas, de platos, del piquetear de los cuchillos sobre la vajilla, oíanse distintamente los

pedidos que entre sí, hacíanse los comensales. Una voz, que nos resulta familiar es la de don Crispín: «¡Oiga usted, por favor, descórcheme esta botellita?» «¿Quiere usted devolverme la mayonesa?».

Un grito lastimero de don Crispín.

—¡Mendizábal, por dios, me lleva usted los mantecados!...

Y el bueno de don Crispín, sumergió una mano, en uno de los bolsillos del acusado, del que sacó tres o cuatro mantecados, apretujados y deshechos.

Mendizábal, bonitamente había traspasado todos los mantecados de una bandeja, a sus bolsillos...

—Ah, perdone usted, don Crispín, se me olvidó dejarle algunos... con el apuro, usted comprende.

Fácil era notar, las continuas veces que don Ernesto se levantaba de su asiento, el que tornaba a ocupar, a los breves momentos. ¿Qué le pasará a don Ernesto? — se preguntaba más de uno. Ahí estaba ahora en su asiento. De pronto atisba de rabillo, por los costados de los anteojos, y cuando observa que su ausencia es menos notada, se escurre por los pasillos... ¿Tendría cólico? ¡No! Muy lejos de ello andaba el venerable presidente. Sufría de incontinencias. Y ahora, los vinos precipitábanle los ácidos úricos, haciendo que cada cinco minu-

tos se levantase sigilosamente y ganase el pasillo...

Llegó la hora de los brindis.

El rumor recio de los tapones del champaña, fué como una invitación al silencio, como un alegre toque de atención. Un corcho, después de pegar en el cielo-raso, vino rebotando a hacer carambola, en la cabeza de don Crispín, como llamándole a finalizar la copiosa comida. Don Crispín se refregó la boca con la servilleta y cruzó las manos sobre el vientre, estereotipando su rostro, una sonrisa de beatitud. ¡Qué momento delicioso para el epicúreo tendero, sentir la laboriosísima digestión, teniendo aún en los labios la caricia del Mendoza y envolviendo, con una mirada adicta, el oro líquido del champaña, con su espumilla nerviosa, burbujeando en las chatas copas.

Un «¡señores!» varonil y rotundo, impone definitivamente el silencio.

Es Samuel, que en pie, resaltando la albura de su camisa, bajo el frac correcto y severo, va a ofrecer la demostración; no se diría el mismo; su mirada suave y mansa, tiene circunstancialmente, un metálico mirar de águila. su cara oblonga, diríase el transfigurado rostro de algún dios taumaturgo y fabuloso; veíanse las líneas de su enérgico gesto, en la frente sinuosa; al oirle hablar pensábase en un ser que encarnase el Verbo, incendiado por hondas y fuertes pasiones...

¡Qué vapuleo, el que aplicaba Samuel a don Nepomuceno, y a su recua. Su oratoria inflamada, al pronunciar las acusaciones, exactas y graves, tenía la elocuencia ígnea de un Mirabeau; a momentos su voz tornábase tranquila, accionando suavemente y entonces semejaba un místico Lamennays o un enérgico Bossuet, derramando desde un púlpito, en ademas litúrgicos, amplias admoniciones...

Escuchémosle:

«...enterremos el caudillismo...»

«Sí, señores, sí, enterrémosle definitivamente. » Es menester, ampliar los horizontes mora- » les y democráticos de Pozuela. Las concien- » cias, se rebelan a permitir ni un día más, el » cacicazgo odioso y prepotente, ejercido por un » aventurero, sin honor y sin conciencia... que » no ha reparado en medios, para vulnerar los » derechos ciudadanos, para conculcar las liber- » tades públicas, para pignorar las honras..., y » digámoslo de una vez, porque es menester » hablar fuerte y recio, porque es menester de- » cirlo sin eufemismos, que velen la crudeza de » las condignas palabras..., porque ese caci- » cazgo brutal y ese reyezuelo imbécil, no ha » reparado en ningún torpe medio, para ahe- » rrojar la conciencia pública, constituyendo » una especie de satrapia en pleno Concejo, de » donde más de una vez, ha salido con los bol- » sillos llenos de los dineros del pueblo...»

(Profunda sensación).

«Ya habéis visto, la profunda hostilidad que » han concitado contra nuestra acción, contra » la nueva escuela, contra nuestro periódico, » que es, como modesto baluarte de progreso, » de acción civilizante y fecunda, dirigiendo » en afanes destructores, contra nuestra obra, » la honda intensidad de sus inquinas y sus » odios... ¡Ah, pero honda, muy honda satis- » facción, produce en nuestros ecuánimes es- » píritus, el triunfo de esta causa buena y no- » ble, que es a la postre, la causa sagrada del » pueblo».

¡Bravo! ¡Bravo! Y una estrepitosa andanada de aplausos, coronaba cada párrafo del orador. El final, fué una larga ovación.

¡Bravo!, gritaba don Crispín. ¡Bravo!, repetía incansablemente. Y alguien, observando su entusiasmo, dejó caer en el oído de Samuel:

—Mire usted, cómo aplaude un estómago agradecido.

—¡Que hable don Ernesto! ¡Que hable!

Don Ernesto, se esponjaba de gozo en su silla..., le pedían que hablara...! Bien se veía que todos estaban ansiosos de escuchar su grandilocuente oratoria!

Don Ernesto se puso de pie. Se limpió la boca, en un amplio ademán. Tomó una actitud de circunstancias, y adornó su rostro con un gestillo que él creía dantonesco. Al fin, solem-

ne, grave, extendió la mano protectoramente, y empezó su pesada perorata.

En mitad del discurso, precisamente cuando iba a pronunciar su parrafito más estudiado, la cara de don Ernesto se contrajo dolorosamente, y sus labios estereotiparon una mueca angustiosa. ¿Qué le pasaría a don Ernesto? ¡Qué habría de ser! Aquella maldita incontinencia. Y en la imposibilidad de truncar su magno discurso, acometido y torturado, dió rienda suelta al urgente deseo.

Después de la amarga incidencia, siguió perorando: «Había que levantar la losa pesada de la ignorancia...» «Fiat lux», y no sabemos cuántas más perogrullescas flores, de su exuberante ingenio. Y no se habían apagado los aplausos, que al final le acogieron, cuando ya pedían insistentemente.

—¡Que hable Subirana! ¡Que hable!

Sí, señores. Allí se encontraba también Subirana, que tanto galardeaba de su técnica oratoria. ¡Qué calva ocasión se presentaba a Subirana, para sugestionar al auditorio, con los recursos de sugestión efectista, de que se pavoneaba, juzgándolos de efecto indiscutible. ¡Ah, —solía decir, gravemente,—al público, se sugestiona con puñetazos vigorosos, y es una pasta, que hay que modelar con ademanes enérgicos y a golpes de puño.

¿Si? Pues ahora lo debía demostrar prácticamente.

Se hacía de rogar.

—¡Que hable Subirana!

Y cuando juzgó que no podía dilatar más, el deseo del auditorio, ¡yo me lanzo!, se dijo, y de un brinco se puso de pie.

«Señores», empezó diciendo con voz sacramental, estirando los brazos, para que al asomar los puños, dejasen ver los gemelos.

«Señores: gratos momentos..., muy gratos » momentos..., sumamente gratísimos, estos en » que... que... este naturalmente... este... es- » te...

Y cayó desplomado en la silla, como acometido de un síncope. Los que estaban a su lado, se apresuraron a socorrerle, desabrochándole el chaleco, echándole viento con la servilleta.

Al fin Subirana, se repuso.

—¿Pero qué le pasa a usted?

—Nada..., nada... — gimió — la emoción, comprende usted..., la emoción...

A Paco, en el momento supremo, se le olvidó el discurso, que se parasa aprendiendo, tres días vigilianos.

—¡Maldita cabeza!

CAPITULO VII

¡Jesús!... ¡Qué noche tan obscura! La población está envuelta en los densos silencios de la noche. Percíbese un confuso canturrear de gallos. Por las calles desiertas, de cuando en cuando, se siente el nervioso taconeo de algún vecino, que se dirige presurosamente a su casa. Fuera de ello, en las calles, ni un ruido. En algunas ventanas, vése una cintita de luz: tal vez un insomne vejete, que entre las tibias emoliencias de la cama, lee «La Nación».

Alguien va a paso diligente, por le obscura calle de San Antonio, en dirección a la calle Libertad. Los contados faroles de petróleo, expanden una luz amarillenta y enfermiza, que resbala por las piedras de la calle, mojadas por el relente.

Allá, al final de la calleja, vése avanzar la figura trashumante del sereno policial, precedida por la luz tímida del farolillo, que oscila en su mano agarrotada.

—¡Hola, don Samuel! ¿Usted por aquí? ¡Recorcho, parece que nada bueno hay por su casa!... ¿Va usted, a lo del médico? Vaya, le acompañaré...

—¡Hum!... Mamá, amigo «Cohete»..., mamá, que está un poco mal. Ayer le agarró un constipado... cosa de nada... y ahora está peor..., contestóle Samuel, con una preocupación evidente y profunda, moviendo la cabeza.

Y el bueno de Manuel de los Cohetes, se puso a caminar a la par, alumbrándole a Samuel la acera, con la hipotética luz, de su farolillo de aceite. ¿Con que estaba malita doña Eulalia?... ¡demonio de aires colados!... Pero Dios habría de querer, que pasase pronto..., es lo bueno que tenía don José María; para aplicar sanguijuelas y curar constipados, aunque fuesen más viejos que Maricastaña, había que dejarle, ¡sí, señor!... ahí estaba la María, la mayor de las Hernández, que tuvo un catarro perruno.... pues don José María, con tisanas de menta y con ventosas, la había puesto sana y linda, como una lechuga...; ¡palabra, como que había Dios!

Manuel de los Cohetes, era sereno de tiempos prepozuelinos. Su locuacidad era admirable y proverbial. Por lo demás, era una locuacidad

inofensiva. De sus labios, no trascendía ninguno de los graves secretos, de que era poseedor, en razón de su noctivago oficio. ¡Lo que sabía Manuel. en sus largos años de sereno!... ¡Qué de historias escabrosas!... ¡Cuántos idilios, dejó inéditos en la penumbra, escondiendo oportunamente el farolillo, bajo el amplio poncho, dejando la sorprendida pareja, en una benévola y discreta oscuridad.

Cuando encontraba en la calle algún espectable vecino, le acompañaba solícitamente, hasta el portal de su casa, poniéndole el farolillo por delante, observándole todas las accidencias de la acera. ¡Cuidado con esa losa!... ese pozo tiene agua... ¡Fíjese en esa piedra!, hasta que dejaba al burgués en su casa. despidiéndole cancilleresco. con un «¡Que usted descanse!». Echaba después a desandar su camino, abriendo el farolillo para prender el cigarro paraguayo, sintiendo en las mejillas arrugadas, la caricia tibia y voluptuosa y el tufillo de aceite, de la llama del candil.

—Vaya... don Samuel... ahí está el portal de don Hermógenes... Le dejo a usted..., tengo que ir a rondar por la Alameda..., anoche robaron en el corral de don Jaime... Vaya, don Samuel (sentenciosamente), descuide usted, que ya don José María le quitará a la señora Eulalia, ese demonio de constipado..., conservarse.

Y mientras Samuel apoyaba su índice ner-

vioso en el timbre, alejábase la silueta trashumante del sereno.

¡Diablo de don José María! ¿No estaría en casa? — se preguntaba inquietamente. Nada contestaba a los nerviosos y repetidos llamados de timbre.

Por fin apareció, restregándose los ojos, la modorrienta fámula.

—¿Don José María? Aguarde usted un instante, don Samuel... Ya se está poniendo la camisa de franela. ¿Quiere usted entrar?

En ese momento don José María, dijo desde lo interior:

—Voy, Samuel, voy volando... ¿se trata de doña Eulalia... aprisa Merencia, traeme esos botines... ¿está en el sobretodo, la caja del rapé? Hasta que apareció el digno médico, macferlán al brazo, terminándose de abotonar el chaleco.

—¿Con que tu mamá?... Hum... hum... sabes a su edad... estas cosas... pero vamos andando, andando muchacho... ya en el camino, me dirás de qué se trata.

Contábale Samuel la intempestiva enfermedad. ¡Si viera usted qué sana y qué linda se levantó esta mañana! Pero luego...

—Hum... hum... No me gustan esos resfríos..., mira, que te sirva de experiencia..., hay que tenerle más miedo a un aire colado, que a una daga... ¡Si lo sabré yo! Policarpo, te acuerdas qué bueno y sano andaba?

Pues mira, se lo llevó el diablo la otra semana, por un aire colado.

Llegaron. Cuando Samuel sacó del abrigo la vieja llavona del portal, vióse asaltado por extrañas inquietudes. Y cuando díjole solícito, «pase, pase usted don José María», creyó sentir un sollozo apagado.

¿Lloraban? ¿Habría empeorado D.ª Eulalia en su ausencia? Tuvo un sobresalto, cuando una pregunta dolorosa y triste, se hizo en su espíritu, sumido ya en azarosas inquietudes. ¿Y si se hubiese muerto? — concretó en su atribulado espíritu, mientras ascendían las escaleras.—Y para apagar aquellas angustias, se contestaba que aquello hubiese sido inauditamente cruel.

—¡Sí, don José María! A ver si la cura usted..., está tan viejecita...

Pero un nuevo sollozo vino a conturbarle en presagios ingratos, envolviéndole en atribulantes inquietudes... ¡Ah... ah!... ¿qué sucedía?, abriendo la puerta del descansillo atropelladamente.

—¡Perdone usted, don José María!... Luisa está llorando. El demonio me lleve...

Al abrir la puerta, vió semiapagada la luz del comedor, y confirmado el lento sollozar de Luisa. Sentía ahora, distintamente, el infantil lloro de Isidrucho... La zafiota sirvienta atravesaba en ese momento el pasillo, y entraba en la habitación de doña Eulalia, con dos velas encendidas... Pudo ver titilando a la luz,

en las gordas mejillas de la campesina, gruesos lagrimones, que en la plenitud de angustias de su lacerado corazón. confirmáronle todos los letales presentimientos.

De tres saltos febriles. púsose en la puerta del gabinete. Temblábale la mano. cuando iba a torcer el picaporte. Resoluto. abrióla violentamente...

Y contempló entonces la cruda realidad. la inmensa desgracia. en una fatal gravitación de angustias. sobre su corazón inerme...

Los párpados de la santa anciana, ya cerrados. se habían plegado para el último sueño. en una suavidad dulce de sueño tranquilo. difundida en el rostro como claridad translúcida. una semipalidez de cera. Las manos blancas y grávidas. apretaban un viejo crucifijo de plata. Diríase que en su semblante yerto. flotaran todas las excelsas beatitudes. que derrochara su buen espíritu, en el largo calvario de su azarosa vida, de mártir humilde.

Ramona. la sirvienta, había puesto largos cirios. en dorados candelabros. Luisa, con la cabeza hundida en la cama. despeinados sus blondos cabellos. sollozaba su dolor. En la mesa de noche, la mariposilla de luz. se ahogaba en aceite, iluminando débilmente los frascos de remedios y los botes de pomadas. Entre las almohadas, se enroscaba el rosario de negros abalorios...

—¿Había muerto? ¿Sería posible?, se preguntaba. Y en el rostro frío y pálido del cadáver doliente, encontraba la respuesta inexorable. ¡Ah, sí! Y había muerto, sin otorgar un beso adicto, en la frente del hijo amado...

Sentía él, como un dolor que se retorciera en su interior. De sus párpados no brotó ni una lágrima, de su garganta ni un sollozo, ni sus labios modularon una sílaba. Pero aquel anonadamiento ante lo inesperadamente trágico, era más fuerte que el dolor circunstancial, que se resolvía en lágrimas. El alma inundada de un dolor profundo e íntimo que desgarraba todo su mundo interior; un ligero sudor frío bañábale la frente, y sus ojos vagaban en la semi-idiotez dolorosa, del semblante de cera de la madre, pálido y doliente, al viejo crucifijo de plata.

—Resignación... resignación..., el deceso se ha producido, sentenció con impasibilidad médica don José María.

—Oh... don José María..., permítame...

Y acercándose al lecho mortuorio, con toda la unción filial de su alma pródiga, depositó en la frente marchita, un beso prolongado y suave, en el que derramó su dolor, como un tierno musitar de adioses...

—Samuel, escucha..., ahí viene el señor Cura, con los sacramentos... Llega tarde. Voy a recibirle.

—Bueno, ves tú, Luisa... Don José María,

si usted hace el favor..., y se retiró al cuarto vecino.

En el portal se sentía el taconeo de la comitiva. Primero venía don Agapito y los acólitos. Después una turba de viejas beatas, con farolillos colgando de las manos, para iluminar el camino, arrebujadas en amplias pañoletas negras. Raro y angustioso aspecto. el de aquella procesión nocturna. que va a visitar a la muerte, precedida por tres monaguillos somnolientos, que van arrastrando viejos ciriales de plata, en pos del cura, que con unción mística, lleva los sacramentos. De la iglesia cercana, lentas y fúnebres campanadas suenan tristemente. La luz incierta de los cien y un farolillos. divaga en las sombras, un jeroglífico luminoso. de estrellas titilantes, en el tardo andar de la procesión.

Penetró don Agapito y los acólitos en la habitación mortuoria. La larga fila de beatas, llenaba los pasillos y las escaleras, hasta la puerta de calle. El cura empezó a salmodiar latines. Arrodilláronse todos y empezaron las mujeres un himno fúnebre, gangoseando, salves y padre nuestros. contristando el espíritu, el rumor extraño. de aquel rezar unicorde. Cuando empezaban. «salve reina y madre», recargaban la voz, bajándola de repente a un murmullo difuso. haciendo correr entre sus dedos amarillentos y diestros, los toscos rosarios.

Un pequeño ruido se suscitó en el pasillo

apenas iluminado. Un brazo robusto cayó como una maza, sobre el flaco cogote de una vieja, y se oyó una advertencia iracunda, hecha en voz baja: «¡Oiga, oiga..., deme usted eso...!

—Calla... calla... sonsa..., ahí la tienes...

Era Ramona, la sirvienta, que atisbaba en la obscuridad, cómo una beata, doña Gertrudis, se guardó de sobre una mesa, un azucarero de plata. Y que, con un manotón enérgico, propio de su innata zafiedad, hízole devolver prestamente. Doña Gertrudis sepultó su nariz entre los rebozos, tornando a gangosear, mientras llenábase el pasillo con los roncos sollozos de Luisa.

Acabó, por fin, el rezo interminable... Masculló don Agapito, al oído de Luisa, tres o cuatro palabras pietativas y consolantes. Rodeáronla después la turbamulta de beatas, todas con un gesto compungido en el rostro, limpiándose las lágrimas en los chales.

—Consuelo... consuelo..., señora Luisa...

—Paciencia, señora Luisa... El, la tenga en su seno..., murmuró jesuíticamente doña Gertrudis, mientras parpadeaba una lágrima, en sus ojos lagañosos...

CAPITULO VIII

Aquella mañana llovía a cántaros. Corría el agua por las calles en pendiente, dejándolas limpias como patenas. Golpeaba furiosamente en los cristales de las ventanas. Tras las cancelas y las puertas de vidrios de las tiendas, veíanse las caras inexpresivas, de ojos atontados, de muchachos y sirvientas, detenidos por la lluvia, que contemplaban, aplastando la nariz contra los vidrios, en indolente estulticia, el llover incesante y los ríos de agua que volcaban los canalones de los techos.

Presurosamente llegó Villagra hasta la puerta de «El Eco». Mientras cerraba el paraguas, frotaba los embarrados botines contra el felpudo. En sus cejas, ligeramente fruncidas, y en los labios comprimidos en un gestillo ner-

vioso, se adivinaba alguna ansiedad interior de su espíritu batallativo e inquieto.

—¡Hola, Martínez!, ¿está usted solo?... Sí, claro, la lluvia... Macario vive lejos... Bien, diga usted... ¿vino la correspondencia?... ¿No?... Hombre..., hombre... (nerviosamente consultó su reloj), y son las diez. ¡Este demonio de correo!, y me urge saber si tenemos carta de Alfonso..., sí, de hoy no pasa...

Dejando en el bastonero, el paraguas y los zapatos de goma, despojándose del sobretodo, fué a sentarse a su mesa de trabajo. Y en vez de procurar la plama, acodóse en el escritorio, sosteniendo la cabeza entre las manos, mirando silenciosa y meditativamente, cuál golpeaba la lluvia en los cristales. Sin duda, que alguna grave preocupación radicaba en su espíritu.

Y la verdad es, que no era para menos. ¡Las cosas que habían sucedido, desde aquella infausta noche, hacía ya tres meses, en que falleció la buena doña Eulalia!... Examinaba el retrospecto doloroso. de aquel trimestre, intensamente sufrido.

Porque así es el implacable destino. Diríase que se complaciese en sumar sinsabores, formando largos rosarios de sufrimientos, hasta llegar a una total dispersión vital, hasta consumar la íntegra derrota de un espíritu. ¡Ah!, pero él, Samuel, sería indomable ante lo adverso...

Apenas fallecida doña Eulalia, tuvieron ya las maledicentes lenguas, donde voracear a gusto. Quien aseguraba que la buena anciana había muerto a puros disgustos; uno, más audaz, sin ningún empacho, aseguró en el Regional, que si murió sin unción divina, fué porque Samuel lo dispuso así, de propósito. Y toda la sacristanesca grey, tejió a su gusto, los más absurdos comentarios. Las beatas, exacerbadas en su misticismo calcitrante, dieron rienda suelta al grosero chismorreo, que triunfaba en sus bocas virulentas. Y la suspicacia lugareña, siempre propicia, atribuyó la inesperada muerte a un designio secreto del cielo, que así castigaba los desmanes periodísticos de Samuel, hiriéndole en su afecto más caro. Bien lo decía el párroco don Agapito, en la sacristía, en rueda de mogigatas.

—«Tenía que sucederle..., tarde o temprano, las habría de pagar... Así como así, no se juega con las cosas del cielo...»

Y lo creían las bravías gazmoñas. Relampagueándoles los ojillos grises, escondiendo las narices amarillentas en los rebozos, y apretando con furia, los rosarios bajo los chales, mascullaban una interjección.

—... ¡Ah, ese hereje!..., si lo quemaran vivo...

Bien sabía él, el partido que habían sacado de su infortunio. No se le ocultaba la agresividad virulenta, de los mil chismes que circulaban por la población, inspirados por don Ne-

pomuceno y su recua. ¡Ah, don Nepomuceno! El alborozo insólito que tuvo, cuando supo que Samuel andaba en apurados arbitrios de dinero, para pagar los gastos de entierro!

Porque sucedió también, que las finanzas de Samuel, andaba bastante mal purgadas. El periódico, cierto es que algunos pesos dejaba. Pero la casa paterna, que Samuel creía limpia de polvo y paja, tenía un crecido gravámen. La santa madre, nunca le había dicho nada, por no afligirle con demandas de dinero.

Fué una pequeña hipoteca que tomó doña Eulalia, allá en los tiempos estudiantiles de él. Y en vez de hacer, con un pequeño sacrificio los servicios anuales de la deuda, para finiquitarla de a poco, doña Eulalia, que no entendía aquello de intereses adicionales y punitorios, dejóles acumular año tras año.

Así el gravámen actual era enorme. Cuando Samuel, una noche se puso a hacer números y reglas de tres, para poner en claro aquellas cuentas, quedó aterrado ante la cantidad de miles de pesos, a que ahora ascendía, el pequeño préstamo originario. ¡Y pensar que ella nunca le había dicho nada! Cuando tuvo la evidencia del derrumbe, frunció la amplia frente, y un rictus doloroso, de filial y honda piedad, se dibujó en su boca, para la madre buena, que por evitarle ùn disgusto, le ocultara siempre el estado angustioso del patrimonio solariego.

Paseábase por el largo pasillo de la casa, de aquella vieja casona que el viejo Gil de Villagra, hiciera construir hacía largos lustros, para sede de su nombre y de su progenie... Y todo, absolutamente todo, tendría que pasar por la fatalidad adversa, a manos mercenarias...

¡Qué hacerle! Había que acorazarse contra lo azaroso. Puso en juego rápidos recaudos, para apartar el fantasma de aquella enorme deuda. Pidió moratorias para los vencimientos de la hipoteca, que aún a regañadientes, pero al cabo, fuéronle concedidas. Y con una cobranza activa y general a los deudores del periódico, contaba procurar rápidos recursos, para afrontar el primer pago.

Ello era lo que le tenía hondamente preocupado.

El sonoro ruido del timbre, vino a sacarle de su abstractiva meditación.

¡Ah..., por fin, el cartero!...

Y entró chorreando agua de su impermeable de hule, bufando un «¡Buenos días!», mientras dejaba sobre la mesa un profuso montón de periódicos y cartas.

—¿Cómo?... ¡Pues no, señor!... hoy tampoco..., gesticuló, mientras revisaba ansiosamente la correspondencia. Hasta que dejó caer con desaliento, el puño sobre la mesa, murmurando:

—No puede ignorar ese mentecato de Al-

fonso, la prisa que me corre recibir esos fondos... Vamos, que hacerme aguardar tanto!...

Y dentro de tres días justos y cabales, vencía la hipoteca. Había que sacar fondos, aunque fuese de los cimientos de la iglesia, para hacerle frente, ¿pero de dónde? En tres días, érale imposible encontrar el dinero, aunque allí en su frente, bullían mil medios de procurárselo.

¿Y si le pidiese a Ocaña un nuevo plazo de quince días?

Don Roque Ocaña era el prestamista. Viejo avaro y setentón, forrado en pesos, había multiplicado sus capitales por métodos usurarios, que hacían zig-zag por entre los artículos del Código. Ahí estaba sino esa hipoteca, que clamaba a los mismos cielos.

No obstante, era la única solución, y resueltamente se dijo:

—Iré a verle.

Calzóse los zapatos de goma, y poniéndose el sobretodo, salió rápidamente. Vivía don Roque en apartada callejuela, en un caserón inmenso, sólo con una vieja sirvienta. Diríase un lobezno, cervero de sus propios pesos.

Al fin, luego de largo caminar, chapaleando agua por las calles, empapado el impermeable inglés, llegó a la callejuela de la Espina. Dos golpes pausados y discretos en la puerta cancel de don Roque, denunciaron su llegada.

—¿Por don Roque?..., sí, señor, está en ca-

sa.., adelante..., por la escalera, a la izquierda.

Samuel no atinaba a dar un paso, en medio de aquella obscura caserona. Al fin adivinó en la penumbra la escalera, cuyos escalones gemían al pisarlos, como asustados de que subiese gente por ellos. Al llegar al rellano de un descansillo, sobresaltóse al sentir junto a sí, en la obscuridad, la voz cascada del vejete Ocaña, que le decía:

—Por acá, mi joven Villagra... Doble a la derecha, por el pasillo..., pasemos al despacho...

Ya en él, repantingado don Roque, en un viejo sillón Voltaire, en cuyos brazos de cuero gastado, asomaban por todos lados flequillos de lanuza. Abriendo una cigarrera de hueso negro, sumergió en las narices sus dedos llenos de rapé. mientras con sus ojillos azules y turbios, atisbaba a Samuel.

—Bien, bien, mi amigo Villagra..., usted dirá...

—Hombre, don Roque..., la verdad es que con algún embarazo vengo a hablarle..., puede usted creer que solo en un caso supremo, y dentro de la imposibilidad circunstancial..., ya usted comprenderá...

—La verdad es que no te comprendo.

—Sin embargo, soy explícito. Don Roque, me es imposible cumplir mi compromiso, dentro de

tres días... A lo menos, necesito un nuevo plazo de otros quince...

—Imposible.

Palideció Samuel. Sin embargo, prosiguió sin inmutarse.

—Observe usted que mi petición es justa. Estoy esperando fondos..., además, por este nuevo plazo, abonaré, es claro, el interés que correspondiese... Lo justo. es lo justo. Por lo demás, y sin que tome usted ésto, como un asomo a su caja, me parece que está usted suficientemente garantido...

—Imposible, Villagra — repitióle el vejete, tornando a llenar las narices de rapé.—Y empezó el vejete a explicarle, a modo de preámbulo, una fatigosa disquisición sobre intereses compuestos.

Pero él, impaciente, interrumpióle:

—Bueno, pero me dirá usted las razones de su negativa.

—Calma... calma..., a eso voy. Si te digo que me es imposible, es por la razón sencilla de que tú a mí no me debes nada...

—¡Cómo! — inquirió Samuel, poco menos que saltando del asiento.—¿Y la hipoteca?

¿Era una condonación de deuda, a título gracioso? ¡Ah, pues, no señor; él, Samuel de Villagra, no la aceptaba.

—No, no hay tal cosa..., la hipoteca subsiste..., lo que hay..., pero mira..., te contaré. La verdad es que para mí el negocio se presen-

taba pesado..., no puede extrañarte..., se me presentó un interesado en comprarme ese crédito... y naturalmente, lo vendí.

Ocaña volvió a hundir en las narices sus dedos con rapé.

—¿Con que ha traspasado usted la hipoteca? ¿Habrá sido a algún testaferro, para ejecutarme la deuda? — dijo Samuel, sonriendo dolorosamente.

—Te equivocas..., me la vino a comprar don Nepomuceno...

Samuel experimentó una sacudida. Sus nervios se conmovieron como un manojo de hilos eléctricos. Los ojos cabriolábanle en las órbitas, mirando con asombro a don Roque. Su amplia frente arrugóse en mil surcos profundos, como el moaré líquido de un lago, que repentinamente trocase sus aguas tranquilas en oleaje tempestuoso. Y tomando a don Roque de una mano, que ya llevaba con rapé a las narices, pególe un sacudón violento, que le hizo dar al vejete, un respingo de angustia.

—¿Don Nepomuceno?... ¿Dice usted que don Nepomuceno le compró el crédito sobre mi casa? ¡Vamos, explíqueme usted ésto! ¡Ah, don Roque, si ésto es algún trapisondeo suyo, me las va a pagar caras, muy caras! — decíale él, al asustado Ocaña, que se acurrucaba en su sillón.

—Calma, Villagra, te explicaré..., hace tres meses, ¿hoy estamos a 17?, sí... sí, jus-

to... Pues, bueno, vino don Nepomuceno una mañana..., me preguntó cómo andaba la hipoteca..., yo le dije, claro, ya puedes figurártelo......, que había que adicionarte intereses..., ¿está ésto malo?..., qué quieres, yo soy así, franco y sincero, — arguyó, velando hipócritamente los ojos.

Don Roque le contó todo. De cómo le venció la honda pertinacia, y la diaria obstinación de don Nepomuceno, que a todo trance quería que le traspasase aquella hipoteca. Por fin, le ofreció una buena prima, y pudieron en él, sus viejos apetitos de usurero.

—Qué quieres tú, los negocios están malos..., el año pasado se me picaron del gorgojo mil arrobas de maíz..., y luego me dió una prima...

Dejóle con la palabra en la boca. Al diablo Ocaña y el gorgojo de su maíz. Aceleradamente bajó las escaleras. En la cancel hizo bruscamente a un lado la vieja criada, que se quedó atontada por los modales inusitados, que gastaba ahora el señor Samuel.

Ya en la calle, serenóse, al sentir la fría caricia de la lluvia. Aminoró el paso, arrebujándose en elhúmedo impermeable. En la belicosidad de ideas desatentadas que chocaban en su magín, torturábase a preguntas insolubles. ¿Con que don Nepomuceno tenía interés en ser su acreedor? La verdad, que al negocio no se le veía la punta..., ser acreedor de un pagador en eterna mora... Y había dado una gruesa pri-

ma. ¿Le habría echado el ojo a la vieja casa solariega?... ¿Pretendería tenerle así en un puño, y apagar la ardorosa belicosidad del periódico?... ¡Ah, eso nunca! Así se lo llevaran todo los mismísimos diablos..., y todo por éste mísero vejete Ocaña, que por un puñado de pesos había traspasado la hipoteca... ¡Los usureros!... ¡qué gente, qué gente!... en la más absoluta orfandad de conciencia, capaces serían de pignorar el alma, por materia de tal cual suma de maravedises... Pues ahí estaba la casa, podía quedarse con ella...

Y Samuel, entre resignado e iracundo, levantó su airado puño, en hostil amenaza a la adversidad siniestra.

—Pero ese canalla se quedaría con la casa..., pensaba. Y tendría él que peregrinar por casas de inquilinos. El yantar cotidiano, para siempre dejaría de ser hecho, en aquella ahumada cocina, donde se hiciera por largos lustros. E Isidrucho su hijo, sería el último vástago de la vieja familia, que albergarían los techos de la antañona casa, que hiciera construir el primer hidalgo don Gil, allá en tiempos del virrey Sobremonte, para sede perpétua de su estirpe..., aquello no podía ser..., y el vencimiento era dentro de tres días..., no había donde procurar el dinero... ¡si siquiera al imbécil de Alfonso se le hubiera ocurrido girar a tiempo!..., pero ahora ni esta esperanza... Pareciera que la fatalidad complicara las

circunstancias, en una multiplicación perversa de cosas.

Desembocó a la calle Libertad. Al doblar la esquina, el viento frío del río, hízole sentir hielo en los huesos. La lluvia. calándole el impermeable, habíale empapado las ropas, haciéndole apresurar el paso, para llegar prestamente a la casa, aquella casa que ya no sería suya. Allí estaba para calmarle, para desahogarse, para compartir los sinsabores de la hora, ella, la esposa buena, la esposa magna, la esposa cordial... Ella llevaría en aquella hora de tristezas gigantes, mansa paz a su espíritu, derramando en su alma, los óleos sagrados y lenitivos de su cariño piadoso, envolviéndole en la eucarística luminosa y mística, de su amor adicto...

CAPITULO IX

Vamos, Samuel..., despiértate, querido..., préndete el camisón. Ahí viene don Jaime a verte como sigues..., ¿te encuentras bien, verdad?... Don Jaime vino a verte varias veces, mientras estuviste malito..., espera no te incomodes, te pondré detrás una almohada... — decíale Luisa en el tono afable de su voz acariciante, mientras colocábale una almohada en la nuca, para que estuviera cómodamente incorporado.

Ya en la puerta, interrogó don Jaime:

—¿Qué, se puede?

—Pase, pase usted, don Jaime.

—¡Hola, hola, con que ya estamos buenos! Superior, Samuel... La salud «¡*That is the questión*!» Lo demás, son cuentos de Calleja...

¡Ah!, pero me contarás cómo fué eso..., al demonio se le ocurre, ponerse a corretear calles en días de lluvias..., ahí tienes el resultado..., tres días de fiebre tumbado en esa cama, delirando con hipotecas..., ¡con hipotecas tú, el escritor consagrado!..., vamos, que es para desternillar de risa, hasta la estatua de Belgrano!...

Sonrió Samuel.

—Sí, hombre..., porque después de todo, hipoteca más o menos, no es para amilanarse, ¡no señor! no hay que amilanarse, como decía mi primo Aldunate!; mira, una vez que tuve yo un apuro grueso con una casa del Rosario..., unas máquinas que compré para escardar papas... Y se vino el pago, y no tenía ni un centavo...; pues bueno, a mí no me dió por cuajarme en la cama, ¡quiá!, el mismo día escribí a mis acreedores: «muy señores míos: o ustedes son tan amables que me amplíen el plazo, o mañana mismo, zampo las seis escardadoras de cabeza al río, para regodeo de cangrejos...», y no hubo qué hacer.

—Pero el caso mío no es el mismo; yo no puedo, como usted, amenazar con echar la casa al río..., y si usted, tan providencialmente, no viene a apuntalarme, a estas horas sería de don Nepomuceno, — díjole estrechándole, con remarcada efusión la mano.

—¿Lo ves?, eres un barquichuelo de papel, que naufraga en una palangana. Si tu viejo don

Jaime no viene a tiempo, a buen seguro, que ya te hubieran desposeído de algo tan legítimamente tuyo, como esta casa. Porque tú eres así..., no sé cómo..., deschavetado, y los momentos de peligro, toda tu inteligencia es, ni más ni menos, un poco de estopa. Tú sabiduría, que admiro, se te pierde en quién sabe qué bolsillo. Ves cómo se aproxima la tormenta, y no acudes a guarecerte en lugar seguro... Me haces acordar a aquellos estóicos de tiempos pretéritos... Y no es que te falte fósforo, como decía Aldunate, porque ¡caray! esa cabezota vale lo que pesa, y has almacenado ahí más sabiduría, que francos *musiú* Rostchild...

Asentía Samuel pensativamente.

Y le contó don Jaime de cómo aquella mañana había realizado una partida de papas.

—Yo me dije — puesto que tengo estos pesos y Samuel está en la barranca, vamos a echarle una cuerda, y me fuí a ver a don Nepomuceno..., me hizo pasar a su despacho... ¡Ah, tenías que verle la cara que puso cuando le dije que iba a arreglar tu asunto!... ¡Qué, me traerá usted el dinero! «Poco a poco, señor Intendente — le contesté, — iremos por partes. ¿Qué es lo que debe pagar Villagra? ¿Tres mil pesos? Pues bueno..., ahí tiene usted mil quinientos, y por el resto, queremos un nuevo plazo, señor Intendente». ¡Imposible! Exijo toda la cantidad. «¿Qué, don Nepomuceno, no

accede usted? Entonces no habrá más solución que regar con petróleo la casa, y arrimándole un fosforillo, quedará saldada la cuenta...»

—Como me lo esperaba..., el Intendente, pegó un salto. «¿Eh? ¿Don Jaime? No hará usted eso... Pór lo visto, su primo Aldunate le ha enseñado soluciones expeditivas...» Y el Intendente aceptó mi propuesta. Con que ya ves qué fácil y qué pronto, se pega un parche en unas espaldas doloridas.

—Gracias..., gracias..., don Jaime..., lo que sí esos pesos... no tengo seguridad de cuándo podré devolvérselos...

—¡Ea..., déjate de tonterías..., ya veremos eso. Pues, como te contaba..., el taimado don Nepomuceno quería acorralarte... Y el muy marrano. sin ningún empacho, me descubrió toda la madeja de obstáculos que te estaba tramando. Me decía: «Qué quiere usted, don Jaime, hay que apabullar a ese imbécil de Villagra. Tendré que sitiarle por hambre, y el periódico morirá de anemia. Hay que empezar por la base. Y haciéndome dueño de la casa de ese imbécil, veremos de dónde saca los «pesos» para pagarme los réditos... ¡Si no se hubiera usted metido de por medio, don Jaime!.... me ha trastocado usted los planes... Ah, pero a fé de quien soy, que a ese canalla le meto entre cuatro paredes antes de tres meses!... Deje usted correr la bola, que se pa-

rará en punto que se rompa». ¡Uff!! y mil cosas más.

—¿Sí?, pues nos veremos, ¡si señor!, nos veremos.

Asustóse don Jaime al ver la expresión del rostro de Samuel, en el que se señalaba la enérgica y resoluta decisión de empezar una brava lucha contra aquellos encarnizados enemigos, que así se cebaban en su infortunio. Por primera vez, don Jaime sintió remordimientos, de haberlo incitado a aquella lucha, de la que tenía la visión clarovidente, sacaría Samuel la peor parte, y saldría a la postre, derrotado. Arrepintióse de haberle estimulado a aquella lucha enconada de aldea. ¡Ah, ah!, se dijo, ¿había tenido él derecho de turbar la paz de aquel hogar, de haberle aconsejado el abandono de su periodismo tranquilo, por aquella otra acción batalladora, bravía, sin cuartel, más alta, sí, más noble, más fecunda, pero menos positiva, en la que había de dejar la tranquilidad de las horas mansas, en la que había por fuerza que concitar odios, que recaerían sobre él, en venganzas sórdidas que iban hasta lo más sagrado, como lo hacían ahora con el pobre Samuel, persiguiéndole incesantemente en furores malvados? El, don Jaime, tenía la obligación y el deber de reparar aquello, ya que había desatado aquel aquilón de pasiones. El, que preveía el final de todo, debía concurrir con su consejo, a salvar a Samuel de la fa-

tal derrota, cuya inminencia, claroveía cercana. ¡Sí, sí! — se dijo, — aún cuando fuera a costa de su vida, ya provecta, que para nada era valedera. Sentía el remorder de su conciencia de hombre bueno, arañándole el alma, rasgándole en su interior. ¡No, no! — afirmóse resueltamente, — había que conjurar el peligro, y allí mismo, en aquel propio instante empezaría.

—¿Lo ves? Ya estás infiltrado de odio. ¡Ah, Samuel, cuánto me duele verte así..., esterilizando tu acción y tu tiempo, en mantener tu gallardo periodiquín de aldea..., porque al fin tu «Eco» no es sino eso; que dice verdades de a puño, y pone a los caciques comarcanos las peras a cuarto. ¿Pero crees tú, Samuel, que es ésta la finalidad superior, que te está destinada? Permíteme que proteste... La órbita de tu talento requiere el escenario apròpiado. Y eso es lo que venía a decirte: Samuel, tú te ahogas acá en Pozuela, pierdes miserablemente tu energía, tu obra no puede ser más insustancial.

—¿Insustancial? No. No puede ser. ¿Que me dejo llevar de pasionismos? Conforme. Pero observe usted que cada número de «El Eco» es una nueva semilla, que ha de germinar tarde o temprano, en este terreno abonado que se siembra... ¿Puede ser acaso insustancial mi obra permanente de depuración liberal, en este ambiente de gazmoñería y caciquismo? ¿Y mi

obra de progreso? ¿Y los caminos? ¿Y el ferrocarril? ¿Y el hospital? ¿No lo he conseguido bregando a diario desde el periódico, poniendo el grito en el cielo? ¿Y su elección de concejal? ¿Y la Escuela Normal que hemos conseguido? ¿No es, acaso, un corolario estimable de mi obra? ¿No es, acaso, fecunda? ¿No será, por ventura, perduradera?

—Sí, sí, conforme. Mira, en eso no te discuto. Tendría que decirte, sin embargo, que en todos esos progresos de Pozuela, cuyas iniciativas te pertenecen, no te han destinado ni un gajito de laurel... Mira: en la pared del hospital, hay una gran chapa de mármol dedicada «al ministro B..., bajo cuyos auspicios se hizo esta obra», y así..., hoy ya nadie se acuerda de que todo se te debe... Desengáñate, la labor de un periódico es desconsoladoramente anónima... Cuando en «El Eco» tú propones una cosa, todo el mundo dice: «Vaya, a Villagra se le ha metido en el seso tal o cual cosa», y cuando después de batallar, tu idea se pone en práctica, todo el mundo se acuerda del ingeniero C... que hizo los estudios, del ministro que ordenó la obra, del diputado Z... que la propició, de todos, menos de Villagra, a quien corresponderían todos los laureles...

—Momentáneamente, nadie es profeta en el terruño..., luego las envidias..., las mismas pasiones. Pero algún día, don Jaime, yo moriré, y no ha de faltar ¡ah, se lo aseguro!,

alguien que diga: «aquí hubo un Samuel de Villagra» que hizo ésto y esotro... Y mi combate porfiado contra el obscurantismo espiritual, a tanto fariseo de sacristía, contra el reyezuelismo de aldea, contra esta docena de caciques regionales ensorbecidos, ébrios de poder, gana día a día nuevo terreno.

—Todo lo que tú quieras, pero no me convences... Por lo visto, a tí se te ha metido entre ceja y ceja, que nada hay más benemérito que desasnar campesinos y desnudar santos, para que se vea la engañifa del dogma, con toda su recua de ídolos de palo, vestidos de terciopelo. Considero que debes aspirar a algo más alto. Te contentas con ser un hombre de acción en tu terruño; esto es lo que repruebo. Tú puedes, si te propones, ser lo que quieras. Eres un hondo filósofo, un admirable literato, un hermeneuta de todos los gayos saberes..., ¿qué haces, pero qué haces, mi querido Samuel, que no escribes unos libros, en que derrames tu ciencia, o profundices un sistema filosófico, o fundes tus nuevas teorías de moral, o vas echando los cimientos de tu obra literaria?... Algo, cualquier cosa, que difunda tu nombre, que relieve tu personalidad en perfiles propios... Sí, Samuel, algo que te vaya cimentantando fama y honores, honra y provecho, desde el metodismo tranquilo de una fecunda labor intelectual... Me parece que te sobran materiales para empezar la obra... Dentro de tu

poliformidad intelectual, puedes pisar y muy fuerte en cualquier terreno... A poco que pongas el ingenio en remojo, tengo para mí que producirás cosas muy buenas... Con que es necesario que vayas amasando algo en esos sesos, y que con la aguja prodigiosa de tu ingenio, pongas un hilván a cuanta idea bulle en esa cabezota disforme, bajo esa frente pensadora, dando trabajo a linógrafos, y haciendo en suma «gemir las prensas...», como decía mi primo Aldunate.

Samuel, en afectuoso ademán, posó una mano en el hombro de don Jaime.

—Así, como así, ni es tan fácil, ni tan cómodo, eso de decir: ¡Caballeros, abur!, tomar el primer coche y largarse con viento en rabadilla... Para espíritus fríos, razonadores, está bien. Pero para el espíritu combativo y leal, que no persigue los laureles efímeros del aplauso, ni comulga en el exitismo de circunstancias, ni gusta de pisar la alfombra inútil de todas las vanaglorias; para el espíritu ajustado a un ideal de solidaridad superior, para un espíritu ansioso que desea renovar los cimientos de esta sociedad, sujeta a cánones de una moral absurdamente rancia, y a la estrecha rigidez de dogmas, que serían fábulas ingénuas, si no fuesen explotadas por ejércitos de turibularios de altar y ganapanes de púlpitos... Para un espíritu así, no es tan fácil abandonar la arena del combate rudo, máxime para quien, como yo,

sólo se siente impulsado a perseguir como indistinta finalidad, el bien colectivo... Verdad es que podría dedicarme al profundizamiento exegético y filosófico, perfilando mis nuevas teorías... Tiene usted razon, creo que obtendría algunos éxitos... Pero yo me pregunto, ¿no es acaso tan meritorio, como publicar un tomo sobre la inmoralidad del dogma, el penetrar en cien conciencias dormidas, ponerlas en posesión de su *yo* individual, y enseñarles la trocha luminosa de todos los albedríos del hombre, y las amplias órbitas de las libertades modernas? ¿No es esto, acaso, lo que importa al espíritu orientado, hacia las mediatas finalidades, del progreso colectivo de un pueblo?

—Convengo que en ese terreno, no hay quien te haga resbalar... Casi estaría por decirte que me convences, si no fuera que estoy persuadido, que por esta vez, no tienes la larga visualidad del conjunto... Ni más, ni menos. Se te ha puesto desembotar labriegos, y por lo visto, es ya para tí una manía querer fabricar ciudadanos..., ¿crees tú, que diez, que cien, que mil ciudadanos de nuevo cuño, importan algo, en el orden general? En proporción a la masa, no pasan de representar un ínfimo milesimaje... De modo que tu obra resultaría en el mejor de los supuestos, un apostolaje absolutamente infructuoso, y no siendo fructuoso, es inútil. Un centenar más de ignorantes, o de imbéciles, ¿qué importa al mundo, ni a la so-

ciedad, ni a la democracia? En un estrecho orden local, circunscripto tu apostolado à la región, resulta para tí, como puedes observarlo, un eterno germinar de discordia, un perenne generar de odios, precisamente por lo reducido del escenario, en el que hay que descender a las fuerzas, al bajo plano de la politiquería de cotarro, y a la intriga lugareña... Por eso no me canso de repetírtelo: ¡sal de Pozuela, marcha a Buenos Aires, define rumbos, y al fin, Benvenuto de la pluma, dedícate a producir obra substancial y perduradera. Quede el desasnar labriegos, para otros francasados, o para tí, cuando como un león viejo cargado de laureles, vuelvas a enterrar tu ancianidad a este terruño, y cultives como un adusto y glorioso Hugo, los geranios rebeldes de la idea tenaz e invariable, de paso que te curas los reumas...

Siguió don Jaime perorando. Era preciso que Samuel marchase a Buenos Aires, a París, a cualquier gran centro, a triunfar por la virtud ponderada, de su talento indiscutible. Allá se las hubiera Pozuela, para luchar con el aire enrarecido de sacristía, y con esos macabeos po- ¡si no merecían, ni que Samuel se ocupase líticos de don Nepomuceno y demás pandilla, de ellos!

Posaba Samuel su vista distraída èn los damasquinados de la colcha, engarzando los dedos en los flecos, mientras el impasible don Jaime,

con paciencia benedictina, seguíale exponiéndole el argumento de peso, y la razón contundente; y cuando tomaba el sombrero para marcharse, dejó caer sentenciosamente.

—Lía, sin pérdida de momento, los baúles... Piénsalo si quieres... Observa que en el puèblo, no germina la rosa blanca del agradecimiento... La masa tumultuaria, sabe expresar su enojo, pero no su gratitud. Caerás al fin devorado por ellos mismos.

Y salió, limpiándose con ademán solemne, la frente sudorosa.

CAPITULO X

Aquel era el día de la Inmaculada. Pozuela entera estaba vestida de fiesta. No es para descripta la explosión de regocijos populares, que se veían estereotipados en todos los rostros. El día de la Inmaculada, patrona del pueblo, esperado con ansias comprimidas, era día de expansiones lugareñas.

Ya por la mañana, la banda de música del celebérrimo «Luis el gringo», con su aspecto de vergonzante murga, había recorrido la población, preparando los espíritus, tocando dianas y pasacalles. A las diez, todo el mundo se largaba a la calle, luciendo las ropas de fiesta, celosamente guardadas durante el año.

En el mercado, todo era inusitado movimiento. A las once, las mesas de todos los

puestos, estaban limpias como bacías, y las obesas puesteras, con caras regocijadas, sentadas en las canastas invertidas, desbordando las nalgas la pequeña base, contaban las piezas de niquel y los pesos, echando las engorrosas cuentas, de las ventas óptimas.

La plazoleta frente à la iglesia, era una romería. Todos, bajo el sol plácido, con sus vestidos nuevos, con los botines lustrados cuidadosamente, con las camisas inmaculadamente blancas, esperaban la hora de entrar al *tedéum*. En la sacristía, era un constante ir y venir de acólitos. Era aquella la más solemne misa que se oficiaba durante el año.

Al llamado urgente de la tintineante campanilla, entraron todos a la iglesia, que resplandecía de luces. Un millar de velas regaladas por beatas feligresas, para alumbrar a las dilectas vírgenes, ardían frente a los altares. Oficiaban seis sacerdotes. El párroco y coadjutor, con casullas de moaré violeta y amarillas, que brillaban como lentejuelas, bajo la profusión de luces...

Frente al altar, en sitio prominente, arrodillados en lujosos reclinatorios, el Intendente don Nepomuceno, que en aquel momento daba a su rostro astuto una expresión de beatitud hipócrita, y detrás, la Cofradía de los Caballeros del Sagrado Corazón, con una gola blanca sombre los hombros, atributo que sólo podían ostentar los cofrades.

Llegó la hora de la consagración. Don Agapito el párroco, ingurgitó con pasmoso regodeo, medio cáliz de vino. A buen seguro que los cánones no autorizarían tal cantidad, a juzgar por los ojillos de don Agapito, que se enturbiaron visiblemente. Luego dos acólitos pusiéronsele a los lados, escoltándole hasta el púlpito. Y empezó una larga requisitoria, contra los descreídos, contra el debilitamiento de la fe religiosa, con toda la circunloquia de la peregrina oratoria del padre Granada.

Llevaba ya un buen rato perorando, cuando, sus ojos se redondearon de asombro. ¡Qué podría ser! Allá junto a la puerta de entrada, había media docena de liberalotes herejes, que escuchaban con cara socarrona, sus desatinos. Estaba también el sastre revolucionario, mirándole con ojos indignados, en los que se desbordaba todo el nihilismo ideológico de su espíritu de rebelde.

Don Agapito se mordió los labios con ira. ¡Esos canallas de herejes, mofándose! Y rápidamente cambió de tema, y empezó a barbotar una catilinaria sangrienta contra la herejía triunfante, y contra esos papeluchos infames, inspirados por Satanás, que emponzoñando el ambiente, eran el cáncer peligroso de la sociedad moderna.

Nuestros hombres, seguían con el mismo semblante socarrón. ¡Vaya, vaya!, don Agapito pierde los estribos! . . . .

Y así fué. El incontenible párroco, no paró allí. Sino que calentándosele la mollera con el tema, ébrio con sus propias palabras, arremetió furiosamente contra la herejía que reinaba en Pozuela. Y personalizándose, ya con Samuel, ya con otros liberalotes significados, no se midió en las palabras y tuvo cada frase de órdago, que hizo mirarse a las beatas asombradas... «hay canallas fuera del orden social...», «gusanos despreciables, que se arrastran subalternamente en todas las abyecciones...», «entes que debieran vivir en sus pocilgas...», y seguía el irascible don Agapito, vomitando denuesto sobre denuesto...

Terminó por fon el tedéum. Dirigiéronse todos a sus casas, en procura de los opíparos yantares, que ya debían estar humeando sobre las mesas. Porque eso sí. el día de la Inmaculada, las viejas abuelas despenseras, abrían de par en par las puertas de las alacenas, y colmaban ollas y pucheros de cuanta cosa apetitosa había por esos mundos.

Por de contado que el tema obligado aquel día en todas las mesas, era el sermón furibundo de don Agapito, pronunciado en la misa. La suspicacia lugareña, vió bien pronto, adónde iban las furiosas arremetidas del celoso párroco. ¡Cuánta razón, pero cuánta, tenía el señor párroco, de haber montado el potro de la cólera, y haberles largado aquella media docena de verdades!

Don Agapito, tuvo numerosos invitados a su casa. El coadjutor y demás clérigos, la mayoría de los cofrades del Sagrado Corazón y una media docena más de feligreses significados. ¡Cómo reventaría y volcaría en aquella reunión propicia, toda su rabia, el furioso párroco, semi-perdidos los ojillos grises, en las amplias grasas de sus carrillos mofletudos!

A las dos, ya estaba la población entera en la plaza Lavalle. Un verde ribazo apoyado en sólidos malecones, para contener la acción del río, que en los inviernos, cuando bajaban los turbiones de las sierras, tornábase violento. La banda, bajo la implacable batuta de Luis «el gringo», acordaba alegres bailes; por la mañana habían adornado de follaje la glorieta de los músicos. En las amplias avenidas de la plaza, rebosante de gentío, discurrían los paseantes. Por el cercano camino, algunas rancias señoras paseaban en coche, al trote cansino de los caballos.

Por la calle Arenales, en dirección a la plaza, venían don Agapito, don Juan el coadjutor y demás devota y conocida cohorte, conversando animadamente, con el grueso habano saltando en los labios, húmedos aún del *chartreusse.*

Paseando animadamente, acercáronse al baile. Mas, de pronto, rompe la rueda una muchacha de apenas diez y ocho años, con signos evidentes de una maternidad adelantada. En sus peque-

ños y vivaces ojos negros y en sus labios apretados, leíase un signo de cólera comprimida. Y encarándose con el coadjutor, todo encarnado de vergüenza, tomándole de la sotana y tirándole un rasguño al pescuezo, díjole en medio de la estupefacción general.

—¡Sinvergüenza!

—¡Muchacha! ¿Estás tú loca? ¿Ea, qué es eso?, replicó, dándole un empellón y llevándose el pañuelo al cuello, donde se veían tres rayitas coloradas y frescas, producidas por las uñas filosas de la muchacha.

Salió don Juan de allí más pronto que canta un gallo. Suspendieron los músicos el vals, y los bailarines formaron rueda. en derredor de la muchacha, que lloriqueaba en el delantal.

En honor a la verdad, debemos decir, que el coadjutor, siempre tuvo mala fama, y era justamente sindicado de vicioso y disoluto. La feligresía, le tuvo siempre en cuidadosa cuarentena. De ahí, que el hecho imputado, no extrañase ni al propio don Agapito.

Volviéndose la muchacha sudorosa, con las greñas pegadas a las sienes, bebiéndose los lagrimones, que le corrían por las granas mejillas, levantaba los puños apretados, dirigiéndolos al grupo, donde don Juan, secábase las gotitas de sangre que manaban de los rasguños del cuello.

Como un reguero de pólvora corrió la noticia, de boca en boca. Las respetables madres,

comentábanlo en voz baja, con gesto escandalizado. Las jovenzuelas, con los pañuelos en las bocas, tapaban los gestos de asombro. El escándalo cundió como una marea creciente; pronto se supo y se comentó en el Club, en los cafés y hasta en los almacenes del mercado. Creemos que muy mal lo hubiera pasado el libidinoso coadjutor, a no haber puesto pies en polvorosa.

Porque aquello no era alfeñique, ni grano de anís». ¡El coadjutor, quién lo dijera! Y con aquel su gestillo humilde y su sonrisilla cristiana!... Vamos, que no era para creerlo... Y a una chica así de diez y ocho años... Pobre Lola.... pero también eso de dejarse engañar!, qué seso de muchacha, valga Dios!... Verdad era, que los curas de ahora...»

Tal los comentarios. En cuanto se juntaban dos personas, empezaba el cuchicheo en voz baja. En las caras asombradas se leía: «¿Qué? ¿Sabe usted? ¡Qué cosa! Hombre, casi no lo creo... ¡Don Juan en semejanzas aventuras!».

Pero el que explotaba la nota era el revolucionario sastre, don Marcos. De natural adusto, escondiendo lo recio y calcitrante de sus ideas, bajo una cara enigmática y ceñuda, en cambio andaba ahora por esas calles haciendo girar el bastón entre las manos, el dedo pulgar colgado del chaleco, con cara de pascuas, ostentando en su rostro risueño de liberalote, una sonrisa desplegada. «¿Con que curas? ¡Pues

vaya, ahí tenían curita y medio!... ¿Moral religiosa, verdad?... Pues ahí tenían la Lola, ostentando una curva peregrina... ¿Con que novenas, sermones, prácticas monjiles y hostias dominicales? ¡Jé, jé! No olvidarse de poner en remojo las barbas... ¡Cuidado si había don Juanes en el mundo!». Y si don Marcos encontraba en el Regional algún correligionario, no se le salía de la boca.

—¿Qué opina usted del asunto de la Lola?

—¡Vaya, el cura, eh! ¡Vamos, que plaga mayor que aquellos frailes! Porque mire usted...

Y sorbía don Marcos su café, mientras explicaba a su interlocutor su fenomenal programa revolucionario, si el general Aldunate no hubiera muerto, para poder regar la provincia toda a pura sangre de curas.

—¡Si no hubiera muerto el general Aldunate

CAPITULO XI

No había más remedio que creerlo! Santiguábanse las viejas, al oir la noticia. ¿Con que era cierto? Qué de cosas. santo cielo. estaban sucediendo... Nada, nada, que andaba el diablo por estos mundos, armando zascandiles a diario.

—El otro día fué la Lola, dando un bofetón en la cara a don Juan... Después aquello, lo de la Maruja..., ahora esto de... pero no, las cosas hay que averiguarlas bien..., en boca quieta no entran moscas... Oye... oye, Feliciana, ¿es cierto que se escapó?

—¿Don Juan? Pero mujer..., tú vives en la luna. ¿Recién te enteras? Pues sí, mujer, sí..., se fué..., dicen que al Paraguay... De noche se escapó... Mira mujer, yo menos que escandalizarme, me alegro, qué quieres; después del

asunto de la Lola, el hombre estaba de sobra. ¿Que ahora se fuga? Pues mejor. Que se vuelva a donde le plazca.

—Sí, Juliana ;pero tú no miras..., fíjate: un cura que se amanceba..., que hace un lío con las sotanas, y se fuga una buena mañana, sin decir esta boca es mía..., no, no, el ejemplo no es muy cristiano... Siquiera por no dar que hablar a esos herejotes del diario, debió contenerse y no desaparecer así..., vamos, que si quería irse, debió hacerlo dignamente; una tarde decir con toda tranquilidad: « ¡señores, abur! », e irse. Pero así, irse así, como un pelafustán de uña... Porque después de todo, don Juan era bueno... ¿Que le gustaban las mozas? ¿Y eso qué? ¡Como si los pobres!... ¿eh?..., ¿verdad Juliana? Al fin y al cabo, son hombres como los demás..., y los hombres deben ser los hombres..., sentenció doña Clorinda, que siempre tuvo ciertas nostalgias, debido a la inercia hombruna de don Carlos.

Y no hubo duda. La fuga de don Juan el coadjutor fué una conmoción de órdago, para la gazmoñeril Pozuela. Sesionaron gravemente los cofrades del Sagrado Corazón, en la botica de don Carlos, y después de toda una noche de discusión acalorada, resolvieron dar un manifiesto verbal, que se encargarían de publicar todas las lenguas hábiles de la cofradía. ¿Que si el medio de publicidad era bueno? A la media hora, se sabía de todos, que «la fuga de

» un miembro del clero local, en nada afectaba
» al clero mismo, ni a las cristianas costum-
» bres (salvo el natural escándalo), porque se
» trataba de un sacerdote advenedizo, extranje-
» ro por añadidura; que dado el agravio de lesa
» religión, la cofradía gestionaba, se descar-
» gase sobre el prófugo, todo el rigor de las
» encíclicas, se le excomulgase por relapso, y
» en la otra vida se le condenase «secula se-
» culorum», a los infiernos».

No ocultaban su disgusto don Nepomuceno y don Agapito. ¡Pues no había sido el coadjutor poco imbécil meterse en faldas de mozuela!

Porque el asunto estaba en el tapete. Habíanse bordado mil patrañas.

«El Eco», había tomado el asunto por su cuenta. Verdad es que ocasión más favorable para aplicar zurriagazos de padre y muy señor mío, a toda la clerigalla, ni pintada calva. Hasta los menores detalles del endiablado asunto de la Lola, fueron sucesivamente viendo la luz pública, en letras de molde. Y como a Cristo crucifijado, todos pegan lanzazos, no faltaron testigos que vieron cien escabrosas aventuras. Había quien aseguraba que don Juan, se vestía de civil por las noches, e iba de farra por los boliches del pueblo, con bigote postizo y escupiendo por el colmillo con la habilidad de un atorrante.

Tomó entonces el escándalo contornos pa-

vorosos. Hiciéronse eco los periódicos de Buenos Aires, publicando en sus secciones policiales bajo epígrafes en letra gorda, «Un cura que se fuga», o «El clérigo de Pozuela», todos los detalles de la donjuanesca aventura. Las revistas gráficas traían caricatos alusivos, y Pozuela tuvo su cuarto de hora de lamentable popularidad.

Esto era lo que sacaba de quicio a don Nepomuceno y a don Agapito. Si no fuera por «El Eco», nada hubiera trascendido fuera de Pozuela, aquellos trapillos sucios hubieran podido lavarse allí mismo, y hubiérase reducido a quince días de escándalo; pero el malhadado periodicucho, había alborotado el avispero, y el asunto, por propia impulsión, habíase magnificado a límites inauditos. Ya el Obispo y el mismísimo Ministro del Culto, habían tomado cartas en el asunto. ¡Y no haber podido todavía meterle mano a ese *masón* de Samuel! — pensaba don Agapito.

Paseaban el alcalde y el párroco por una calle del pueblo.

—Bueno, don Agapito, al Villagra ese, me parece que no habrá más remedio que hacerle pegar una paliza...

—A la cárcel, amigo Intendente, es a donde habría que enviarle.

Una turba de chicos disputaban en medio de la calle. Cuando pasaban el Intendente

y el clérigo, trenzáronse tres o cuatro a sopapos, mientras los demás, haciéndoles rueda, los animaban con gruesas interjecciones. Una palabra, un juramento mal sonante, vino a herir los oídos del párroco.

—Vamos a ver, ¿quién fué?, ¡quién fué, pregunto! — interrogó iracundo.

Uno largó una risotada. Don Agapito contrajo de rabia los puños, al reconocer que quien así reía era Marquitos, el hijo del sastre hereje. Y sin contenerse, zamarreándole del brazo

—¿De qué te ríes? Dí... vamos a ver de qué te ríes!... ¿Tu padre no te enseñó a respetar? Pues mira, para que no vuelvas a reirte de un ministro del Señor...

Del manoplazo que le dió, hízole sentar en el suelo, mientras los restantes chicuelos, echaron a correr, viendo cómo las gastaba el iracundo párroco. Marquitos, al que se le habían saltado las lágrimas, con la violencia del golpe, con las ropas llenas de tierra, restregándose los ojos llorosos, echó a andar para su casa. Al entrar, viólo don Marcos, que estaba en la sastrería, trazando rayas con el jaboncillo sobre los casimires, observando su estado lamentable.

—¡Eh, tunante! ¿Qué es eso? ¡Bonita facha!, y tomándolo de una oreja, se lo llevaba adentro.

—El..., él... me pegó..., don Agapito...

—¿Qué dices? — interrogó vivazmente don Marcos, soltándole la oreja y mirándole de hito en hito.—¿Qué es lo que dices?

—¡Don Agapito! ¡Te pegó don Agapito!... Y te dijo que no te había enseñado urbanidad ni respeto. Tendré que ir a hablarle... ¡Vaya si hablaremos!

Tornó don Marcos a tomar nuevamente el jaboncillo y a trazar rayas en los casimires, vuelta ya, aparentemente, la tranquilidad a su semblante. Sólo de cuando en cuando, se le oía murmurar entre dientes: «¡Con que profesor de urbanidad! Igual que el otro cura, profesor de moral...»

Don Marcos, una vez marchados los oficiales, y terminada su diaria tarea, sentóse detrás de la mesa de corte, a leer como un benedictino, los diarios recién llegados, bajo la lechosa luz del acetileno. Cenó como si nada conturbase su espíritu, y no eran cumplidas las diez, cuando se embutió en su mac-ferlán, tomó el bastón, encaminándose al Club.

En la botica, a las once, estaba la reunión en su apogeo. Se discutía acaloradamente si el coadjutor hizo o no hizo bien en largarse con viento fresco. Si alguno de los contertulios, en vez de poner tanta atención al zarandeado tema, hubiérase fijado en la puerta, tendría una desazón, al ver tras los cristales, la cara socarrona de don Marcos, tirándose de la bar-

billa y mirando con ojos imperturbable a don Agapito, en hosca actitud.

No habían transcurrido veinte minutos, cuando un formidable bostezo de doña Lucinda, si que velado por el rebozo, dió la señal de disgregación. Los primeros en irse fueron don Adolfo, don Eulogio y don Nepomuceno. Después los demás, y a poco no quedó en la botica más contertulio que don Agapito. Entonces, don Cástulo el boticario levantóse cautelosamente, abrió un estante, extrajo una botella, y mientras adornaba el rostro con una sonrisilla enigmática, brindóle una copita de licor. Era moscatel de quince años, que guardaba como oro en polvo. Solo el párroco lo probaba; de ahí que fuese siempre el último en retirarse. ¡Es que tenía una aroma el vinillo aquél!

—¡Vaya, don Cástulo..., salud, — dijo saliendo.

Embozóse en la cubresotana. Calóse el sombrero y, a paso firme, haciendo sonar los talones sobre la vereda, dirigióse a su casa. No había andado una centena de varas, cuando un escalofrío de angustia le recorrió por el cuerpo hasta los talones. Enfrente de él, plantada en la vereda, una sombra torva, en la ambiente obscuridad, le interrogaba melosamente:

—¿Lleva usted mucha prisa, don Agapito?

Al punto creyó reconocer aquella voz. Pero

por más que revolvía el magín, no acertaba. ¿Quién sería? ¡Bah!, un chusco..., quién sabe no fuera Portones!...

Se acercó, levantando evangélicamente la mano, para apartar al intruso de la acera, que así se burlaba de él, don Agapito Fernanfuerte, párroco de la invicta Pozuela.

—Vaya, buen amigo, dejaos de bromas... —decíale mientras avanzaba.

Pero sus dedos tocaron unas barbas, al tiempo que una voz tonante, hartamente conocida, le decía:

—No asustarse..., son las barbas del arcángel Gabriel.

Don Agapito dió un resoplido furioso de ira y de temor, al adivinar a don Marcos, parándole en la calle a media noche. Recordó la bofetada que diera al hijo, aquella tarde, y no sin temor, se dijo: «Este viene a pedirme el vuelto». El chiste impío, cruzóle la cara como un latigazo. Miró hacia atrás, y sólo vió al final de la calle obscura, dibujado en la acera, el cuadrado luminoso de la luz de la botica. No había más remedio que hacer de tripas corazón, y entre temeroso e iracundo, exclamó:

—Vaya, o me dejáis el paso libre u os enseñaré...

—¡Jé, bastante le habéis enseñado a mi muchacho esta tarde!... ¿Con que enseñáis urbanidad? Pues yo, ortografía..., y para enseñar los de vuestra laya, se les dice «¡coma!..»,

y le descargó el bastón en las espaldas. Don Agapito, instintivamente, se arrimó a la pared para evitar otro palo. ¡Ah!, pero cuando se les ocurre pegar las nalgas a las paredes, se les dice «¡punto!...», y don Marcos le hundió el bastón en el obeso vientre. Pero los varapalos enfurecieron al párroco, y tirando la cubresotana, empezó a remolinear en el aire su caña.

Sacudiéronse lindamente el polvo. Sobre el rumor de la lucha, sentíase distintivamente la voz de don Marcos, que seguíale diciendo:

—¡Allá va, ¡punto y coma! — dirigiéndole un bastonazo a la cabeza.

Así estuvieron, ¡quién sabe cuánto! Allá a un cuarto de hora, cuando pasó el sereno en su ronda habitual, con sus ojos lagartunos, a la luz incierta del farolillo, vió brillar algo al borde de la acera. Agachóse para mirarlo, y cuál no sería su desconcierto, al observar el puño del bastón de tacuara de don Agapito.

Y dos pasos más allá, un trozo de fresno. Manuel de los «Cohetes», quiso cerciorarse.

—¡El bastón de don Marcos!... Sonrió indefiniblemente, al explicarse, allá para sus adentros, la patética escena, que debió acompañar la rotura de aquellos bastones. Manuel de los «Cohetes», siempre tan reservado y grave, pensó si llevarse bajo el brazo aquellos denunciadores trozos y tirarlos por algún hueco, o de-

jarlos allí como estaban, y que denunciasen a gritos la gemebunda escena. Optó por lo último, murmurando:

—Ya que ha habido paliza, que se sepa.

Al otro día lo supo toda la población.

CAPITULO XII

Rodaba el coche por el camino, arrastrado por las briosas yeguas. Dentro iba Samuel mirando por las levantadas cortinas el cambiante paisaje, la verdura exultante del campo, o la cúspide de las sierras, besadas por el solcillo matinal. Miraba ensimismado, como ante su vista pasaban los verdes potreros, en los que de cuando en cuando, bueyes echados sobre el pasto, rumiaban gravemente, con las cabezas estultas e inmóviles.

Iba recostado en los almohadones del coche, mirando por los cristales, con la barbilla apoyada en la palma de la mano, con los ojos vagando por la difusa variedad del paisaje. Su amplia frente arrugada, acusaba la impiedad de una honda preocupación.

Un grito del cochero, y el vivaz restallido del látigo, hiciéronle salir de su abstracción. Arrellanóse en el asiento y pasóse por la frente la mano tibia y febril. Requirió la cigarrera, y en su abstractivo sonambulismo, púsose a fumar, echando el humo lentamente, observando cómo se agrandaban las volutas, para ir diluyéndose poco a poco. Pensaba. ¿No era, acaso, su vida hasta el presente, una voluta de humo? Mecido en los primeros años por los éxitos, vino en la plenitud de sus energías y de sus triunfos a Pozuela, abandonando la escala triunfal de sus años pasados en Buenos Aires. ¿Que no se ganaba para el cuotidiano puchero? Pero en cambio había laureles... Y evocó, con tristeza, el día exiliante que hubo de venir a Pozuela... ¡Era tan urgente el llamado y tan triste la carta aquella de doña Eulalia!... No vaciló un instante. Metió en su balija las ropas que andaban rodando por la habitación de la casa de huéspedes, encargó a un amigo de sus pequeños asuntos, hízose reemplazar en la redacción de «El Paladín», y a los dos días en Pozuela. ¿Por qué renunció la jornada? ¡Ah!, porque no había calculado nunca lo devenidero. Descontó en cambio lo hondamente triste de sus circunstancias de entonces, con la vida apretada y los recursos escasos, con la provecta madre allá lejos, suspirando por el unigénito amado, devorando las angustias de la soledad, consumiéndose a pri-

vaciones, entreteniendo la vejez temblorosa haciendo crochet a la vera del fuego... Y el hijo pródigo no vaciló ni un instante; allí se quedara Buenos Aires con todos sus honores y sus halagos. ¡A Pozuela!... Que no se muriese aquella santa viejecita sin sentir la filial prodigalidad de caricias del hijo ausente. Tiempo habría de volverse nuevamente a afrontar la conquista del porvenir. Y por consecuencia espiritual, se repitió su misma máxima, «el hombre, como el agua que corre, se labra su propio destino». Y pensó.

«El hombre puede labrarse su propio destino, como el agua su cauce, pero en todo obra lo accidental y lo fortuíto. El agua al correr arrastra basuras, que se detienen en cuálquier relieve del cauce... Ya estaba la piedra en medio del camino... Un poco mas de hojarasra y ya tendría el agua obstruídò su curso, y que desviar la ruta habitual... Tal era la vida. Esos pequeños accidentes diarios, a los que se prestaba una importancia mínima, eran de una influencia máxima, en lo porvenidero de una vida; un tren perdido por medio minuto; una carta que no alcanzaba un correo; un diario que no habíamos querido leer; todo eso era lo fortuíto infinito, que gravitaba en el rodar del vivir, que nos hacía perennemente ricos o pobres, felices o desgraciados. En la vida era todo obra de lo circunstancial. La misma acción perseverante en algo dado, que-

daba librado a las cosas incidentales. El lustrador de botines que llegó a propietario en el *boulevard des Italiens*; la eximia cantante, humilde cigarrera que encontró caro Mecenas para su garganta; el millonario, el ilustre escritor, el músico iluminado, el inventor glorioso, todo era fruto de lo providencial. Papín inventó la máquina de vapor, viendo hervir un puchero; Napoleón tanto pudo haber sido el héroe-genio, como un honesto tendero; Shakespeare tanto pudo ser el escritor genial. como un humildísimo zapatero de Warwich».

Pero no le convencían del todo sus mismas reflexiones. Y se seguía diciendo:

«Pero lo fortuíto y accidental, no podía afirmarse resuelta e indiscrepantemente. Debíase mucho también, a la voluntad creadora, perseverante y fecunda. A muchos, los obstáculos les desviaban el camino, pero otros, los menos, sabían sortearlos.

La voluntad educada. como plano superior del carácter, conducía a superiores fines. Ahí estaban Lincoln y Bismark, como resultantes gloriosas de la energía, puesta al servicio de la voluntad creadora».

Corría entretanto el coche, por la blanca carretera. En breves instantes más, llegarían, y Samuel pensó con inquietud que ya estaría reunida la audiencia.

Pero confiaba en la justicia absoluta de su

causa. Sintió un escalofrío de angustia, de sólo pensar en las emergencias tristes que pudiesen resultarle de un fallo injusto. Aquella ley de imprenta, era brutal. ¿Pero se atreverían con él? Lo que es entonces sí que habría la de órdago...

Entró el coche en las calles de la ciudad, zangoloteándose en el imperfecto adoquinado, que hacían chispear los caballos con las herraduras. Primero, fueron dos o tres callejas sucias y arrabaleras, que olían mal. Entraron después a calles amplias y limpias; siguieron por la calle Libertad y recién se detuvo el coche en la plaza de Güemes, frente a un vetusto edificio.

Ligeramente saltó Samuel del coche y ascendió con rapidez la ancha escalera de mármol indígena, hasta la sala de la audiencia que quedaba en el segundo piso.

¿Estaría ya Rodríguez, su abogado? No lo dudó. Era extremadamente activo, además de ser íntimamente amigo. Mas apenas iba subiendo la escalera, cuando Rodríguez, asomando desde arriba su cuerpo por la barandilla, le hacía señales de impaciencia.

—Vaya, creía que no venías... Y mirándole tras los lentes, con un gesto de resignación cordial, púsole la mano en el hombro.

—¡Nos han reventado!

—¿Si? Bien, bien... ¿pero cómo?, repúsole

Samuel, pasándose la mano sobre la frente calenturienta.

—Ese diablo de don Nepomuceno ha andado muy listo. Desde esta mañana andaba prendido a los faldones del fiscal y del presidente. Ahora mismo, ahí lo tienes adentro, pegado a la mesa del Tribunal... Hace quince minutos que está expidiéndose el fallo..., precisamente lo estaba esperando..., pero entremos..., entremos..., así les veremos las caras a esos tipos...

Acababa de dictarse el fallo. En la semiobscura sala, reinaba un silencio mortificante. Diríase una calma de ingratos presagios. Samuel distinguió primero, en el alto estrado, la calva cabeza del Presidente, que era un vejete de cara rapada, de ojillos vivaces y ojeras de relieve. Al lado, uno de anteojos, le leía unos escritos, cuya lectura aprobaba con la cabeza, con signos asentivos. Cerca en un rincón, un curial conversaba animadamente con don Nepomuceno... ¡Valga Dios, cómo estaba la justicia, toda ella, de adicta a caciques politiqueros!

Hizo Samuel una mueca de asco, y fué a sentarse con Rodríguez en un desocupado canapé.

De pronto, la voz cascada del Presidente, interrumpió:

«Señores: se va a dar lectura al fallo proveído en los autos contra el director de «El Eco de la Provincia», don Samuel de Villa-

gra. en querella instaurada por el Intendente de Pozuela, sobre injurias periodísticas».

Fué para Samuel como un sacudimiento. En la garganta, se le deshizo en saliva una exclamación de asco... ¡Ah! y sentado con aire sacristanesco, con las manos cruzadas sobre el vientre, estaba el canalla de don Nepomuceno... ¡No poder, santo cielo, tomarle del cogote, y escupirle en el villano rostro, media docena de verdades!...

Recapacitó en lo aflictivo de su situación. El fallo adverso del Tribunal, suponía, ciertamente, ir a dar con los huesos en la cárcel. ¿Se atreverían con él? El vil de don Nepomuceno no repararía en medios para aplastarle..., ¡pero entonces!... aún cabía un recurso...

—Señor Presidente: mi defendido desea exponer al Tribunal..., dijo Rodríguez.

Pero el Presidente interrumpió:

—Se cerró ya la vista.

—No obstante, se trata de presentar semiplena prueba...

Otra vez el Presidente cortó con brusquedad: ¿Pruebas, señor abogado? Debieron ser alegadas oportunamente...

—Es que recién me las entrega el querellado...

El presidente cuchicheó en voz baja con el curial de las antiparras. Repuso:

—Bien, se le concede una breve exposición...

Y empezó Rodríguez el alegato, haciendo una

minuciosa defensa. Habló con calor y energía. «Samuel de Villagra, no era el autor de los artículos imputados de injuriosos. Ahí estaba la prueba...»

Al Intendente brillábanle los ojos de ira. Se le escapaba la presa. Los miembros del Tribunal estaban casi al convencerse. Y cuando ya el Presidente estaba para abrir nuevamente la vista, don Nepomuceno, con ira sorda, sin poder contenerse:

—Señor Presidente: Que no se haga lugar a presentación de pruebas, la causa está ya cerrada...

Dudó el Presidente. Pero su vacilación fué solo un instante. Se trasgredía la ley y la conciencia al no aceptar las pruebas ofrecidas. Pero no podía haber hesitación. No iba él a arriesgar su cargo, por Villagra más o menos. Después de todo, el doctor Hernández le había dicho: «No hay que cuidar de medios contra ese menguado de Villagra: hay que hundirlo a toda costa»; y dijo, levantándose de su asiento:

«La causa está cerrada y no puede aceptarse la prueba». Y ordenó:

—Secretario, dé usted lectura al fallo...

Levantóse Samuel lentamente del canapé. Escondía su cólera, bajo una calma aparente. Se paró en medio del salón, dióse vuelta hacia el tribunal, sonriendo tristemente, y dijo a Rodríguez:

—He aquí unos jueces, que pignoran sus conciencias por el mísero puchero... Señor Presidente, defended siempre, como ahora, los derechos del estómago...

Mirando después, fija y temiblemente a don Nepomuceno, barbotándole a boca de jarro, todo su asco:

—En cuanto a los canallas... se les escupe y se les desprecia... ¡Vamos, Rodríguez!...

CAPITULO XIII

Encontrábase Samuel sentado en la pequeña sala, hundida en un viejo sillón de vaqueta renegrida. La pesada frente, descansando en la palma de la mano. La vista, clavándose inmóvil, ora en las paredes, sobre la mesilla de bibelots, ora sobre las viejas panoplias. Pensaba.

La otra mano, desgairosamente caída hacia el suelo; percibíase su rítmica respiración, tanto, que dijérase dormido, a no ser un que otro suspiro, que le hacía abrir los labios y dilatarse el pecho.

El reloj en el comedor, ticteaba monocordemente, dando una impresión de tristeza infinita, que se diluía por las estancias. Cinco sonoras campanadas, que le hicieron incorpo-

rarse, resonaron lenta y tristemente. Sentía desgranarse el tiempo, al igual que sus perdidas esperanzas. Pasóse la mano tibia por las sienes. Y después de largo rato, murmuró desoladamente, en el patetismo hondo de su tristeza profunda.

—¡Lo irremediable!

Pensó en aquel lacónico telegrama recibido de Rodríguez, hacía escasas horas, «Recurso denegado. Huye sin demora», midiendo lo angustioso de los términos y lo preciso del consejo, en el que gravitaban cien y una amenazas de inminentes peligros.

—¡Inmensa fatalidad!

Y era preciso huir... En cualquier forma..., a cualquier hora... Si no se le abrirían las puertas de la prisión; la prisión a él, el artista de la pluma, el literato de vuelo, el periodista valiente y recto! Fatalmente...

Triunfaba don Nepomuceno. Estaría ahora saboreando el triunfo. Preso Samuel de Villagra, muerto, bien muerto «El Eco», y nuevamente media provincia en su puño siniestro... Samuel gustó el amargor de eléboro de la derrota.

Huiría... a Buenos Aires, por ejemplo. Allí conocía a algunos amigos comprovincianos. Después... ya se vería.

¿Y Luisa? ¿E Isidrucho? Les dejaría aquí..., que don Jaime quedase a su cuidado..., mientras se arreglaba todo.

Vió después desfilar ante sí, las horas tristes, a vivir en el exilio... ¿Tendría él que poner el hombro y luchar denodadamente?... ¡Ah! Era necesario, era imperioso...

Sintió la gravedad de su conducta pasada. ¿A qué diablos se había quedado en Pozuela, con aquel periodiquillo de batalla, en este avispero de ínfimas pasiones? ¿Para desasnar labriegos? ¿Para depurar el ambiente? ¿Para ser un adalid de la causa liberal y democrática? ¿Para destruir el caciquismo odioso?... ¿Quién, pero quién, lo metía a él, de catapulta revolucionaria, de destructor de cacicazgos, ni de apóstol de ignaros?... Había burilado inútilmente en la roca fría. Había regado ante la insensata indiferencia, la ruta estéril. Seguramente, no era éste el camino de su destino... ¿Lo había equivocado? ¿Lo había elegido?

No lo había ni equivocado ni elegido. Dejóse arrastrar por la suave pendiente de las circunstancias... Pero, ¿y la voluntad? ¿Para qué tendría él, el carácter sino para luchar contra todo lo circunstancial que pudiera salirle al paso?... Deploró una y mil veces no haber tenido tan sólo un átomo de energía, y haberse vuelto a Buenos Aires, allí a la urbe, a la ciudad ya conquistada y domada, campo esplendoroso de sus triunfos. Allí debiera haber ido, a proseguir en la abierta ruta de los éxitos, donde tenía ya la conquis-

ta de lo porvenidero y asegurado el futuro... ¿y ahora? ¡Imposible!, sentenció en la ruda crudeza de las presentes dolorosas circunstancias...

Pensó también en su madre. ¡Pobre doña Eulalia!... Solo ella supo los sacrificios hechos para la educación del hijo, del hijo aquel, tan torpe, tan abúlico, de voluntad tan desmayada... ¿Y para este resultado había bebido él, Samuel, en el manantial de todas las hermenéuticas, en la fuente de todas las exégesis? ¿Para darse el tonto gusto, de encerrarse en su torre interior, en su castillo de marfil? ¡Qué imbécil, pero qué imbécil! Y sintió como un placer doloroso, en fustigarse a sí mismo con el epíteto, en la llaga abierta de los remordimientos, deletreando la palabra, delectándose en el insulto propio. ¡¡Imbécil!!

Si él quería trabajar más eficazmente (¡cómo lo comprendía ahora!), por todos aquellos ideales universales, su sitio no era allí, sino en la urbe, en la ciudad... Su puesto era una cátedra, una tribuna, las columnas de un gran diario, la pizarra de una escuela, la pluma consagrada a los campos de la alta Idea.

Había fundado aquel periodicucho en esta población, que no era más que un villorrio. ¿Es que pretendía limpiar la aldea antes que la ciudad? Tarea infructuosa... La ciudad, era el foco que irradiaba, el centro virtual, y allí debió emplear sus esfuerzos, y no en la aldea,

contra la aldea... Aquí se mezclaban todas las pasiones ínfimas y misérrimas...

Derrumbábanse en su espíritu las últimas esperanzas, aún en pie. Y en medio de la dolorosa conflagración de sinsabores, surgióle en el espíritu, la actitud apremiante: ¡Huir!, y huir pronto, si no quería ver a la siguiente mañana, en su puerta, los uniformes policiales.

Sentóse en el escritorio, y tomando rápidamente la pluma, púsose a escribir. Había que transferir todo aquello, casa y periódico, a don Jaime, para evitar que cayera en manos de don Nepomuceno. Hizo en papel de barba las constancias necesarias que le dejaría. Cuando terminó, apoyó la espalda en la silla, suspirando profundamente.

Por el pasillo venía Luisa. Al darle de lleno en la cara la luz de la habitación, veíanse en su semblante hondas señales de inequívoca pesadumbre, denunciando sus ojos el llorar reciente, por los que pasó el pañuelo, en un breve ademán, mientras se apoyaba en el hombro de él.

—Samuel, mi querido... te vas..., susurróle, en tanto que un acceso de lágrimas hízole apoyar su cabeza en la del amado. Temblaba su cuerpo frágilmente bajo la emoción inusitada e intensa.

—Resígnate Luisa..., ten valor. Sobre todo, confórmate en la esperanza de mi pronto regreso. Mi extrañamiento, te lo aseguro, será

breve — decíale atrayéndola así, mientras ungíale en la frente, sobre los rizos, un beso conjugante de los mútuos pesares de la hora, impregnado de la dolorosa amargura de la separación...

—Ven..., siéntate..., sobre mis rodillas..., así..., eso es. Escucha...

Decíale en forma concisa lo que debía hacer. Resignarse. Sobre todo, tener paciencia. Había que aguantar y tener esperanza. ¡Qué diablos! Todo no había de ser espinas, ni tendría el paciencia para andar de Job azaroso y mendicante, por esos andurriales... El mundo daba muchas vueltas. Ya él conseguiría el indulto, por medio de sus amigos. Después regresaría y abandonarían para siempre aquella maldita aldea, que ahora los separaba brutalmente! Y se irían a vivir a Buenos Aires, a Montevideo, a París, a una gran ciudad cualquiera, donde impusiese su talento. Ya se formaría él una posición... Y después de todo, quién sabe si allá en Buenos Aires... «En fin, ya veremos, ya veremos...» — le decía.

La ponía al tanto de sus asuntos. Don Jaime quedaba encargado de todo. Que no se apenase, que con don Jaime, nada le faltaría. Era un buen amigo, el único en aquella hora letal. Ya él también le giraría todo lo que ganase. ¡Ah, le recordaba que tuviese mucha

cuenta de Isidrucho y no le faltasen los tónicos. Era tan propenso a la anemia...

Todo esto dicho apuradamente, a *sotto voce*, sentada ella en sus rodillas, entre besos rápidos, bajo la luz del quinqué. De pronto, una campanada del reloj.

Eran las cinco y cuarto; de allí a media hora vendría don Jaime a buscarle y acompañarle. Era necesario prepararlo todo en unos minutos.

Listamente fué ella por los enseres. Traía una maleta y unas pocas ropas, y pusiéronse los dos a acomodarla sobre la mesa. Luisa, que procuraba hacer entrar en un rincón una cajita, rompió el angustioso silencio.

—Mira..., ponte eso en la cartera..., para que me tengas más presente..., y le alcanzaba un diminuto retrato de ella, de cuando soltera, ya dedicado de novia a Samuel.

Tomóle él y guardóle como relicario de amor y de esperanza.

Tres suaves golpes del llamador, hechos por una mano cauta, resonaron en la puerta.

Era don Jaime, y fué ella a abrirle. El buen don Jaime venía con el poncho terciado y la linterna sorda, oculta dentro. En el rostro, notábasele un gesto ensombrecido. Bien se veía que él, que tanto estimaba a Samuel, también sufría. Recién a última hora le había enterado en el Club del telegrama y de su huída. El mismo se ofreció a llevarle personalmente por unos caminos poco transitados, y por donde es-

caparía fácilmente. Saldrían a las cinco y media. Allí estaba puntual y fiel con el amigo en desgracia. El lo salvaría llevándole por caminos extraviados. Y quedaría tutelando después, a la esposa y al hijo, con su desinterés de siempre, con sus afectos paternales, plenos de bondades.

—Vaya, Samuel, anda listo que amanecerá pronto.

Encamináronse él y ella, al cuarto del niño. Isidrín dormía. Entraron en puntas de pie, para no despertarle. ¿Para qué? Mejor era no turbarle. Samuel se inclinó sobre la cama y besó la frente amada de su hijo, en leve tumulto. Apretóse después la frente con ambas manos, y bruscamente, como desechando una idea dolorosa.

—Vamos, Luisa.

Ya en el pasillo, buscáronse los dos en la obscuridad.

—Despacio, que no sienta don Jaime... —apuntó ella, — brindándole la boca, en integral caricia de un amplio beso.

Desprendióse de los brazos de él, para ir a buscar el mac-ferlán. Cuando volvía, buscóle en la obscuridad del pasillo, para brindársele en postreras caricias, en la expansividad ávida de su cariño, brutalmente en derrota, ante la separación irremediable. Pero él ya se había reunido a don Jaime.

Entró ella al pequeño vestíbulo. Sintió co-

mo un frío de angustias recorrerle el cuerpo, al verlo ya dispuesto para la marcha, con su sombrero de paño, el *plaid* inglés sobre los hombros, las ajustadas polainas de caza y el maletín ya listo sobre una silla. Enteraba a D. Jaime, de cómo quedaría sus asuntos, mientras ella le devoraba en silencio, con cara triste, apoyada en ambas manos, esperando el momento doloroso, del abrazo postrero...

No pudo más. Echósele al cuello, apenas con una mirada anuncióle la partida. Fué cosa breve... Un par de besos prolongados, agridulcemente letales, humedecidos por las lágrimas de ella. Bajaron en seguida las escaleras, apoyada en sus brazos... Pudo ver aún cómo se recortaba en el umbral, su silueta, junto a la de don Jaime, al perderse en la bitumina obscuridad de la noche, rumbo a lo incierto, el espíritu en desastre, como un águila derrotada huyendo en la alta noche.

Don Jaime y Samuel caminaban apresuradamente para salir pronto de la población. Caminaban en silencio, arrebozados en los ponchos, poniéndose el uno detrás del otro, cuando se estrechaban las aceras. Continuaron por callejuelas arrabalescas, silenciosas, hundidas en penumbras, que sólo alumbraban tal cual farol de petróleo, de luz tímida y enfermiza, como esas diminutas lamparillas de las iglesias, siempre en vela en los altares, junto a algún pintarrajeado Nazareno. Largo rato siguieron

caminando por angostas y tortuosas callejas, sumidas en sombras. Después entraron, arrabales afuera, entre chacras, cruzándose en dosel de un lado a otro de la calleja, las altas copas de los carolinos. Una ligera brisa, fresca y húmeda, obligóles a calarse los fieltros hasta las orejas.

—Te vendrá bien el mac-ferlán. Luego habrá borrasca.

Como a virtud de un conjuro, un relámpago cortó bruscamente en un brutal latigazo de luz, el cielo hosco y bitumino, iluminando con instantáneas livideces, el circundante paisaje. Y allí cerca, a la derecha, vieron bajo el relámparo vívido, el río que arrastraba la plata líquida de sus aguas.

Empezaron a hablar. Don Jaime no cesaba de hacerle afectuosas recomendaciones. «Tú debes escribirle, en cuanto llegues a Buenos Aires, a Zutano... o a Fulano... Mira, yo te aseguro, que si viviera mi primo Aldunate...», y le decía de cómo lo hubiera arreglado todo, a vivir su ilustre pariente.

Samuel, en hosca indiferencia a toda sensación exterior, asentía con una sonrisa forzada, casi gesto, casi como una mueca blanda en la que flotara el sarcasmo doloroso de su vida.

Y luego, todo ternura hacia el amigo fiel, rompiendo su abstracción, tendióle la mano.

—Velará usted por ella tal como un padre, tal como yo mismo..., en esto voy tranquilo;

os recomiendo a Isidrucho, casi vuestro nieto, siéndolo de aquel vuestro amigo don Isidro... Y Samuel, al recordar a su padre, sintió palpitar en el pecho el recuerdo cariñoso para el viejo hidalgo, que luchó toda su vida contra lo adverso.

Iban subiendo una de las colinas, próximas a Pozuela, por un camino áspero, entre vallados de piedra, poco transitable, tropezando a trechos, en los anchos surcos que en la piedra viva del camino habían trazado las carretas, bordeado de tupidas zarzamoras. La tormenta estaba aún distante. A intervalos, los relámpagos inundaban de luz la silente obscuridad de la noche...

Llegaron a lo alto de la colina. Hasta allí le acompañaba don Jaime. Empezó a indicarle el camino. «Cuando llegues a la Pintada, tomas a la derecha, después doblas..., tomas el camino...»

El, atentamente informóse del itinerario. Don Jaime siguió dándole explicaciones. Hasta que las primeras gotas de la lluvia que se avecinaba, apresuraran la despedida.

Hízole él dos o tres encargos. Diéronse un par de abrazos, mientras don Jaime ensayó dos o tres frases afectuosas; arrebozándose en el poncho, volvióse modulando un alegre y jovial « ¡hasta pronto! », que hízole renacer en el pecho perdidas esperanzas, a modo de fue-

go fátuo, que surgiese en las ruinas inermes de su espíritu.

Quedóse contemplando el circulito luminoso de la linterna de don Jaime, que iba zigzageando por el camino abajo, alejándose lentamente. Lloviznaba cada vez más fuerte. Se avecinaba la tormenta y las cicatrices luminosas y bravas de los relámpagos en el cielo negro, eran cada vez más continuas, y le enseñaban allá en el fondo del largo valle, junto a la cinta de lícua plata del río, las blancas casas de Pozuela, dormidas en la paz de la hora, en una como quietud inturbada de sueño tranquilo. Pensó entonces en voluntaria prolongación de angustias, en el pueblo aquél, así tan blanco, así tan quieto, así tan dormido, con sus blancos caseríos, como una bandada de albos cormoranes en descanso. Diríase un pueblo ideal, para vivir una vida insensitiva y eglógica, sin atenciones preocupantes, sumiéndose en meditativas abstracciones, fuera de las órbitas agitadas del bullir incesante de las ciudades, en bucolismos tranquilos, como la Yasnaya Polnaya, allá en la frígida Rusia del buen viejo Tolstoy. ¡Ah, pero éste!, éste era un pueblo ignaro, subyugado a mil cosas ruines, mezquinas e ínfimas... Sintió piedad hacia aquel inerme pueblo, domeñado por un cacique, que imperaba sobre la resignación general, sin una protesta

viril, sin un grito vindicante, en una inconcebible renunciación colectiva...

Comparó su obra pasada. Allí abajo, el pueblo mezquino, que al fin le había vencido. Atrás, a su espalda, a lo lejos, la Ciudad, la ciudad donde se pensaba en voz alta. Acá dominaban por su altura las torres de las iglesias; allá las chimeneas de las fábricas. Esto era el cajón de un estercolero; aquéllo la ciudad de las ideas. Y él, había venido de la urbe, con su verbo redentivo y rebelde, a gritarlo allí, en la plaza de la aldea, bajo la sombra de los campanarios y bajo la mirada torva de un cacique... Ahora en medio de la derrota, lamentaba el error inicial, la infortunada decisión...

Caía ya menudamente la lluvia. Tendría que andar mucho antes de llegar a La Pintada, donde tomaría el coche galera. Y firmemente resuelto, en la inexorable crudeza de lo adverso, sintiendo sobre sí, el gravitante drama de su vida rota, bajo aquel cielo de tragedia, con la caricia bruta del viento y el agua fría azotándole el rostro, se hundió en la sombra, en ingravidez de espíritu, como hubiera podido hundirse en las claras linfas del río allí cercano ,sin exhalar un grito, sin dar una queja, en suprema indiferencia a los fatales destinos...

CAPITULO XIV

Buenos Aires, la ciudad inmensa... abarcábala Samuel envuelto en sorpresas, andándola por las largas calles, rectas en una triunfal simetría, limpias como el patinillo de invierno, de cualquier hotel de la Avenida Alvear. Jamás acababa de conocerla.

La ciudad damero, era interminable. Algunas veces. invadido por perezas cansinas, en las horas tediosas de la tarde, había tomado al azar cualquier tranvía que lo llevara a distantes lugares. Y la ciudad seguía, seguía en una sucesión no terminada de calles. Había paseado por parques y jardines. Deleitábale ahora el espíritu. la laudable belleza del Palermo aquel, todo un triunfo de verdura cicatrizado por tersas y curveantes avenidas

de asfalto, por las que blandamente resbalaban los lujosos *limousines*, en que paseaba sus holgares la adinerada aristocracia. De pronto, difería el cuadro. Acá árboles centenarios, asimétricos, cruzaban en lo alto sus copas difundidas en añosos ramajes. Decíase que en la alta noche, bajo la liturgia solemne de los verdes dombos, iban allí amantes en desengaño, en la brusquedad del idilio roto, a buscar con determinaciones fatales, consuelos decisivos... Hacia allá, jardines ingleses, resaltando sobre el verdor de los *parterres*, el albo mármol de los bancos, sembrados de árboles enanos, de exóticos nombres. Después jardines sinuosos, floreales, de puro estilo versallesco, Y más allá, el lago en calma, en tersuras de moaré, en sus aguas lacustres, invirtiendo el paisaje azulino, bordeado de árboles, que asomaban sus copas a la orilla... Como un paisaje de Wateau.

Volvióse él al centro de la ciudad, caminando desganosamente. Pasó primero ante el caballo inverosímil de una estatua de bronce con un adivinado Garibaldi encima, todo desgreñado, sacándose la gorra al cielo. Echó a caminar por una ancha calle, festoneada de árboles, que un policiano indicóle como la más corta para ganar el centro de la ciudad. En una esquina observó el nombre... Santa Fe.

Torció en una definida angustia, el hilo de sus pensamientos, pensando por analogía al

nombre de aquella calle, en todas las santas y nobles fés, que alimentó en su espíritu, y que ahora eran apenas unas lucecillas casi muertas. En su íntima egolatria, en la convicción interior de su propio valer, asqueó lo infinito ruín que rodeaba su torva vida, entre los sinsabores de hogaño... En la noche negra del espíritu, solo un punto luminoso veía en lo hondo. Era ella, Luisa...

...¡Luisa!...; la nombraba entre los labios, para emborracharse en la exquisita eufonía de la palabra grata, que le tintineaba a lo interior, como suaves acordes musicales, que tradujesen aquella máxima pasión de su corazón de apóstol. Y quedamente, en un leve murmurear de labios, como resumiendo un suspiro, repetíase el nombre de la grácil distante, que oía como dulce sonatina, en la plácida evidencia de aquel cariño, integralmente suyo. Recordaba bien patente el último beso, ansioso y cálido, que le diera allí en el pasillo semiobscuro, bajo la nerviosa angustia del momento.

Sentíase confortado en medio de lo amargo circunstancial, con la tibia ternura del cariño aquél, recordándola en el triunfo blondíneo, en el oro desbordante de su cabellera rubia, en el suave mirar, en la hipnótica caricia de terciopelo, en la infinita mansedumbre de sus ojos azules..., y traía el recuerdo de sus otros encantos íntimos... En expansión de posesiva ter-

nura, quiso repetírselo, ¡sólo de él!, sintiendo por su interior el viril halago, de aquella mujer, que en esplendor de juventud y de belleza, se le había brindado palpitantemente en deliquios claudicantes, abrasados ambos en los rojos oriflamas del deseo, bajo la demencia de aquellas horas pasionales, vividas inmensamente... inmensamente...

¡Ah!, si le faltara ella! El pensamiento galopóle tumultuosamente en el cerebro. Y mentalmente besó de punta a punta, en la devoción de su amor cálido, una de aquellas aureales trenzas, tal como él las había visto infinitas veces, cuando por las noches, de regreso de la redacción, encontrábala en la emoliencia tibia de la alcoba. dormida, envuelta en sueño tranquilo, con la mata de oro de sus cabellos, desparramados por la almohada, por la albura del camisón entreabierto, por los nácares blancos de sus senos... Ahora, bajo la dulce presión del recuerdo nostálgico, proclamábala bella entre las bellas, pura entre las puras, fiel entre las fieles, ¡excelsa entre las excelsas!

Llegó por fin, ya de noche, rendido el cuerpo, a la pensión en que se alojaba. Se lo anunció desde la esquina, el globo opaco, con el pomposo título «Hotel Cosmos». El fondero, honesto valenciano, con el seso lleno de su Albufera, habíale cobrado cierta simpatía. ¡Menos mal! — pensó al sentarse en la mesa, ba-

lanceando en el bolsillo su menguado capital. Solo una treintena de pesos, y a 26. Y sin quererlo, volvió a examinar el retrospecto amargo de los días pasados, desde la noche aquella de su fuga de Pozuela, bajo la tempestad, por entre montes, por caminos infernales, enredándose entre las zarzamoras, tropezando entre las piedras, los pies hundiéndosele en el fango. ¡Qué respiro de alivio, cuando ya entre las incipientes claridades del amanecer, pudo salir al camino. Después recordaba el ajetreo del coche. Iban ocho pasajeros embutidos como sardinas, durante el viaje de un día, un día fuliginoso de menuda lluvia. Un día en que sus ojos perspícuos se lo pasaron acariciando los nativos paisajes, que cortaba el blanco camino, ascendiendo hacia los pardos montes, dejando ver allí abajo el panorama inmenso de los valles en flor.

Bien recordaba él todo ello. Tres meses escasamente hacía que había llegado, y desde entonces en esta fonda. De nuevo balanceó el bolsillo inquietamente: una treintena de pesos, y a 26. Y mientras mondaba una minúscula manzana, planteábase la clarísima disyuntiva: «Tenía que colocarse en cualquier cosa, al día siguiente. Aunque fuera de amanuense» — decíase.

La mano del bonhomo fondero, dándole un palmetazo afectuoso en la espalda, vino a interrumpirle bruscamente en sus meditaciones.

—Amigo Villagra, noticias tenemos — alargándole dos cartas.

—Ah, sí, de Pozuela — dijo él, buscando la confirmación en los timbres del correo.—Reconoció en una la menuda letrilla de Luisa; en otra, la letra parada de don Jaime.

Leyó la de ella. Una carta desbordante de ternura, sembrada de renglón en renglón... «amado Samuel...», «esposo mío...». Al volver la hoja, la breve noticia punzóle en sobresaltos, su corazón de padre: «Mira, Isidrucho amaneció ayer algo malito. Por eso me apresuro a comunicártelo. Y decíale después que lo visitaba don José María, quien aseguraba estaba con gastritis, pero que sanaría pronto. «Hoy, Samuel, mientras te escribo, está así, así, ni mejor, ni peor». Dos o tres frases más, de aflictivos consuelos y «un abrazo fuerte, muy fuerte, de tu esposa que te ansía...»

Nuevamente la leyó. ¡Isidrucho enfermo! No bastaba a disiparle la amarga impresión, los afectos de la esposa. Ni leyó la carta de don Jaime. Le contaría cosas de aquella chusma. Guardólas en el bolsillo, para ir a andar por las calles. Sentía en la cabeza una pesada opresión.

Ya en la Avenida de Mayo, consideraba lo agrio circunstante de su vida, en la hora de ahora. Fuera de su terruño, separado de ella, la excelsa, «la que lo ansiaba en contenida resignación de esposa», «la que le enviaba un

abrazo muy apretado y muy fuerte», lleno de nostalgias añorosas. ¡El sí que la ansiaba y deseaba en sus brazos!... Lejos, muy lejos de Isidrucho, ahora enfermo. Fervoró paternalmente, porque curase pronto. Ahora recordaba la carta de don Jaime: entraría en un café, para leerla. Encaminándose a «Los Inmortales», dobló por Esmeralda, la calle parisina, hacia Corrientes.

Al llegar, descubrió en un rincón, junto a una columna forrada de espejos, una mesilla desocupada. Un mozo, refregando el vidrio de la mesa, preguntóle cordial:

—¿Se sirve el señor?

—Moka..., vea usted, a la minuta...

No podía remediarlo. El, como don Jaime, tenía también su vicio, el buen café. Sonrió al pensar «en su vicio». ¿Vicios él, que no tenía ninguno? No sería por falta de vivos ejemplos. Recordaba algunos de sus compañeros de letras de juventud, encrapulados en las ínfimas estofas, trasnochantes golfemios, entecos de alma y de cuerpo, literatos enfermizos, que hablaban de su escuela y deificaban a «le pauvre Lelian». Eran esos los raquíticos de cerebro, a quienes él, él mismo, vapuleara desde las columnas de «El Paladín»... ¡así lo habían despellejado también! Pero él, el fuerte literato, el inclaudicable espíritu, vivió siempre la vida sana del pensamiento noble, cien codos más alto de toda

aquella crápula vergonzante, que en los burdeles, a los rosauros albores del amanecer, roncaban echados en divanes, entre mesillas caídas, copas y botellas rotas, después de vomitar el champaña sobre las alfombras...

Abominó de todos aquellos menguados; y tropezando en el bolsillo con la carta de don Jaime, abrióla.

Leyó los primeros renglones. Y como si de repente, se hubiera insensibilizado su espíritu, paseó por todo el salón una mirada estúpida, con sus ojos como abiertos sorpresivamente. Releyóla después tres veces, en una como tranquilidad meditante; calmosamente dejóla sobre la mesa; con sus manos blancas, de exanguidades aristocráticas, rompió el sobre en minúsculos pedazos.

Por la ancha ventana abierta, veía un trecho de calle iluminada, en incesante bullir de gentes, entre una telaraña de vehículos, contemplando con mirada distraída, el enredar de carruajes y transeuntes. Estaba como pudiera estar un burgués cualquiera, en tranquila ecuación de negocios.

Sintió el paladar pegajoso. Dibujó en el aire una coma, para llamar al mozo.

—Traiga whisky, de cualquiera... con agua caliente.

Tornó a mirar distraídamente. Apoyó los codos en la mesilla, y con la carta empezó a hacer un barquichuelo de papel. Su fisonomía

no denunciaba ninguna preocupación interior, ni su amplia frente, tenía una sola arruga. ¡Ah!, pero sus ojos verdinegros, tenían un extraño fosforeo metálico, vagando por ellos la teoría dolorosa de mil esperanzas muertas, en plenas confirmaciones de lo fatal presentido.

¿Si? ¡Magnífico! Sentía como un placer doloroso, viéndose envuelto en tragedia, hundido más y más en su infortunio... Cada vez, el dolor más íntimo, y más hondo... Cada nuevo golpe, del destino impío, en el destrozo de su corazón inerme, era el romper de sus últimas sensibilidades... Como un rudo puño, que deshiciese leves porcelanas pekinesas, o frágiles figulinas de Tanagra.

—¡Pichs... pichsss... mozo, otro whisky!

Empezó a desdoblar el papel; en una de las triangulares dobleces, todavía leyó el comienzo de la carta de don Jaime. «Querido Samuel: siempre me toca bailar con la más fea...», y en la doblez siguiente, «tu hijo Isidrucho estuvo muy grave, mira tan grave... te lo diré de una vez y resígnate... murió de la gastritis».

¿Con que había muerto? ¡Ah, entonces, bueno..., y se llevó el vaso de rubio whisky a la boca, tomándolo a tragos, a bocanadas, para tomarlo pronto, gluglutándoselo en la garganta, con rabiosa calma.

No estaba él acostumbrado a la bebida. Los vasos de whisky enturbiáronle la vista, poniéndole una expresión casi imbécil en el ros-

tro. Invadiánle la cabeza, los perezosos vapores del alcohol, en idiotez subsconciente. Recorríale el cuerpo, una emoliente laxitud. Tenía ganas, no sabía de qué... de hablar... de llorar... de gritar... de reír..., ¡sí, sí, de reir! quisiera reir a grandes carcajadas, gritando como un Estentor... Reir convulsivamente, en epilépticas contorsiones, babeante, revolcándose por los suelos, riendo siempre con la risa del ilota de Hugo, con la risa siniestra de Guymplayne...

En su beodez reía, con una risa dolorosa. Dolorosa como una mueca trágica. Veía aún en el papel, la letrilla de don Jaime, gritándole la frase fatal; «mira, te lo diré todo... Isidrucho ha muerto». Iracundo, estrujó la carta maldita entre las manos... ¡Ah, ya estaba! — y se tragó una bocanada de whisky.

Y después, otro. Y otro. Cuando despertó tres horas más tarde, el salón, antes lleno y bullicioso, estaba ya casi desierto. En una mesa cercanas, dos mundanas parloteando en francés, mirábanle burlonamente...

CAPITULO XV

Llovía menudamente. Con el paraguas terciado, esquivando la lluvia oblícua, caminaba Samuel por Bolívar, hacia la Avenida de Mayo, donde tomaría el subte. El Instituto, quedaba allá, calle Rivadavia arriba. Echó mano al reloj; justas las ocho y media; sobraba tiempo. Y se paró frente a los escaparates de Cabaut.

Observaba los libros nuevos. Dominaban la vidriera los modernos escritores triunfantes. Pío Baroja, el sueve excéptico, que veía correr la vida, con un gestillo agridulce... León, Ricardo León, el estilista de enjundia, recién ungido academista, esteta místico y vario... Marquina, el alto poeta, culminando en el romance heróico y galante, cantor de las añejas

prosapias de sus valones, allá por flamencas tierras. Allí, en un rincón, tropezó su vista con «El alma esclava», de Sanjurjo, aquel amigo de Córdoba, ahora en el triunfo de sus obras. ¡Triunfaban todos!, y triunfaban casi sin quererlo, casi sin esfuerzo, por propia dinámica del ambiente, en la ascensiva fecundidez de sus obras, como hubiera triunfado él también, de haber perseverado en la ruta abierta, ya expedita, con un poco, nada más, que con un poco de energía... ¡Qué error, qué profundo error, aquellos años vividos en Pozuela, en insípida vida intelectual, sin la gimnasia necesaria de las ideas, en vida anodina de periodista, librando batallas sin recompensa, sacrificándose por un pueblo ignaro!

Pero aún tendría tiempo. Su espíritu y su pluma, no estaban ni abotargado aquél, ni enmohecida ésta. Sólo precisaba normalizar su vida. En cuanto le concediesen el indulto, volvería, por ejemplo, a Buenos Aires, con ella, a vivir una nueva vida de trabajo tesonero, elevado el espíritu, a altos planos intelectuales. No iría como antes, a vegetar por las redacciones de los diarios, sumándose como un anónimo factor cualquiera. Iría a estudiar y a producir, como podía producir él, con su talento múltiple, con su pluma alígera, con su raro estilo peculiar, para sentarse después a mirar el mundo, encaramado sobre el pedestal de sus obras, como lo estaban todos esos triun-

fadores, cuya labor múltiple, contemplaba ahora con pías tristezas, hacia su vida estéril.

Nada le importaban, los rudos golpes sufridos en sucesión angustiosa, rebotando sobre su corazón, ahora si que bien en cauterio, cicatrizado en el lento derrumbe, en el agrio saborear, de todas aquellas accidencias tristes de su vida pretérita. Al menos le quedaba Luisa, la esposa amada, para confortar su futuro... Y soñaba. Allá en cualquier gran ciudad alquilarían un departamento pequeño, en coqueterías diminutas, con mucha luz, con dos o tres balcones, por donde colara, entre las puntillas de los *brisses-brisses*, el solcillo tibio, en las blancas mañanas del invierno, mientras él, en su escritorio, trabajaría en sus obras, burilando su pensamiento, en el ansia gestativa de cosas magnas.

¡Triunfaría! Construiría de nuevo, si fuera preciso, en su mundo espiritual, molécula por molécula, una voluntad broncínea sin blandas domabilidades. Se fabricaría un carácter, como se lo fabricaron tantos otros, para poder salvar su alma, en el tiempo y en la historia. El tenía que hacer perdurar su nombre, que debía que ser inmortal. Por lo menos él, no precisaba, como tantos otros, surgir de méritos alquilados.

Activaría tesoneramente su indulto.

Llovía con más fuerza. Apretó el paso y en unos minutos, estuvo en la Avenida de

Mayo. En la boletería del subterráneo, tomó billete apresuradamente, para no perder el tren, y diez minutos después entraba al Instituto Sud-Americano, en donde, por ochenta pesos, dictaba tres cátedras. Menos, bastante menos, que lo que ganaba un destripaterrones cualquiera. Poco importaba: lo esencial era vivir en tranquilo, aunque fuese pobre decoro, mientras llegaba la hora ansiada del regreso. Y se daba por bien satisfecho, recordando los primeros meses, vagando por las calles, apoltronado en la fonda, sin dinero y sin empleo, con la ropa llena de manchas, con los botines rotos, palpando la decorosa situación actual, suspirando en alivios, al verse los puños blancos, dictando tranquilamente sus cursos, saliendo después a comer, todo en la vida suave y metodista de las tareas diarias. Por las noches, después de la cena, salía a pasear su mansa tristeza por el hijo malogrado, caminando por inciertas calles, dedicado al examen meditativo de su vida de ahora, pensando en ella.

Esto lo tenía preocupado. Ya quince días, y sin carta. Era esto raro, muy raro en Luisa, que jamás dejó pasar una semana sin escribirle, aquellas cartas tiernas, runruneantes de amor, de gatuela fascinada, más avivado aún después de lo de Isidrucho.

Tal vez hubiera estado enferma — se dijo. Pero de esta semana, no pasa sin carta.

¡La quería tanto!

La quería en la total pasión de su espíritu, como quieren las almas grandes, en la intolerancia de una pasión única. Como quieren el pensador y el filósofo, que encerrados en sus mundos interiores, entregan íntegramente su corazón, reservándose solo el espíritu, para echarlo a rodar en abstractivas especulaciones. Como quieren los poetas, en delirios enfermizos, en inapagable sed de amar, bebiendo las caricias de seda, en los labios pródigos de la amada.

Aquella noche en su habitación, al acostarse, para recordarla, para dormirse pensando en ella, envuelto en sus recuerdos, sacó de la mesilla de luz, el paquete de sus cartas. Las leía metido en cama, sintiendo en la cara, la tibia caricia de la lámpara. Las primeras cartas, largas, hondamente cariñosas, donde le contaba el vacío enorme de la vieja caserona, desde su ausencia. «Te extraño, hijito — le decía — en la soledad de la mesa, en la anchura de la cama, en el silencio de las habitaciones vacías, en la muerta calma de tu escritorio, antes siempre en una baraúnda de papeles y libros, que revolvían tus manos inquietas».

Después aquel breve y doloroso período, de la enfermedad de Isidrucho. Le contaba ella hasta los mínimos detalles, en tres o cuatro cartas lagrimeantes, con su menuda letrilla, en que Samuel leía, nublados los ojos; «Isidru-

cho, el pobrecito (q. e. p. d.) antes de morir, te llamaba a gritos, agitando sus manecitas. Le dí el retrato tuyo, de sobre la consola, y lo besó cuatro o cinco veces, sin querer soltarlo. Murió como un angelito, suspirándome en mi misma boca. Figúrate después... me puse hecha un mar de lágrimas y no recuerdo más, sino cuando fueron a cerrar el cajón, que le ví todo vestido de blanco, la carita más blanca que la leche, los labios paliduchos...»

Seguían con el espíritu ya en calma, después de la emoción desoladora, cartas resignadas, en misticismos confortativos, de su corazón de madre. Contábale la letal calma de su corazón, la contristativa soledad de su vida, encerrada en la vieja casona, sin más compañía, que la zafiota de la sirvienta, sin más visitas, que las tardías, de cuando en cuando, de don Jaime, que la hacía sonreir con sus ingeniosas bromas. Después la vida hacíasele insufrible, en las torvas soledades de su espíritu, sin él y sin Isidrucho, sola en aquella casa enorme, que le renovaba a cada rato, las angustias dormidas, trayéndole el recuerdo fúnebre del camposanto, en que, en un nichito pequeño dormiría el angelito, mustio, con su rostro blanco como la leche, los labios paliduchos...

Le incitaba que volviera pronto. Decíale que lejos de él, sentía desfallecerse en vacilantes tristezas, dudando si la vida esta, así tan

ruín y tan mezquina, valdría la pena de vivirla. «No es porque no te quiera, Samuel, por»que te soy adicta con el corazón y el alma.
» ¡Pero estás tan lejos! Está Isidrucho (Dios »le tenga en gloria) tan muerto el pobreci»to! Estoy yo, tan sola. Y para mejor tú, »como también me lo dices, sientes la opre»siva sensación de tus fracasos... Todo esto »me desconcierta en ágrios pensamientos... Y »si no fuera por la esperanza, injerta en mi »corazón, de que, cuando tú vengas, nos ire»mos a una gran ciudad, a vivir esa nueva »vida que tú me anuncias, me sentiría apa»gar a la vida lentamente, pensando en tí, »como esos viejos candiles faltos de aceite, »reflejando la llamita agonizante y morteci»na, en la patina de los bronces».

Un largo lapso de meses, las cartas así, llorando aflicciones. Por fin, en una le cuenta la llegada a Pozuela, de los primos de Jujuy, que iban por una temporada, a su casa de la calle San Martín. Invitábanla constantemente a comer, y a largas tertulias, en que hablaban de mil cosas, recordando el vaporoso pasado, con sus juveniles alegrías, allí en la posesión de campo de la abuelita venerable, la de las canas de plata, toda una ternura de corazón. « ¡Samuel, cuánto bien me hace esta compañía de los primos .La verdad era, que me consumía en soledad. Paréceme que la vida es

menos triste, y que esperaré con más paciencia tu regreso».

En otras cartas le decía las obsecuencias cariñosas, que usaban con ella, Josefina y Emigdio. La convidaban a largas excursiones de coche, por los caminos, a los pueblecillos cercanos, almorzando bajo los sauces, sentándose sobre la alfombra verde de la hierba, a la orilla de los arroyos, bajo espesos saucedales. Volvían a los atardeceres, ya entrada la noche, cenando todos juntos. Y la fraternal compañía de ellos, volvía a hacer florecer en su corazón, el deseo amplio de la vida.

Narrábale después un paseo al Alpatacal el día de la fiesta patronal del pueblito, un día de sol, en que los prados verdes, estaban sembrados de amapolas. Y contábale el regreso a Pozuela, a la mañana siguiente bien temprano, al deperezarse las campiñas en hálitos brumosos, borrachos los tres de la poesía del paisaje y de auras matinales.

Ya en sus cartas, no le abrumaba tanto, con el cansino pedido, apremiándose el regreso, complaciéndose en cambio en pintarle los primos: «Josefina es alegre y decidora, como una porteña. No tiene de jujeña, sino sus ojazos de endrina, como abalorios negros», y de él: «tiene un rostro cenceño, moreno. Es muy simpático. Ya verás cuando lo conozcas. Seréis seguramente grandes amigos. Dice que piensa en instalar una curtiembre».

Explicábale después los pormenores de la instalación de la fábrica. «Ya llegaron los motores» o «Emigdio salió para Salta» o «Dice Emigdio que te encargará de colocar unas partidas de cueros de propaganda, si tú quieres ocuparte».

Terminó la lectura. Apagó la luz, arropándose bien, hasta el cuello. Estaba boca arriba, con los ojos abiertos en lo obscuro. Meditaba... meditaba hondamente, preguntándose el por qué de aquella extraña analogía, en las últimas cartas de ella. De su regreso, ni una palabra, ¡ni una palabra!; y recordaba las cartas, en que terminaba «tu esposa que te ansía»... ¿sí? ¿era posible que lo ansiara, y no le dijera ahora ni una palabra sobre su vuelta? ¡Bah! — pensó tranquilizándose — después de todo, la larga ausencia habrála acostumbrado a la resignada espera. ¿Y qué? ¿No era mejor al fin, aquel paciente silencio sobre su regreso, que quién sabe cuánto tardaría?

Era indudable. Pero ahora consideraba perplejamente, aquella extraña uniformidad, en sus cartas últimas, con noticias del primo. Emigdio aquí... Emigdio allá... ¿Eh?... ¿Había algo de aquello? ¿Sería posible? Al recibir de vez en vez sus cartas, no había extrañado aquel raro interés por las cosas del primo, dichas así, entre un montón de cosas, como de paso. Pero ahora al leerlas una tras otra, notaba la extraña sugerencia. ¿Eh? ¿Qué habrá

de eso? ¿Qué habrá de eso? — preguntábase hostigado, cerniéndose sobre sí, el avisperío agresivo de los celos.

¡¿Celos? Su sano espíritu de hombre superior, le decía que aquello sólo podía germinar en espíritus túrpidos, fuera de raciocinio, en desbocadas pasiones, y no en los seres natos en esferas superiores, arriba, muy arriba, de los bajos niveles humanos, comunes y záfios.

Además, nada le autorizaba, ni siquiera a pensarlo. ¿Acaso, no eran primos? ¿Acaso, no bastaba a disipar cualquier ténue duda, la natural y cordial franqueza de aquellas cartas, escritas al correr de la pluma, diciendo todo, sin ocultar nada, sin reservas de espíritu? ¡Claro, muy claro!... Y le pidió perdones mentalmente a la fiel y excelsa, en devotiva fervidez, recordándola, cuando en transportes deliquiosos, llenaba de besos su ancha frente de apóstol...

Iba a dormirse. Pero seguía revoloteándole en derredor, la obsesión ingrata.

¡Quince días y sin carta!

Sintió como invadía lentamente su espíritu, el avisperío rojo de los celos salvajes; como si clavasen punzantes estiletes, en su corazón, mil manos aviesas...

CAPITULO XVI

Señora! Señora Luisa! Una carta..., mire usted, la despierto..., son como las diez — irrumpió Ramona, la robusta campesina, entrando destempladamente, rompiendo los tibios silencios de la alcoba.

Dormía ella, y despertóse en sobresaltos.

—¡Ah! ¿Eres tú?... ¿qué? ¿carta?..., bueno... traela..., alargando un brazo de blanco terciopelo, desnudo desde las axilas, por donde se perdía una trenza deshecha; con la otra mano, frotábase los párpados, para despabilarse.

Un sobre azulado, pequeño, con monograma en relieve en la solapa, aún tibia, en el ribete de la goma. Al rasgarlo, curioseó primero la firma, «Emigdio», sintiendo una ligera y brevísima opresión.

¿Qué la diría? Leyó apresudamente la esquela, ¡ah!, nada de particular. Una cariñosa carta de primo; le decía:

«Luisita:

¿Sabes? Josefina se encuentra con un poco de jaqueca. Se quedará hoy en cama. Me encarga que te escriba, pidiéndote quieras venir, a hacerla compañía. ¿Quieres?

Te saluda tu primo.—Emigdio».

Bien sencilla la carta, con las palabras justas. Tranquilizóse al leerla.

—Bueno avisa, que voy al momento..., mira, antes, arrímame la silla de la ropa.

Comenzó a vertirse con lentitud, desganosamente. Pensó en la carta recién recibida, caída ahora sobre la alfombra, entre sus zapatos. La recogió leyéndola de nuevo, y pudo notar el tenue perfumillo del pliego, coloreándosele el rostro, al notar el detalle sugerente. La escribía en papel perfumado, como se escribía a las novias, o a las amantes...

... ¡Oh! — gimió, arrugándola entre los dedos, dominada en inexplicables desasosiegos, en vagos presentires, de algo brumoso e incierto.

Dos o tres suspiros, fueron también dos o tres lágrimas, que enjugó la fina batista del pauñelo. Murmuraba.

—¡Qué locura! ¡Qué locura!

En su espíritu, reconstruía todo el historial amargo y breve. La impresión que le causó

la llegada de los primos, en medio de su soledad inturbada, con Samuel en el lejano Buenos Aires, con el recuerdo perenne de Isidrucho. ¡Pobrecito! Enterró con él, sus esperanzas en flor de juventud, su amor desbordado de madre feliz, en el postrero suspirar del hijo, amado en tiernas idolatrías. Después un ténue, pero frío egoísmo de la vida, fué invadiendo su corazón, en el hostil conjurar de cosas adversas, sola, brutalmente sola, en la caserona aquella, vacía e inmensa, poblada de recuerdos de Isidrucho; del marido ausente y lejano, agobiado en fracaso; palpitando en las habitaciones vacías, en los pasillos solos, en el silencio de la casa toda, el drama de aquel hogar deshecho, en rudos golpes de sucesivas adversidades, envolviéndola en atmósfera de pesadas tristezas, flotando por sobre todo aquello, como un hálito de almas rotas...

¡Y bien rotas! Ella creyó consumirse en vida, a puro saborear de amarguras. Pasábase los días extática en las habitaciones silenciosas, repasando las horas sufridas, probando apenas la comida, dominada en las noches, por largos insomnios, inmóvil en la cama, contando el lento desgranar de las largas horas, en ingrávidas sensaciones de absoluta soledad del espíritu, como divorciada el alma, de la vida ruín, que casi malditos los deseos que le restaban de vivirla. Solo mantenía encendida en su espíritu, como pequeña esperanza, como fuego

fátuo diminuto, iluminando los ábregos inmensos, el abismo todo, de su vida tronchada en flor de gracia: y era la promesa de él, latente siempre en cada nueva carta, de su pronto regreso, para ir a una ciudad cualquiera, a vivir una nueva vida más fecunda en laureles y provecho, vida de amor y de esperanza, edificada sobre las ruinas inertes del pavoroso presente...

Fué entonces cuando llegaron los primos de Jujuy, y no vistos hacía diez largos años, desde la última vez en casa de la tierna abuela. Cuando le escribió Josefina, primeramente, avisándole su viaje, asaltáronla vagos temores. ¿Le guardaría rencor Emigdio? Tranquilizóse al pensar, que después de todo, ni él uno ni el otro, se tuvieron otra cosa, sino cordial afecto de primos, con el largo platonismo sentimental, de una centena de postales cambiadas, enviándose mutuamente recuerdos, y tratándose de novios, porque así lo dispuso cariñosamente la viejecita y no los mandatos reflexivos de sus corazones juveniles, en libres albedríos. Recordó claramente los términos de la carta ruptura, que le escribiera. Una carta breve y seca, comunicándole su casamiento con Villagra. El, digno y desdeñoso, no le contestó ni una palabra. Pero mandóle por correo, el paquete certificado de sus postales.

Después, un silencio de años, entre ambos.

Llegaron ellos, una pálida tarde al jin del in-

vierno, allí a la casa, por los primeros días. Al ver ascender el coche diligencia calle arriba, piafantes los caballos, resoplando humillo por las narices, fué a esperarles al portal. Al pararse el coche frente a la casa, una breve mano abrió nerviosamente la portezuela, y una muñeca envuelta en pieles, dió un brinquito desde el estribo, hundiendo sus coquetos zapatos de charol en el barro. Recogiendo el vestido, salió a la acera, y un sonriente rostro femenino, descubriéndose de las solapas del abrigo, casi ahogada entre las pieles, exclamó con vocecilla alborozada:

—¡Ah, hola! ¡Tú Luisa!

Y allí mismo en la cancel, ungiéronse en sonoros besos, el fraternal cariño. Luisa prolongó el abrazo, en inquietud temerosa de tener frente a frente a ella, al primo desahuciado, al exnovio preterido.

Ruborizóse toda, al verlo adelantarse hasta ella, arrogante, con su amplio sobretodo de astrakán, el grueso puro entre los dedos, riendo cordial, con su rostro francote de cenceña belleza moruna, sintiendo entre sus manos, la suave y tibia de él, que la decía:

—Hola Luisita. Te habrás helado esperándonos... ¿eh? ¿qué tal? ¿qué tal?

Tranquilizóse, al notar la bonhoma expresión de su rostro sonriente, sin asomo de enojos. Lo pasado, era cosa olvidada. Fué solo un capricho, un vano capricho irrealizable, de

la buena abuelita, en su chocha vejez, bondadosa y tierna.

Cuando después, fueron ellos a vivir a su propia casa, no la dejaron desde entonces, quieta un solo día. Paseaban en coche largamente, a las horas sedativas de las tardes, parándose en los pueblitos vecinos. Después cenaba, con los primos, en un tibio ambiente familiar, en el pequeño comedor sobre la calle, rodeado de ventanas inundado de luz y de flores, que poniánle en el espíritu no sabía qué, de sana alegría fraternal.

Recordó los domingos; iban todos juntos a misa de once, con él, que era un tibio creyente que no desdeñaba el largo fastidio de la misa, y el simular unción cristiana, cruzando los dedos sobre el reclinatorio de peluche rojo. ¡Qué diferencia de Samuel, el hosco idealista, libre pensador irreductible, a este Emigdio, blando creyente, que con dúctil espíritu, hincaba en la iglesia sus humillos de ciudad, y sus desenfados señoriles, cuando vibraba argentinamente la campanilla, llamando a la consagración, y bajo las luces se encendía el brillante moaré de la casulla del presbítero, al volverse enseñando el *Corpus*, a la devota grey.

¡Qué bien quedaba a los hombres, aquella tolerancia, hacia el dogma de fe, aun cuando hubiera en ello, algo de socarrona hipocresía! —pensaba. Si Samuel, por ejemplo, no fuera el rudo idealista que era, ¡cuán diferente no

sería la situación de ambos! Y no era que se precisase ser un santurrón, de escapulario al pecho, para pasar por buen cristiano. Ahí estaba Emigdio sinó, patentado de creyente sincero, que jamás dejó su partida de billar por una novena, ni a las insinuaciones de ella, ni a los ruegos de Josefina; ¡a misa y gracias!, contestóles una vez, jocosamente.

Un día, en el oficio solemne de la misa, contemplábalo, reclinado en su oratorio, con su rostro cenceño en religiosa atención, resaltando bien, los rasgos fuertes de sus morenas facciones. Pensaba en lo diverso de su vida, a haberse casado con el primo, como lo quería la abuelita. No hubiera vivido, los sobresaltos pasados, la vida hostil, ya sufrida. A haber sido su esposa, vivirían en playas de lujo, pasarían los inviernos en Buenos Aires, estarían abonados al Colón... Sintió como secretos desasosiegos, de haber errado la ruta de su vida. Pero recordó a Samuel... ¡ah, pobre! El también, el rebelde, todo cariño para ella, un santo de espíritu y de corazón, sufría ahora allá lejos, devorando el pesaroso exilio. Apartó la vista del primo, sintiendo como si traicionase el amor al marido, aquel apóstol de cálido verbo y de manso corazón, que a buen seguro la suspiraría desde el lejano Buenos Aires, en indefinidas ansias. Y allí mismo, oró dos salves, porque el altísimo, la apartase de aquellos

malos pensamientos, que le profanaban el corazón, al fluctuarle sobre el débil espíritu.

—Ramona... haces comida para tí sola... Ya sabes, voy a lo de Josefina... — ordenó al salir.

Diez minutos después en la casa de la calle San Martín.

No bien ascendió las escaleras y picó levemente el llamador, cuando Emigdio acudió a abrirle.

—Buenos días, Luisita... perdona el madrugón... Josefina ¿sabes? me dijo que te pusiera cuatro letras... pero pasa, tonta, pasa..., yo, mira, ya me ves aún con la *robe* — decíale alargándose el brazo, para que considerara la *robe* escocesa, que llevaba.

Hablaron dos o tres fruslerías.

—Bueno, mira. Mientras te quedas con Josefina, voy a darme una raspada. Estoy hecho un *bandito* — decíale, palpándose las mejillas, en que recién apuntaba la barba de dos días; y alejándose por el pasillo, sonriéndose maliciosamente.

Fuese ella a esconder su agitación al cuarto de la prima. Josefina, con un paño de colonia a la cabeza, envuelto a la oriental, incorporóse en la cama, para besarla. Sentóse ella en una *chaisse-longue* mientras discreteaban trivialidades.

Por fin Josefina notándola pensativa, inquirióle.

—Vaye, te pasa algo... Estás triste..., dime lo què sea... Desde que llegaste, te noto pensativa...

—¿Te lo parece? No, no, pues mira. Es que hay días, ¿sabes? a veces una se ríe, sin saber de qué, otras... una está así, con cara tristona..., no es nada, son los cambios de ánimo..., yo mira, soy muy propensa...

Mentía. Bien lo sabía ella. ¿Pero podría enseñarle, acaso, aquellas vagas preocupaciones que la agitaban? ¿Podría decirla otra cosa, que las nimiedades inciertas, que poblaban su espíritu vigilante? Todo aquello, era muy infantil. Reiríase ella seguramente de sus temores ingénuos... ¡Qué tontería! Y no podía remediarlo. En presencia del primo, asaltábanla vagos temores, como de presagios tristes, de cosas fatales y estupendas, que colmarían de acíbares, la copa de su vida, así torva, así triste, que iba bebiendo lentamente. Sufría inmensamente, al notar, en medio de las enervancias de su espíritu alerta, un como apego al primo, no sabía si a su jovialidad burlona, al apuesto y señoril desenfado, o a sus maneras siempre suaves, siempre rendidas en afectuosos homenajes, sonriendo siempre con su bello rostro juvenil, con aquella boca maliciosa, sedienta de pecado, en la que habrían claudicado, Dios sabe cuántas!...

Reclinóse enteramente en la *chaisse-longue*, apoyando la cabeza en la mano, perdidos casi

los dedos, entre los blondos bucles. Pasóle por la mente la brevísima escena con Emigdio, dos noches antes, cuando a las diez, terminada la tertulia, la acompañó, como siempre, hasta su casa. Fué al despedirse en el portal, cuando le insinuó aquella galantería avanzada, que la hizo ruborizarse, en trémulas sensaciones. ¡Qué clara vió su debilidad de corazón y su flaqueza de espíritu; no atinó a decirle ni un reproche apenas.

—¡Por Dios, Emigdio, qué cosas dices!... vete... vete..., hasta mañana, — cerrando azoradamente la cancel, en impulsos temerosos, escondiendo su rubor y su vergüenza, en la manteleta de lanilla.

No durmió aquella noche. A la siguiente, apenas si pudo atrapar el sueño, en las desveladas torturas de su corazón de esposa fiel, que quería reservarse al ausente, pura de alma y de obra, sintiendo como la proximidad del peligro, en el primo galante, que la enredaba en aquel asedio sutil y lento, con maquiavelismos donjuanescos. Hizo contritos repasos de conciencia, para fortalecerse a sí misma, en las seguridades de sus pensamientos puros. ¡No! Ella no le quería, ni siquiera en obsequio, al añejo noviazgo platónico. Apenas si le tenía tibios afectos de primo... Pero allá, en su íntimo, sentíase hostigada por la duda... Sentíase dominada por inexplicables temores, al admirarlo en su hijodalguesca arro-

gancia, en sus obsequiosas galanterías, en su espíritu jovial... Y aún le parecía, que en la obscuridad de su alcoba, aún allí mismo, la miraba él, con sus ojos fascinantes, quemándose ella, bajo lo infinito voluptuoso de su mirada, como una débil crisálida.

Interrumpióla Josefina, en sus divagaciones.

—¡Bah, tus preocupaciones serán por Samuel..., ¿qué dice?, ¿cuándo viene?... mira, yo que tú, le diría que se viniese de una vez... El asunto, es cosa olvidada.

—Sí, mira, hace una semana, recibí carta... Ptchs, lo de siempre, que trabaja mucho y gana apenas para vivir..., dice que piensa regresar para pronto... ¡Ah, si viniera...!

—¡Caramba, chica, bien se vé que lo deseas...

—Figúrate... ya dos años...

Lo estaba pensando hacía rato. Le escribiría urgiéndole su regreso, en un plazo brevísimo. Que viniese pronto! Era lo que podría evitarla el abismo, al que se sentía arrastrada... Entretanto, ya se arreglaría con Emigdio; buscaría la suficiente fortaleza, para hacerle frente, para enrostrarle toda la honda gravedad de su conducta... ¡Vaya si se lo diría!

—Perdona, Josefina, cinco minutos..., quiero escribirle a Samuel, una carta a la ligera, para el correo de esta tarde...

Quedaba el escritorio, al extremo del pasillo, y encaminóse a él para escribirle, apre-

miándole la vuelta. Tomó la pluma nerviosamente, acodándose en la mesa, paseando por la estancia. una mirada pensativa. En su bello rostro, un ligero mohín de tristeza, velaba sus ojos azules. Repentinamente, dos o tres suspiros anhelantes, deshiciéronse en ligeros sollozos que apresuróse a ahogar en el pañuelo, Principió, breves momentos después, ya calmada, a escribir la carta decidida, apresuradamente, como a impulsos nerviosos, parándose a momentos, buscando la palabra oportuna; ¿estaría bien así?: releyó las frases... «sufro mucho y necesito estar a tu lado. Decídete, vente por el primer tren, y nos iremos en seguida a Buenos Aires, como me lo prometes. La vida en este pueblo, me resulta insoportable...»

No era posible aquella vida de desasosiegos. Contó el tiempo. Aun suponiendo que regresase en seguida. todavía eran largos días de ansiosa espera. Ella quisiera huir de Pozuela, aquella misma noche, pronto, y no ver más a Emigdio, al primo falaz, que la asediaba como a una liviana cualquiera, como a una de aquellas tantas, que él habría rendido, jaloneando su vida galante, por *camerinos* y *boudoirs*.

Hízole volver la cabeza, un ligero ruido de la puerta. Sobresaltóse al ver a Emigdio, avanzar hacia ella, sonriente, recién afeitado, ligeramente empolvado, poniéndole una simpática expresión en las facciones .Estaban semicorridos los *stores* de las marquesinas, difundiendo

medias claridades. dando a la estancia una impresión de vagas penumbras difusas. Ella, sobresaltada aún. daba vueltas sobre la carpeta a la carta.

Reparó él, en el pliego escrito.

—¿Qué, te interrumpo?..., ya sabes, si estorbo...; escribías a Samuel. ¿verdad?..., bueno, pues mira, no deberías ser tonta.... al fin y al cabo es un zonzo...

No atinaba a contestarle ni una palabra, viendo el sesgo intencionado de la conversación. Hasta que él, con tenacidad delincuente, haciendo recaer la conversación al punto deseado, mientras le sonreía voluptuosamente, decíale:

—Bueno.... pues decídete..., acuérdate de lo que te dije la otra noche...

—¡Oh, oh, eso nunca!

—Eres una tonta...., ya que el destino no ha querido que seamos esposos. seremos amantes... Lo mismo da...

Ella, aterrada, veíalo acercarse. Temblaba, como azogada. de miedo. La afrenta, para ella y para Samuel, la sintió rudamente sobre el corazón, como un latigazo brutal que castigase sus carnes débiles. como un artero puñal hundido en la entraña. Sentía la garganta. paralizada en pavorosos temores...; no atinó siquiera a cruzarle la infamia por el rostro... Los ojos preñábansele de lágrimas, e iba a llorar, cuando improvisamente, sintió en las muñe-

cas, sus manos rudas... Lo demás, fué cosa de un segundo. Quemó su boca, un beso ardiente, pasional, y unos labios de fuego, hiciéronla estremecer en dolorosas voluptuosidades, enlazada en sus brazos, besándole turpidamente, con alegría salvaje, en los ojos turqueses, en los bucles de oro... Ella se revolvía ultrajada, crispándole las manos en el cuello, arañándole la barbilla recién afeitada, rechazándolo en nerviosos impulsos.

—¡Déjame! ¡Déjame!. que llamo a Josefina...

—¡Bah! tonta, — díjole él, al fin, soltándola y dirigiéndose al pasillo, — no hagas tantos aspavientos por un beso...

Quedó sola. Recostada en el sillón, jadeante por los esfuerzos hechos, con los ojos clavados en el cielorraso, estaba anonadada, sumida en asombros, en estultez dolorosa... Sentía indignaciones consigo misma. ¿Cómo había permitido el ultraje, sin clavar las uñas vindicativas, en el rostro del insolente? ¿Dónde estaban las fierezas de espíritu, con que debía resguardar su honor, contra los desmanes del procaz?... Desfallecida, inerme en el sillón, palpó sus flaquezas de voluntad, para defender sus altiveces de esposa... ¿Por qué?, se preguntaba aquel vacilar casi delincuente, aquellas temerosas congojas, aquellas angustias inusitadas, delante de él? ¿Por qué? ¿por qué? — decíase a sí propia, torturándose en contestar la

pregunta... — ¿Eh? ¿lo quería acaso?... ¡No, no! — se apresuró a desmentirse a sí misma, llorosa, tremulante, abrumada en perplejidades, sintiendo en derredor como la sensación de no sabía qué tragicos inciertos, y de cosas fatales e inauditas, que amenazasen la triste ruta de su vida...

CAPITULO XVII

Melancolizábase todo bajo la hora mansa del crepúsculo. Los vésperos tendían sus mantos grises, sobre la ciudad inmensa. Samuel caminaba al azar, por una larga calle, hasta que por fin, llegó a la plaza Lavalle, hundida entre palacios. Estaba más flaco, y su rostro, con las barbas crecidas, tenía una palidez marmórea. En el desaseo de su traje, adivinábase una nueva derrota de su vida.

Un sendero, lo llevó al centro de la plaza. En el medio, sobre una larga columna, de color verdoso, por el cardenillo del bronce, la efigie del héroe. Dirigióse a un banco, sentándose frente mismo a la estatua del general epónimo, como pidiendo al frío bronce, alivios para su espíritu.

Veinte días antes, quedóse sin ocupación. En el instituto, en que dictaba clases, murió el director, y aquello se derrumbó de la noche a la mañana. La viuda, no quiso saber de institutos y mandó todos los muebles a un remate. Total, veinte días largos, mano sobre mano, arrastrando su hastío. por calles y avenidas, sentándose en las plazas, viendo jugar las turbas de párvulos. Bajaba después, hasta la calle Defensa, a un fonduco, donde por unos centavos, colmábanle un plato, de algún bárbaro guisote. Y nuevamente a vagar, a lo largo de las tumultuosas trochas, de la urbe inmensa...

Al quedarse sin la colocación del instituto, tuvo que dejar también la fonda. No la del «Globo», que abandonó, por no tener para pagarla, sino otra más mísera. Después, no supo bien, dónde conoció aquellos dos bohemios andrajosos, sus compañeros de cuarto; lo cierto es, que por seis pesos, alquilaron una ínfima bohardilleja de la calle San José, y allí dormían los tres, como tres Ataulfos en derrota, vinculados en la hermandad, de aquella sórdida miseria.

Durante diez o doce días. pudo sostenerse con los restos del último sueldo. Pero un día llegó, que se vió sin un mísero cobre, y fracasadas las tentativas para conseguir un modesto empleo. «Espérese unos días». «Pase el lunes». «Déjenos su dirección, le avisaremos»,

y así. Decidióse al fin, a recorrer redacciones una tarde.

Peregrinó por diez o doce diarios. En algunos no quisieron atenderlo. En otros, la respuesta fué brutalmente displicente. «El cuerpo de redactores está completo». Encontrábase abrumado, ¿qué hacer, santo cielo, qué hacer?

Volvíase todo descorazonado; al doblar una esquina, percibió un letrero: «El Federal»; debía ser diario nuevo. ¿Subiría?

Se decidió por fin, recibiéndole el administrador, un viejo seco y desgarbado. «¿Qué? ¿colaboraciones? A ver..., pase usted...»

El diario sí, aceptaba colaboraciones. Pero las finanzas de la empresa andaban mal purgadas. El diario era nuevo, y se iba luchando y tirando. En todo caso, podían pagarle en números. Cada media columna, veinte ejemplares. ¿Convenía?

Samuel cerró trato. Y como su ayuno no admitía dilaciones, allí mismo hilvanó unas cuartillas. Esperó dos horas la edición del día, hasta que apareció el macilente vejete, entregándole los bien ganados ejemplares.

Tuvo aún que venderlos. El primer día, fué voceándolos, por no sabía qué calles. A las ocho de la noche, casi ronco, le quedaban aún tres ejemplares, al ir a tumbarse al bohardillón, derrengado, muerto de cansancio y de sueño.

Después ideó para los siguientes, revenderlos.

Sacaba solo la mitad. pero no tenía, en cambio, que ir de trotacalles. como un arrapiezo cualquiera.

Hacía de ello una semana. Aquella tarde, después de haberlos realizado como todos los días, caminando a la ventura, fuese a dar, hasta la plaza aquella. Veíase sentado. frente a frente al guerrero, al héroe tenaz de proezas legendarias. pensando en lo fortuíto de su vida, así tan variamente vivida. Un mes antes, era aún, un profesor tranquilo, abrumado de trabajo; quince después. engañando al hambre, con falsos expedientes de pan duro. Menos mal, que ahora colaboraba anónimamente en «El Federal». cobrando en ejemplares, que revendía a aquel pobre arrapiezo. descalzo y flacucho.

Voló coincidentemente en su derredor. el recuerdo de Isidrucho. anudándosele el corazón en angustias vivas. al evocarlo... Después pensó en Luisa. hoscamente. frunciendo su amplia frente. sintiendo el agitar interior, de recelosos pensamientos. Tiempo hacía. que algo túrpido. gravitaba sobre su espíritu, como de salvajes celos, en locos desenfrenos mentales. contra el primo Emigdio aquel, que tanto prodigaba ella en sus cartas, acometiéndole como furiosos deseos de volver, de volar hasta ella. para restaurar la paz de su alma, para envolverla en tiernas caricias. para convencerse por los propios ojos, entre férvidos besos, de

su cariño inmenso e igual, de su amor siempre cálido, siempre ferviente y devotivo, a él, al pobre peregrino en exilio, que andaba por aquella ciudad hostil, paseando en plena juventud su espíritu hecho girones, como una bandera rota, antes de entrar a la lucha.

Era ya bien caída la noche, cuando salió de las penumbras de la plaza. Las calles densamente iluminadas, reían una sinfonía de luces, rielando sobre los asfaltos. Al pasar bajo un fanal se observó. ¡Qué incómodo era ir metido dentro de un traje lleno de lamparones, con la camisa mugrienta, con las greñas sin peinar! Pero recordó consolativamente, a todos los laureados con la gloria, que también habían paseado sus miserias.... allí estaba el manco Cervantes, dejando de escribir, para roer una corteza de pan de maíz.... después, Shakespeare... y tantos otros... Se sintió casi contento, de ir por esas calles, ostentando su vergonzante miseria, aquí, en esta ciudad inmensa, donde andaban con cuello planchado, hasta los lustrabotas...

Se le hizo tarde. Buscó curiosamente un reloj en la calle. Al final de la cuadra, en la esquina, una muestra de relojería, apuntaba justas las ocho. Iría a cenar al fondín de Defensa. Entre tanto, palpaba con cierta sensación de alegría, unas monedas en el bolsillo. Aquello era su cena y su almuerzo para el día siguiente. «Y menos mal, — se dijo, que puede

llenarse la andorga», — entre filósofo y resignado.

Quiso pasar primero, por la fonda de Talcahuano, que dejó el mes antes, en busca de cartas. El fondero apresuróse, al verlo, a abrir un pupitre, enseñándole con sonrisa triunfal, el sobre cuadrilongo de un telegrama...

—A ver... a ver..., permita usted—apresuróse a decir, abalanzándose sobre el fondero.

Abriólo nerviosamente. Solo tres palabras, que inundáronle de alegría el semblante, en alborozos contenidos, que se deshicieron en una sonrisilla a punta de labios, como solía el sonreir. Tres palabras de un laconismo expresivo, que significaban la vuelta a la vida, el pronto regreso al terruño, el deseado restituirse, a los ansiados brazos de la excelsa, ensoñando ya, sus besos tibios, sobre su ancha frente pensativa.

«Indulto concedido.—*Pereira*».

Cuando iba a salir, el fondero astuto, que había leído por sobre los hombros, invitóle:

—Ya sabe usted... Villagra; a su disposición..., si quiere, puede venir a hospedarse de nuevo...

El, perplejo, guardándose el telegrama, no sabía qué contestar.

—¿Eh?... sí, bueno... — dijo para salir del paso, no animándose a confesar, lo precario de su bolsillo.

—Pase... pase a cenar.... por cuentas ya arreglaremos... Ya me pagará usted...

Decidióse, y abriendo una mámpara de vidrios, pasó al saloncito, decorado con detestables oleografías. Al entrar, aturdióle el ruido ensordecedor de voces roncas, que gritaban y discutían, de risotas destempladas, lleno el comedor de humo denso, de un olor apestoso a tabaco malo. El fondero indicóle una silla, en una mesa ocupada por seis o siete, que vociferaban acalorados, en trenzada discusión. Dos de ellos, los conocía de antes, de la fonda del valenciano, y saludáronse efusivamente, contentos al volver a encontrarse, en el oleaje humano, de la ciudad inmensa.

Los manteles, llenos de manchas de vino y aceite, parecían mapas. Un mozo, a la ligera, sirvióle dos cucharadas de sopa, sin cuidarse de las salpicaduras, mientras uno de sus conocidos, insinuábale el vino.

—¿Eh?, sí, un poquito..., póngale una copa.

Tomólo contra su costumbre. Aquella noche, con la grata noticia, estaba de genio. Y cuidado que el vinillo era bueno!... Zumbábale en los oídos, el rumor de las rudas discusiones, entre puñetazos entusiastas, confirmando las ideas, que descargados sobre las mesas, hacían temblar las copas, o echaban a rodar las jícaras.

Fueron yéndose todos, poco a poco, y púsósele, dar una vuelta, aún, por esas calles,

Salió por Talcahuano, doblando hacia abajo, por Corrientes, la calle galante, frecuentada en la alta noche, por la gente trasnochera, invadiendo los cabarets y los entrepisos de los *music-halls*, y llenando los cafés de mundanas, apenas se cerraban los cines elegantes y entornaba sus puertas el Odeón. Empezaba entonces para la ciudad activa y febril, la molicia nocturna, en cabarets y lupanares, y en los reservados, de los ristoranes *dorées*.

Pasó frente a tres o cuatro *bars* galantes. Recordó tristemente, su borrachera de whisky en el Tupinamba, y el despertar grotesco, entre las risotadas zumbonas, de aquellas francesas pintarrajeadas de carmín y *crayón*, sorbiendo huevos con pimienta... ¡Ah, qué noche! — pensaba, doblando por Esmeralda.

Harguindegui, rebosaba de gente. Veía Samuel la imberbe *jeuneusse*, iniciada en aquella vida trasnochiega, disipando su juventud entre cocotas, fumando egipcios, paladeando licores, en actitudes indolentes, envueltos en deseos y en túrpidas inclinaciones... ¡Qué juventud la de ahora!... Y se explicaba el gesto de cansancio de la vida, la mueca de renunciaciones prematuras, que veía impresa en aquellos rostros de veinte años...

Sintióse empujado hacia un lado de la puerta. Dióse vuelta prontamente, y una cortesana cruzó junto a él, entrando al *ristorante*, sintiendo pasar junto a su rostro, suaves sedas

vaporosas, oliendo a violetas y a patchulí, en incitativas embriagueces. El acompañante tropezó con él, y vióse precisado a barajar en el aire el *canotier*.

Samuel, confundido, disculpóse:

—Perdone el señor...

—No... nada... no hay de qué... — contestóle el otro, volviéndose. Y de pronto, en alegres asombros...

—¡Ah..., tú... Samuel... en esa facha!... Bueno, mira, voy acompañado ¿sabes?, perdona que no te invite..., pero mañana ves a verme, tengo que hablarte..., alargándole una tarjeta, y entrándose rápidamente.

Era Carlos Carrión .Quedóse él alelado. ¡Carrión, arrastrando un automóvil, cenando de madrugada, en francachelas con mundanas! Vaya... en esta ciudad, se andaba, de sorpresa en sorpresa. Miró la tarjeta. «C. Carrión García. Corredor de la casa Philips y Ramsay. Hotel Galileo». ¿Qué? ¿darían los corretajes para aquellas disipaciones? Pscht... allá se las hubiera... ¿Con que lo había citado para el día siguiente? Bueno, pues iría...

Y echó a andar a paso cansino, cruzándose en la acera con mundanas y parejas, que entraban en los cabarets, como a citas convenidas, hundiéndose en el rumor de bullicio y de fiesta. Y caminó largas horas, por calles y plazas, animado por la esperanza del pronto regreso. Era la alborada, cuando en vuelta a

la fonda, sintiéndose solo en esta ciudad inmensa y fastuosa, reanimados bajo las cenizas, los fuegos del espíritu, en deseo amplio y urgente de vida alta y fecunda, rumiaba los versos lapidarios, del egregio Guerra Junqueiro, ante «la ciudad, esa gran liviana de las gentes»

«...sentado sobre la roca de granito,
«contemplo a lo lejos, la sombra de lo Infinito,
«la soledad en torno. El mar a mis pies
«entonando un himno como los de Moisés...»

CAPITULO XVIII

Paaaasaajeeeeeros al treeeennn...!

Diez minutos después lanzábase veloz el expreso, en largo convoy, rumbo al interior de la república. Samuel, presa de gozosas sensaciones, con el indulto concedido, rumbo a su provincia, sentía dentro de sí, un espíritu nuevo, ansioso de grandes cosas a realizar en el futuro. Llegaría a Pozuela, vendería todos sus pequeños intereses, y a los pocos días, al siguiente si fuese posible, se iría con ella a cualquier parte, a la ciudad que el azar designara, para empezar los nuevos cimientos de su vida, sin recordar lo pretérito, como no fuera para dolorosa experiencia, dejando bien atrás y bien lejos, aquella malhadada Pozuela, donde vivía la palpitante tragedía de su vida rota.

Llegaría como un trashumante, como una sombra, y sin decir una palabra a aquellas gentes, partiría con ella, con la adicta esposa, que lo esperaría a buen seguro, en tristes ansiedades. Pero ya él, volaba hacia ella. Solo unas horas distaban, para liberarla de aquella larga congoja, de sus años de soledad. Con el pensamiento amante y devotivo, enviábale mentalmente, cien y una albricias, mensajeras de horas faustas a vivir en lo porvenir, en las reconstructivas tareas del hogar deshecho, por el que habían pasado, el cielo sabía qué ráfagas heladas del averno...

Pero — decíase — quedábanle aún, arrestos briosos, para vivir una nueva vida, en jocundas alegrías, en la amplia caricia de un hogar pequeño y tibio, en alguna ciudad propicia, dedicado a una intensiva producción intelectual. No estaba él, adocenado aún, para iniciar altos postulados, ni su pluma había dejado de ser la péñola fuerte de frase rotunda, con la que habría de hilvanar, todo su agitado mundo interior de ideas.

Volvía después de su ensoñación, a la cruda realidad, y recordaba a Carlos Carrión, que allí quedaba en Buenos Aires, la ciudad febril, donde había bebido tantas tristezas espirituales...; allí quedaba Carrión, en aquella vida de disipaciones, tirando el dinero, ganado con holgura. Le vino a la mente, el casual encuentro de aquella noche, frente a Harguinde-

guy. Al día siguiente fué a verle, y tuvieron una entrevista muy breve, de afectuosa cordialidad.

—Oye, Samuel, — díjole mientras servía con las tenacillas, el azúcar para el té. ¿Querrás volverte a Pozuela? ¿no es así?

—¿Que si lo deseo? Lee, hombre, lee..., y alcanzóle el telegrama recibido.

Leyólo él, y displicente, le repuso.

—¿Con que te vuelves?... sí... sí... me parece bien... muy bien... ¿Necesitarás dinero, verdad?... Bueno, mira... recuerdo que de estudiante, me pagaste en Córdoba, dos meses de pensión... ¿verdad?..., pues bien, quiero demostrarte, que soy agradecido...; como ando en lindos negocios, ese dinero te lo voy a pagar decuplicado. Espera un momento, voy a darte... dos mil pesos... ¿sí?... ¿por qué haces ese gesto?... ¿te repugna el interés usurario? No seas tonto... recíbelos aunque sea a título de obsequio amistoso..., levantándose a extender un cheque, en una mesilla cercana.

Allí mismo, decidió su viaje de vuelta, para la siguiente semana.

El día de la partida, el mismo Carlos fué a la estación a despedirle. Recordaba las palabras del leal amigo, que aún le sonaban en los oídos.

«Bueno, Samuel... a trabajar de nuevo... tú y tu señora, son jóvenes... aún tienen sobrado tiempo de ser felices...»

¡La felicidad! ¿Pero podría creerse en aquellas cosas decantadas? Las Jaujas y Cipangos del espíritu, no eran sino un montón de irrealidades. La esperanza, era solo una engañosa llama, que ardía en el espíritu, siempre ensoñando ópimos futuros. El hombre, necesitaba embriagarse de quimeras, para olvidar todo lo mísero y triste que le rodeaba. ¿Qué era la felicidad, sino un deseo morboso del espíritu, puramente imaginativo? La felicidad, no debía pasar de los materialismos de la hora, de la satisfacción de lo individual, de la vida en templanza, sin devaneos imaginativos, sin ansias fastuosas. La vida había que recibirla conforme era; a cada uno, tocaba limarle las agudeces...

Pero él mismo, rebelábase contra sus propios raciocinios. ¡Oh, no! Aquella era una felicidad, imposible para él, para su espíritu lleno de ideal, que jamás se ajustaría a aquella ínfima felicidad de Sancho. El quería y ansiaba la felicidad de don Quijote, aunque no la alcanzase nunca, aunque fuera un ansia incolmable, aunque fuese una cosa inaccesible. Cierto era que en la pícara hora de hogaño, habíanse invertido los valores, y don Quijote y Sancho, habíanse transmutado, en don Sancho y Quijote. Pero a él, no le importaba nada: que primara en el mundo, el rey Sancho, el rey Creso, el rey Millón, el rey burgués y abotagado... El, ya no podía renunciar, su ele-

vación espiritual, ni podía destruir su mundo interior, ni podía, ni quería quitarse, todo el excelso azul, que se le había colado en el alma... Que deificaran, si querían, a don Sancho, las gentes gregarias... El seguía, tal como era, hacia el fortuíto destino...

. . . .
. . . .

CAPITULO XIX

Señor... señor Samuel... Llegaremos a Pozuela esta noche a las once...

Palpitóle el corazón, en mil alborozadas angustias. ¡Ah, Pozuela! La aldea hostil! Y allí estaba ella, Luisa, la excelsa, síntesis de su amor absoluto, sintiendo aún en los oídos el eco de la ruda voz del postillón «a las once en Pozuela...», haciéndole reconstruir el triste historial, de sus tres años de ausencia. Recordó la noche, la negra noche de su fuga, en que se lanzara a lo desconocido... Y se gimió, quedo, muy quedo, que por lo menos quedábale entonces el hogar intacto..., ahora..., santa providencia! el Isidrucho aquel de su carne, el pobrecillo dormiría en el camposanto, plegados para siempre, los párpados de sus peque-

ños ojos azules... ¡Oh!, qué horror!, y pasóse por la frente la mano, desechando aquella idea... Pensaba, en los gusanos viles, que lo roerían...

Iría con Luisa, a llenar de violetas la pequeña tumba. Después, prontamente, con toda rapidez, al siguiente día si fuera posible, saldrían para Buenos Aires... Allí podría reconstruir su vida, y triunfar de nuevo. Haría obra fecunda. Podía su genio, hacer repicar campanas de plata, y acumular sobre su frente, frescos laureles. «Sí... sí; alquilaría un departamento pequeño, en coqueterías diminutas, »con mucha luz, con dos o tres balcones, por »donde colara entre las cortinillas, el solcillo »tibio, en las blancas mañanas del invierno, »mientras él, burilando su pensamiento, trabajaría en el ansia gestiva de cosas magnas...»

Las palabras del postillón, volvieron a obsesionarle «a las once en Pozuela». Le haría a Luisa un telegrama, avisándole su llegada; y entróse a la agencia a escribirlo.

—Oye, ve a poner este despacho, ordenó al postillón. Ahí tienes un peso... te guardas el vuelto.

El muchacho, era un redomado tunante. Dió vuelta a la calle, rompió el despacho tras la esquina, y guardóse tranquilamente el dinero.

Samuel fué entretanto, a sentarse nuevamente a la diligencia. Sentía algo inexplicable, y agi-

tábanle como extrañas alegrías, como inauditos desalientos, que fuesen infinitas tristezas....

. . . .

Miró la hora a la lumbre del cigarrillo... Las once..., dentro de diez minutos en Pozuela. Pegó la cara a un vidrio de la ventana, tratando de interrogar en la obscuridad de la noche, los familiares paisajes... Sólo veía allá a la derecha, en la profundidad del adivinado valle, un fosforear de luces... ¡Pozuela!

Sentíase agitado por azarosas inquietudes, que encontraba él, sorprendentes y raras... Serían sin duda las emociones sensacionales del momento... Pensaba en ella, en aquel pueblo, que abandonaría al día siguiente... ¿Habría recibido el telegrama? ¿Le aguardaría a la puerta?, sacándole de sus reflexiones, el estrépito de la diligencia, al rodar ya, en los empedrados de la población.

Detúvose al fin, frente al Hotel Provincial, la parada habitual. Iríase en seguida a su casa — se dijo — y mandaría al otro día por las valijas. Alzándose el cuello del macferland, ya apeado, echó a caminar rápidamente. Ante todo, no quería encontrarse conocidos importunos, que le detuviesen. El primer abrazo cordial, sería para ella. ¡Pocas ganas que tenía de estrecharla entre sus brazos, de besarla en sus mejillas, aquellas sus mejillas granas, como el color del vino de la tierra!

En pocos minutos estuvo frente a la puerta de su casa. Sorprendióse ante la cancel cerrada: ni una cintilla de luz en las ventanas.

¿No habría recibido el telegrama?

Tal vez por la hora pensó. picando el viejo llamador de bronce en dos golpes acompasados, que sintió resonar fuertemente por lo interior, temblando de gozosa alegría, palpitando su corazón de esposo pródigo, sintiendo arder las sienes...

—¡Quién es! — interrogó con campesina rudeza, una voz desde lo interior.

—Abra. abra, ligero, buena Ramona... soy yo.

Sintió los fuertes pasos de la sirvienta. al bajar la escalera. y el correr del grueso cerrojo.

Ramona. alumbrándose con un candil, al abrir la puerta y ver a Samuel, quedó alelada, abriendo tamañita la boca, exclamando despavorida.

—Alabado sea Dios! ¡El señor! ¡El señor Samuel!...

—Sí, yo, no te asustes... Ve a prevenir a Luisa... ¿No llegó el telegrama?

—¿Telegrama? No había llegado — informóle mientras subían la escalera.

Mas Ramona. se plantó en el rellano y elevando el candil, interrogóle.

—¿Qué, iré a buscar a la señora?

—¿Pues qué? ¿No está en casa, Luisa? ¿Adónde? — apuró él sorprendido.

—En casa de los señores primos...

—¡Ah! — suspiró, respirando recién. ¿En casa de Josefina?, no deja... iré yo... vé prendiendo las lámparas... — bajando apresuradamente y encaminándose a la calle San Martín. Iba por la acera, con las manos en los bolsillos, caminando rápidamente. Observaba la inmutabilidad de cosas en el villorrio. Todo igual a través de los años. Todo lo mismo, como si la villa viviese bajo la ingravidez de Cronos, en sueño secular. Diríase que habría como un designio fatalista, que detuviera la marcha de los pueblos, enterrándolos en olvido de civilización, con atraso de centurias, condenados a vivir el polvo de los siglos, como esta Pozuela, que sólo había tenido un instante luminoso, en su vida de pueblo humilde. Fuera aquél, en que un apóstol gritara su verbo redentivo, llenando de livideces subitáneas, las sombras espirituales, que cerníanse densamente sobre el villorrio... Después, la derrota del apóstol, y al igual que las arenas de la playa, cubren la huella que marcara un pie, así también perdíase aquella breve etapa luminosa, en los horizontes bituminos, que rodeaban a la aldea ignara y hostil. Andaba por las mismas calles, de desparejo empedrado, sumidas en penumbras, de desniveladas aceras, cuyas accidencias, aún se sabía de memoria.

Al final de la calle, vió la botica de don Cástulo, iluminada. Estarían de tertulia, seguramente. Bueno, pues pasaría por la calleja, para pasar desapercibido; por aquella primera noche al menos, que no le viesen. Y dobló por la calleja obscura, sólo iluminada al final por un farol, de luz amarillenta y mendicante.

Pero no era él solo, el que elegía la calleja de discretas obscuridades. Al fondo, veía él avanzar una pareja por la acera. Serían un par de enamorados — pensó — que elegían el tortuoso callejón, para poder darse un beso. El también, al regresar con Luisa, volvería por allí. para emular estos tórtolos, que venían ahora cuchicheando calle abajo. Se disponía a atravesar la calle, para no tropezarse con ellos. pero acometióle una maligna curiosidad, de averiguar quiénes fueran. ¡Vamos, apenas bajado a Pozuela, en aquella actitud celestinesca, sorprendiendo idilios nocturnos, por obscuros callejones!

Metióse en el hueco de un portal, pensando que sería una criada cualquiera, en expansiones amorosas...

Atisbando, veíalos acercarse. Vió pronto su equívoco. reparando en el lento caminar de ellos, discreteando en sostenida conversación a media voz. Y escuchó palabras vagas. amorosas. hiriéndole el oído, por diferente entonación, un «sabes querida...»

Pasaban frente a él. Inútilmente quiso des-

cubrirlos con la mirada. Iban discretamente arrebozados, él en su gabán, ella en su amplia manteleta. Cuchicheábanse casi al oído. Hablaba él. con calor de enamorado, y a dos pasos de donde estaba resquiciado, paráronse de pronto, y él, entre amante e imperativo, detúvola.

—Bueno, pues que sea ahora...

Ella, ahogando la voz en la pañoleta.

—Con juicio, vaya...

—Anda, tonta... toma... — y bruscamente, quitándole el chal del rostro, dióla dos besos rápidos, nerviosos y sonoros, como besos de amante en celo, urgido en deseos.

—¡Suéltame! ¡Suéltame!... — díjole ella, rechazándolo, mientras Samuel, sudoroso, anhelante, ahogó un grito de estupefacción y de dolor, que hízole retorcer en el pecho, el desgarrado corazón, en mil palpitantes angustias...

—¡Cielos, Luisa!

Repetíaselo mentalmente, en la inmensa y dolorosa sorpresión de su espíritu, perdido el aliento, paralizado ante la verdad horrible, desorbitados sus ojos, en crueles visiones...

—¡Ella! ¡Oh!... Y en el momento, que iba a blasfemar contra la perjura, un temblor convulsivo recorrióle el cuerpo, cayendo desplomada en aquel obscuro umbral, mientras con mirada estúpida, seguía a lo lejos, el galante dúo, que doblaba ya la calleja...

CAPITULO XIX

Largo rato permaneció Samuel, sentado en aquel umbral, con las manos apoyadas en las ardientes sienes. Sentíase, como sucedíale cada vez que alguna desgracia caía sobre él, como en inconsciencia, en una sensación como de ser inanimado. Reflexionaba friamente, sobre aquella nueva y honda tragedia de su corazón, sobre su soledad absoluta de ahora, solo en el mundo, huérfano de afectos, como un eterno *noli me tángere,* que le rodease... Recordaba todo el historial amargo de su calvario, bebido en diarias ponzoñas, epilogándose todo, en el horrible perjuicio de la infiel, apostatando del jurado cariño, deshonrándole con el villano aquel... ¡Y él la había visto a dos pasos, sintiendo en sus oídos aquellos besos de amante, en repulgos de manceba.

¿Sería aquél. el primo? ¿Sería Emigdio?... ¡Ah! sí. debía ser él, bien lo adivinaba... En la bruta sensación de su desgracia, sintió nacer, en su sangre viril, como indómitos deseos, de trágicas venganzas... ¡Oh!, si pudiera matarlos a los dos. a los dos juntitos. para que sellaran en su sangre canallesca, tamaña felonía! Buscó. tentando en los bolsillos, la *browning*.

Midiendo toda su inmensa deshonra, ajustaba ahora en su mente. como en la sencillez de un mecanismo conocido. todos aquellos locos celos. que le habían asaltado en Buenos Aires. ante el desvío fluctuante de sus cartas. llenas de referencias de los primos, con aquella descuidada constancia, que tanto le diera que pensar... ¡Oh. oh, qué amargura inenarrable la de ahora. al ver exactas, estupendamente exactas. las espinosas sospechas, los inquietos presagios!

Cerníase todo sobre él y contra él. Hasta el impío destino. que le condujo a la calleja, para que pudiera ver en amargas evidencias, su total deshonra, sin que perdiese detalle, en una como cruel delectación del propio dolor. Y veía en su imaginación, la imborrable escena. a la contraluz del farolillo, el remilgo de ella «¡suelta! ¡suelta!», mientras el amante, rendíala en el urgente beso... Al recordarlo él, el excelso espíritu, de alma indómita, hecha a los hondos dolores; él, que no llorara

ni ante el lecho fúnebre de la madre doliente, ni ante la muerte del hijo amado, lloró... lloró en silencio. lágrimas cálidas, ardientes, sin proferir una queja, sin exhalar un suspiro...

Representábasele su vida, como un largo, largo, muy largo camino, por el que ambulase a la ventura, como un vergonzante peregrino, dejando un guiñapo de su espíritu, y un girón sangriento de su carne, en cada zarza del sendero.

Veíase, como un mendicante apóstol, que anduviera por el mundo arrastrando sus pústulas malignas, con el cuerpo en llagas, con los pies lacerados, con el pecho comido por la podre, en la cabeza la corona del suplicio, como un Ashaverus errante, empujado de todos lados al negro abismo, llevando en lo alto su corazón sangriento, a modo de trágico lábaro...

Volviendo a las crudas realidades, veía irremisiblemente perdido para él, el tesoro invalorable de su amor, que él sentía como una caricia amplia e inefable. ¡Nunca más...! ¡nunca más! poseería su belleza en flor, su lánguida belleza, como la de las vírgenes de Botticelli, ni acariciaría las aureales trenzas de blondos cabellos, ni mordería en aquellos labios en carmín de cerezas, ni besaría en sus mejillas suaves como el terciopelo, levemente rosauradas, como las manzanas de la tierra; ni descansaría más su frente, sobre los senos mórbidos, impo-

lutos, como las frescas y blancas flores del manzanero...

—¡Ah, todo aquello sería del villano!... — mascullando entre dientes, una interjección.

Pero lo que le punzaba el corazón, no era todo esto. Aquello apenas si le hablaba a sus sentidos de esteta, a sus sensibilidades de artista, a sus ansiosas voluptuosidades de amante. Lo que le traspasaba en mil puñaladas aviesas, era su cariño fementido, era el torpe desvío, mancillando la honra del esposo... ¡Quién lo creyera! Ella, la madre anhelante y tierna de su Isidrucho, la esposa fidel y adicta, arrojándole al rostro el fango del arroyo! Y él, que en su amor devotivo, la proclamara excelsa como una santa, pura como los albos armiños, casta como los lirios!... Parecióle, como si en una copa demoníaca, apurara acíbares de eléboros.

Imaginábase después, que su cuerpo yerto, yacía en medio de una helada estepa, en un inacabable desierto, roído por asquerosas alimañas, ululando en derredor de los fúnebres despojos, cien fieros buitres, negros y tétricos...

Silenciosamente, sintiendo en su interior, los arañazos dolorosos de aquella hora de torturas, meditaba la siniestra dulzura, de dejarse arrastrar, por aquellos impulsos frenéticos, de torvas venganzas. Y pensaba en las *vendettas* sardas, en que las vengadoras manos hacían ejemplares justicias, en la honda voluptuosi-

dad, de sentir la sangre odiada del rival, corriendo por las manos vengativas y el pomo de los puñales, que el odio hacía certeros, manchando a propósito la propia camisa, para guardarla después, como reliquia del honor lavado, para eternos escarmientos... ¡Ah, si él encontrara a Emigdio, en la alta noche! Con qué placer doloroso, con qué dulce crueldad, lo cosería a puñaladas, contra una pared cualquiera, susurrándole al oído... «Mira, yo soy Samuel... ¿sabes?... aquél, que le robaste la mujer y la honra...» Por delante, o por la espalda, en lucha leal o a traición... fuera lo mismo. Lo que importaba, era verter la sangre del canalla... ¿A ella? No... a ella, no la tocaría... quería en demasía, aquella carne de pecado...

Pero reaccionando después, sobre sus túrpidos pensamientos de sangrientas venganzas, ahuyentando aquella nube roja, pensó que la vida, era así triste, así cruel, y había que mirarla, con tranquilidad mitad optimista, mitad excéptica. Quedaran aquellas siniestras venganzas, deseos salvajes al fin, para la ignara plebe, que ni comprendía ni reflexionaba, dominada por las brutas pasiones. Pero él, el espíritu de selección, el alma ínclita, el alto pensador, debía encontrarse cien codos más arriba, de aquellas sensaciones primitivas, propias de almas inferiores... El rol de Otelo, solo lo desempeñaba la plebe: pero el hombre

superior. justificaba a Boabdil, llorando su Alhama, como hubiera llorado sus mujeres.

Aquella misma noche, se iría a Buenos Aires... a Montevideo... o a Madrid. «Sí, sí, se iría a Buenos Aires» — se dijo. La dejaría a la pérfida, una carta con media docena de líneas, que escupiéranle la grande infamia, que fuese sobre ella como un latigazo... Unas frases que fuesen un manojo de insultos, unas frases que lo dijeran todo, como frases cambronnianas. Por ejemplo así: «Luisa: eres una... perdida. Y a las perdidas como tú, se las escupe y se las desprecia. Se las arroja al arroyo, donde tiraron el honor, como despreciable guiñapo. Te he visto, con mis ojos, en la calle, besuqueándote con un canalla cualquiera. Ni necesito, ni quiero saber más, ni su nombre me interesa» y firmaría «Samuel» a secás.... pondría dentro del sobre, el retrato de ella, que llevaba en la cartera, desprendiéndose de su imagen, al mismo tiempo que de su recuerdo.

Levantóse resueltamente. ¿Pero dónde escribir a aquellas horas? Nadie sino Ramona, sabía su llegada, y quería irse, sin que nadie lo viese. El Continental, estaría seguramente abierto aún. Pero no entraría; a lo mejor, todos sabían su vilipendio. Pasóse la mano por la frente sudorosa y echóse a vagar por las calles, envueltas en sombras silentes...

Media hora después, sorprendióse, al encon-

trarse frente a su casa. Fué una brusca sensación que tuvo. cuando al levantar la cabeza, vió iluminadas las ventanas del primer piso; allí estaría la infiel, regodeándose de seguro, con el amante!... Atisbaría por sobre la tapia. Conocía aquellos rincones, como las palmas de las manos, y recordó cuando de pequeñuelo, se encaramaba sobre los tapiales del huerto.

De dos brincos ágiles. trepóse sobre la pared; anduvo en equilibrio ocho o diez varas, afirmando los pies cautelosamente, para no caer de bruces. Trepóse al balcón de marquesina de la salita, que daba al jardín, y en el que cruzaba las cortinas. una faja de luz. Anhelosamente. contuvo la respiración jadeante: no percibía ni un ruido. La casa. diríase sumida en la santa paz de la noche. a no ser por aquella faja luminosa, que venía a deshacerse, en las cortinas de crochet del balcón. De pronto, la luz desapareció un instante, tan solo unos segundos, que hiciéronle estremecerse azarosamente... Había alguien en vela. Tal vez ella. ¡Ah, si estuviese con él! — se dijo, apretándose furiosamente los puños. Pero él, lo sabría bien pronto!...

Recordó una hoja, algo desgonzada, de aquella marquesina. Apretóla abajo y el pasador de la vidriera aflojó fácilmente. Con mano cauta, empujando con lentitud, abrió una hoja. Uno como perfume tibio del hogar, exhalaba del interior. Y sudoroso, en el jadeo de la res-

piración contenida barbotándole el corazón en el pecho, temblándole azogadamente las manos, metióse adentro.

Tentó los muebles en la obscuridad... el sofá de baqueta. contra la pared, la mesilla en el centro. todo en el mismo orden en que lo dejara años antes. hasta la alfombra que apagaba sus pasos. Siguiendo la trayectoria de luz, dirigióse a la puerta del pasillo. Detúvole en sollozo agudo y convulsivo... «¡Ah!, lloraría en brazos del villano. a lo mejor!...» Ramona les contaría su llegada... Bruscamente, precipitóse a la puerta de la alcoba. presa de ira. loco de celos, en ansias de venganzas, agolpándose tumultuosamente en su frente, mil cosas torvas...

Un inesperado espectáculo, vió entonces ante sí. Quedóse alelado, contemplando con ojos atónitos, la patética escena. Ella, arrodillada junto a la cama, con la cabeza en la colcha, las rubias crenchas en desorden, lloraba en opresas angustias. en sollozos nerviosos, que la agitaban convulsivamente. De espaldas a la puerta. ensimismada en su dolor, ni siquiera le sintió entrar.

Preguntábase él, en su torturada imaginación, sino sería una comedia de la infiel... ¿comedia?. «Sí. sí, y bien a las claras...» Ramona, le había noticiado su llegada. Habríanse sorprendido ella y el amante. Convendrían algún ardid para verse en adelante. y ella se puso a

llorar por el suelo, para que, al llegar él, la encontrase en aquel mar de lágrimas... Aún debía saborear, el acibar de aquella nueva perfidia... ¡Malvada! ¡Hija de Caín!... — murmuró, afirmándose en la puerta, que chirrió, denunciadora.

Luisa, sollozante, miró replegándose asustada. Le conoció al punto, y ahogó un grito... ¡Ah. tú Samuel! — y fué a desplomarse en sus brazos.

Pero él, la rechazó en rudas brusquezas.

—Cállate perdida. Mejor te vendría, besar a tu mancebo, en la calleja de San Antonio...

—¡Nos has visto! Dios mío...! nos has visto!..., y despavorida, presa de un temblor convulsivo, se sentó sobre la cama, retorciéndose las manos, balbuceante de terror. Las guedejas rubias, desparramándosele por los hombros. por las sienes; los ojos azules, ignóticos y profundos. contemplábanle, en expresión de terrores pavorosos. El pánico paralizaba su garganta. y sus labios de grana, entreabiertos, eran incapaces de modular un monosílabo.

Contemplábala él. ¡Ah!. la pérfida, aún después de la confesión paladina, qué cara de espantada! ¡Cómo fingía penosas sorpresas, en actitudes estudiadas! Pero sobreponiéndose al dolor que lo embargaba, díjole imperativo:

—Con que ya lo ves... lo sé todo. Desde hoy te entenderás con tu amante, con el canalla ese... ¿Para esto. me urgías en tus cartas el

regreso? Para enseñarme mi honor y el tuyo, de ludibrio de villanos?... ¡Eres una perdida!, siguiendo en enrostrarle toda su falta, su inmensa falta, recalcando inexorablemente, el ardiente estigma — ¡perdida! eres una perdida...

— ¡Samuel. Samuel!, escucha...

Pero él no quería oirla. ¿Para qué? ¿Quería darle las razones de su caída? ¿Pero podría acaso, permitirla, con su honor hecho añicos, devorado a angustias, con sus resoluciones ya irrevocables, que fundamentara su falta? Eso si que no... ¿Iba acaso, a pedirle perdón? Aquello nada podría lavarlo, como no fuera la muerte...

—Por piedad, cálmate... escucha.

No, no quería saber nada. El se iba ahora mismo. Marcharía por la mañana. Le escribiría a don Jaime, para que arreglase los asuntos. No quería divorcio, para evitar el escándalo. Vendería todo, y a medias..., él en su trabajo, ella con su amante. «Total una perdida. en cualquier lado se acomoda». Con que ya lo sabía.

—Por Isidrucho, te lo ruego...

—Cállate, cállate... No debía invocar aquel nombre. Manchaba hasta su memoria. Y enérgico y resoluto, sacando la cartera, tomó unos cuantos billetes, de aquellos de Carrión, arrojándoselos por el suelo, con un último gesto conmiserativo, a la infiel, que allí quedaba, llorando de bruces en la alfombra.

Salió.

El también deseaba llorar, desahogarse, dar rienda suelta a su dolor.

Sentía en torno, una sensación de absoluta soledad. Ningún vínculo, lo ataba ya a lo pasado, ni le ligaba a lo presente, sin el hijo amado, sin la esposa, sin hogar y sin familia, con aquel pasado tristemente vivido, teniendo solo ante sí, el incierto pavoroso de su destino. ¡Ah, qué deseos frenéticos, tenía de hundirse más en la vida torva, de llorar a gritos, de llorar riendo con risa trágica, como con la risa grotesta y horrible de Guymplaine!

Tres años antes, había abandonado aquella mísera aldea, en noche bitumina, hostigado por la canalla, huyendo como un criminal por la sierra. Pero fortificado, en la tranquila confianza del deber cumplido, con aquel pueblo ignaro, y con el ansia puesta en el hogar que allí quedaba, para esperar su regreso. En cambio, sólo llevaba ahora, las frías cenizas de todo aquello, deshecho el espíritu, con su nombre en el arroyo, pringando ludibrio. Abandonaba, ahora si que para siempre, la maldita aldea, para no servir de befa a la turba canallesca, ni de escarnio de ruines...

CAPITULO XX

Era en Mar del Plata, la ciudad bulliciosa y jocunda. ¡Qué honda tranquilidad sedativa en el espíritu! — se decía Samuel, — fumando reclinado en la *chaisse-longue*, junto a una elegante ventana que miraba al mar, contemplando el inmenso mar azul, sembrado de las velas blancas de los *yatchs*, como bandadas de albos cormoranes, volando sobre campos color turquí...

Fumaba el egipcio deleitosamente, embebido en abstracciones, en la ebriedad de los triunfos de la hora... ¡Al fin! Empezaba a vivir su vida, tal como él la había soñado. Su libro «La muerte de Agamenon», aparecido un mes antes, fué calurosamente acogido, agotándose la primera edición en pocos días, coronando su triunfo transcendental.

Desde entonces. había resuelto instalarse definitivamente. allí en Mar del Plata, junto a la mar inmensa en eclosión de azul... Desde allí colaboraría para los diarios, atendería su puesto del gobierno, y sobre todo escribiría, trabajando incansablemente, hasta cimentar su nombre y su gloria. borrando en la nueva vida de ahora, aquellas páginas dolorosas de su vida, aquel pasado vergonzante y triste.

Mientras vagaba su mirada mansa y profunda, por la amplia pradera azulina del océano, la imagen de Luisa, llenábale la mente, figurándose que la acariciaba los aureales cabellos, que le miraba allí, con sus ojos azules de mansedumbres bovinas, que le sonreía aún, con sonrisilla leve, floreciendo en sus labios de cerezas. soñando que aún le amaba...

Dos años justos que no la veía, desde aquella noche torva, en que las circunstancias brutas, le dieron la ingrata evidencia del desvío de la infiel...

Desde entonces. ¡cuántas veces había pensado en ella. recordándola de bruces en la alfombra, llorando a raudales, en contricciones de Magdalena, como la viera aquella postrera noche! Y quedamente, como temiendo revelarse a sí mismo. el íntimo secreto, confesábase: ¡Cuánto la quería a pesar de *todo!*... ansiando buscarla, tornarla a sus brazos, hacerla revivir a su amor, olvidándolo todo, perdonándole *aquello...*; e irse a cualquier parte, a

vivir ignorados, reedificando los corazones con las mismas ruinas del pasado. Y al pensarlo, sumíase en tristezas indefinibles, que poblaban su alma de angustias...

...Meditaba, viendo a lo lejos, cómo resbalaban los blancos *yatchs* sobre el mar azul, como gaviotas fugitivas... Meditaba en ella...

CAPITULO XXI

Dos meses después, una mañana luminosa, en la concurrida rambla, después del cuotidiano baño marino, una mañana de aire y de sol, discurriendo al azar entre la concurrencia, tuvo un encuentro inopinado. Jeannette de D'Orviex, la coqueta mundana, ahogando un grito de alegría lo detuvo.

—¡*Oh, vous!*

Conversaron animadamente. Ella tenía puesto un hotel... ¿que con quién?... ¡qué curioso!... era el Ministro Z... pero a la noche, cenarían juntos... le esperaba en la Rotisserie Montesinos... ¿eh? sin falta! y con un *adieu*, que era todo una promesa, le despidió graciosamente.

Bien adivinaba él. lo que Jeannette quería.

Estaba enamorada de él, y a la moda en boga, quería tener un amigo literato... Parecían estas románticas francesas, cortadas todas por el molde de Mimí Pinson...

Pero él no mordía el anzuelo. ¿Querida? Imposible... ¿Podría, cuando tenía las llagas vivas de su corazón, constantemente abiertas, andar en frívolos devaneos con mundanas? El solo quería a una... a la infiel!

En todo caso le recomendaría a Jeannette, a su amigo López Sanchiz, un desordenado, jovial y farandulero... Lo que ella quería.

Contristado con los recuerdos de su amor aún viviente, entre las zarzas del pasado, a modo del igneo rescoldo entre las cenizas, invadido en nostalgias el espíritu, con laxitudes enfermizas en el cuerpo, con gesto doloroso y cansino en el rostro, dejóse caer en el sillón frente al escritorio, donde sobre la roja carpeta le esperaban las blancas cuartillas, suspirando los inmensos desalientos de la hora, pensando en la vida tan varia e imperfecta. Comparaba el pasado, cuando viviendo para su amor devotivo, habíase abandonado a tareas insustanciales, perdiendo su obra, esterilizando sus juveniles energías, al momento de ahora, empujado por las cosas al camino de la gloria, y a la senda del triunfo jaloneada de laureles, sintiendo en cambio un enorme vacío allá en lo íntimo, como de algo que faltara en su ser y que debiera llenarlo en hálitos de vida, infun-

diéndole esperanzas y jocundas alegrías, en las horas negras del espíritu.

¡Cuán cansado encontrábase de aquella vida monótona, cronométrica, debiendo inspirarse a hora fija, para llenar las cuartillas; las comidas a momento exacto; con la alcoba siempre vacía, que le hablaba constantemente, a las horas de alta noche, de sus tronchados amores, de su corazón en derrota, anhelándola siempre, a pesar de *todo!*; y los instintos vigilantes, envolviendo a la infiel en recuerdos de añoranzas de sus singulares encantos, rendidos a él bajo las emoliencias del deliquio, dejándose emborrachar en aquella locura dulce y túrpida, hostigado por los ardorosos frenesís, nunca ahito de sus mansedumbrosas caricias, ni de sus trenzas blondas, ni de sus labios de fresas, ni de sus senos de nácares.

Oprimió el timbre.

—Isabelina — dijo al aparecer la criada,— súbame un aperitivo y la correspondencia.

Ligera como una corza de los campos, tornó la fámula con lo pedido, colocándolo sobre una mesilla. Dejó caer los diarios en el sofá, campeando sobre ellos una carta de sobre azulino, diminuta y abultada, como reventando de noticias transcendentes... Estremecióse ligeramente, al reconocer la menuda letrilla de patas de araña...

«Luisa que escribía...». Bueno, pues iría al cajón, sin abrirla, como las otras... e instinti-

vamente. tirando de un cajón, abriólo, dejando ver las cartas de ella. recibidas durante aquellos dos años, intactas, sin abrirlas, de las que solo apenas había leído el sobre. ¿Para qué leerlas? ¿Acaso estaba él dispuesto a reparadoras admoniciones? ¿Podría hacerlo. palpitando aún. en aquellas cartas. el doloroso episodio. como garfios de hierro al rojo, rasgando su carne?

¿No eran. acaso, aquellas cartas, como capítulos de la vívida novela, de su pasada vida, que quería él sepultar, en desdeñosos olvidos? Si quería sacar limpio del fango, su honor en mancilla. ¿qué le interesaba, cómo, ni cuál fuera la mano que le arrojara el lodo? Por el contrario. tenía él mucha necesidad de ignorarlo. de perdonarlo todo, de tender un puente sobre aquel abismo. que nada detuviese los domeñadores impulsos de su pasión vieja. al renacer en su corazón inusitadamente. con los bríos de una nueva primavera. que repoblara de verdes hojas. el ramaje del árbol añoso, despoblado de hojarasca por los rudos cierzos del invierno.

Tuvo un ligero sobresalto. cuando al conjuro de sus pensamientos, concretóse a sí mismo. la pregunta que le hostigaba. ¿Podría lavarse aquella mancha indeleble, sobre su honor invindicado? La voz de la razón, respondíale que aquello del honor, estaba fundamentado, sobre añejos convencionalismos. y que las pa-

siones humanas, ni respondían, ni acataban prejuicios.

No había más honor ni más ley moral, que la ley de la propia conciencia. No podía haber más pauta, ni más regla, que la de los propios sentimientos. Las pasiones humanas, irregulables e irrefrenables, no podían subjecionarse, a cánones precisos. Al corazón, como al espíritu, no podía oponérsele, ni vallas ni fronteras. A la postre, bueno estaba que la informe sociedad, se cobijara con todo aquello, para cubrir sus deformidades morales... El cuerpo podrido, había que taparlo con sedas... Pero él, el pensador inclaudicante, el espíritu de *élite*, el alma ínclita, cien codos arriba de aquella vida falsa, ¿debía y podía renunciar acaso, el generoso impulso, la elevada idea, el magnánimo gesto? ¡Mil veces no! Aún entre la befa de la turba, bajo el escarnio de los viles, ante el tumulto hostil, él, debiera ir recto, hacia el Jericó de su vida, inexorable, con la voluntad de un asceta, con la indómita energía de un apóstol... Quedara la hipocresía, de velar las fieras pasiones, para la turba, para los espíritus de ergástula... Lo que es él, desnudaba su espíritu y lo elevaba sobre las turbamultas, como una bandera de espirituales rebeldías, como un lábaro blanco...

¿Es que había, a la luz de su propia conciencia, quien pudiera señalar a los demás? ¿Quién tendría derecho, de juzgar a quién? No

iba a ser más fuerte, el convencionalismo social, que la propia pasión... ¡No!

Así decía, dando vuelta entre los dedos, nerviosamente, la carta azulina, diminuta, abultada... ¿La abriría? Sentía, que una fuerza interior, desconocida e irresistible, impulsábalo a ello... Latíale descompasadamente el corazón, queriendo saltársele del pecho. Sentía la lucha en su interior, de la voz del espíritu, destruyendo los últimos reductos del convencionalismo, claudicando bajo la demoledora razón... ¿La leería? Sería beber los eléboros, de mil angustias, sería leer la letal sinópsis de su vida, que él quería olvidar, para su ascensiva vida futura... ¡Oh!, si él pudiera apagar, de un solo golpe, aquellas voces que propugnaban en su espíritu, y seguir los impulsos frenéticos, que le incitaban a tender los brazos, sobre el imaginado abismo, y traerla a su tibio regazo, olvidando lo pasado, olvidando la aldea, olvidándolo todo... ¿Lo haría?; y agobiado en enfermizas nostalgias, sintiendo gravitar en derredor, el vacío que flotaba en su nueva vida, abrumado en añoranzas, de las intensas horas vividas, con el hastío de aquellos laureles, que no tenía a quien ofrendar, ni en el efímero y divino holocausto de un beso, como no fuera en los ansiosos recuerdos; vencido por púgiles deseos, de vivir una nueva vida expansiva y jocundal, bajo las horas joyosas de luz y de sol, en aquel Mar del Plata lumi-

noso, frente al océano esmeragdino, musitando una frase de abacial admonición, rasgó el sobre, del que saltaron tres o cuatro pliegos, que brincaron del sofá a la alfombra...

«Pozuela 15-3-19...

«Samuel, mi Samuel:

»Te escribo, en la dolorosa incertidumbre, »casi en la amarga seguridad, de que ni si»quiera leerás esta carta... Me ha enterado »don Jaime, de lo que yo ya suponía, de que »ni lees mis cartas y las arrojas a la chimenea »o al canasto... Bien está, puesto que tú lo »haces. ¿Qué he de decir yo, sino llorar, llo»rar siempre, por esta nueva fatalidad? Si al »menos, yo tuviera el consuelo, de saber que »tú las lees, que te enterases de mis sufri»mientos, de que supieras de mis ardientes »lágrimas, que me queman las mejillas, que»mándome antes la conciencia, tendría yo la »esperanza de que te apiadaras de mí... ¡Có»mo no habrías de condolerte, de mi inmensa »desgracia, de mis hondos sufrimientos! Ha»berte sido infiel, queriéndote con todo co»razón, inmensamente! ¡Dios mío... qué difí»cil, me es explicarte todo esto!...»

»Te lo juro, te lo juro por una y mil veces, »a tí el bueno entre los buenos, por lo más »sagrado, por las canas de mi madre, por la »memoria de la tuya, por lo que tú más has

» querido, por el alma del pobrecillo Isidru-
» cho; mi culpa, mi enorme culpa, me remuer-
» de la entraña... ¡cuántas veces he deseado
» la muerte, como bálsamo para mi dolor, co-
» mo lenitivo a mis lágrimas, para acabar de
» una vez, con esta tortura constante, que me
» muerde el ser... Me ha sostenido la esperanza
» de tu perdón, el deseo intensamente deseado,
» de volver a tu gracia, de ser tuya, nueva
» y eternamente... ¡Oh, te serviría de rodi-
» llas, si preciso fuera... Reiría siempre, con
» una sonrisa de amor inefable, aunque me fla-
» gelases con un látigo... Mira, es preciso que
» te lo diga..., caí sin querer, con asco y con
» rabia, Dios bien lo sabe, contra mi volun-
» tad, mordiéndome de ira, retorciéndome las
» manos, escupiéndole al infame en el rostro,
» pensando en tí, midiendo mi impotencia, llo-
» rando lágrimas de sangre, con la voluntad
» inerte, para defender mi honra y tu honor,
» contra los desmanes irreparables del osado...
» ¿Por qué Dios, nos habrá hecho a las mujeres,
» de tan débil argamasa?... Emigdio, (si tú su-
» pieras cuánto le odio), valido de mi soledad,
» lejos de tí, con el luto de Isidrucho en el
» alma, medio muerta de tedio y de pena, so-
» la en este caserón, como ahora lo estoy, en
» que todo me habla de nuestras almas rotas,
» rodeada de penosos recuerdos... y también...
» sí, sí... la miseria, figúrate... ni un peso
» en casa; ayudado aún con la complicidad

» calculada . y tácita de Josefina, fué ganán-
» dose mi confianza... «Mira Luisa, si precisas
» dinero, ya lo sabes...» «Escucha tonta, de-
» ja esa casota triste, y vente a vivir con nos-
» otros...»

» Yo nunca quise, pero a porfía, llevábanme
» todas las noches, a cenar a su casa, a las
» tarde a paseos y meriendas por los prados...
» Yo siempre en vigilantes recelos, en medro-
» sas desconfianzas... Hasta que un día, sor-
» prendióme sola, y me besó... Aún recuerdo,
» cómo le clavé las uñas en el cuello, en ra-
» biosos paroxismos. Esa misma tarde te es-
» cribí, urgiéndote el regreso, que volvieras
» pronto, que me llevaras, para librarme del
» procaz... Me sentía desfallecer, sin fuerzas
» para repelerle, para salvar mi honor de es-
» posa y de mujer... hasta que por último,
» la noche antes de tu llegada, se fingió enfer-
» mo en casa... ¿Por qué no habría muerto,
» aquella misma noche, antes que tener este
» agrio saborear de acíbares, antes de haber
» aumentado, las espinas de este tortuoso ca-
» mino de la vida, antes de haber cavado en-
» tre nuestros corazones, este negro abismo, an-
» tes de verter en las copas de nuestras vidas,
» esta cicuta ponzoñosa, antes de haber hun-
» dido con mis manos irresponsables, en tu
» corazón excelso, el puñal alevoso y artero?
» ¡Ah, quisiera tenerte cerca, estar a tu lado,

» para besar tus pies, mientras te explicase
» todo esto, en contricción de lo pasado!»

«Una vez más, te escribo, contándote una
» vez más, lo mismo. Bien sé, que ni siquiera
» la leerás, pero confío, en que al fin, has de
» escucharme. Siento por lo menos un des-
» ahogo de alivio al hacerlo, volcando en ella
» lo que siento. Tú serás algún día sensible,
» a esta mi constancia imploradora, y espero
» que la voz del amor pasado, del amor vivido
» y aún de mi amor presente, te conjure a
» que me escuches...»

«Ayer llené de flores, la tumba de Isidru-
» cho... Está junto a la de doña Eulalia, tu
» buena madre, que también lo fué mía... A
» la buena viejecita... le puse unas violetas
» en tu nombre... ¿me lo consientes?».

«Te llora y te pide perdón; implora tu gracia
» y además te quiere sobre todas las cosas».

«Luisa».

«Nota.—Te mando ese pensamiento seco. ¿Te
» acuerdas? Fué el que me diste en la ker-
» messe de San Antonio...»

Al terminar la lectura, ardíanle las sienes. Pasóse el pañuelo por la frente sudorosa, midiendo con ojos atónitos, tras la gran marquesina, el inmenso mar azul, que se perdía en el lejano horizonte, de tonalidades grisazuláceas. De cuando en cuando, releía a trechos la carta ardiente, que le hablaba de los fieles pen-

samientos, del cariño constante y adicto, maldiciendo ella, su debilidad femenina, que no pudo evitarle la caída al abismo, suspirándole a lo lejos, retorciéndose en remordimientos, bajo el peso de su culpa... ¡Qué bien comprendía ahora, en claridades meridianas — se decía, — contempladas a distancia, tras los vagorosos recuerdos, a la fría luz de las causas desnudas, libre ya su corazón del rojo y brutal pasionismo, surgiendo en los claros raciocinios, la serie de adversas circunstancias, que la precipitaron a la linde de la sima fatal!

Sola ella, en aquella caserona, lejos del esposo, con el hijo en el camposanto, huérfana de apoyos y afectos, apagándose a la vida en plena flor de juventud, ahogada en dolores, rodeada en miserias. ¡Cómo no iba a desmayar su voluntad, en aquel fatalismo de cosas: «Pobre, ha sido una mártir» — sentenció.

La vencieron después, las tácitas aquiescencias de la prima, la conducta celestinesca de Josefina, que favoreciendo los planes del audaz, había vertido en sus oídos, quién sabe qué falsías engañosas, preparando la astuta celada.

Y resignado, disipadas las brumosas dudas, que sintiera como trágicos nubarrones, bajo la obsesión de su recuerdo, sintiendo palpitar en sus manos la carta férvida y ardorosa, en sedantes añoranzas del viejo amor, retornando ahora, en una floreal primavera del corazón, bajo los balagosos influjos de sentirse inmen-

samente amado, en constancioso cariño, fluctuábale en lo interior, aguijoneándole en ansiosos apremios, la urgidora pregunta.

«¿Perdonaría?»

¿Abriría su corazón, para que entrase por él a raudales, toda la luz, todo el sol, todas las jocundas alegrías de una nueva vida, cauterizando las heridas del pasado, en insoñadas epifanias luminosas?

CAPITULO POSTRERO

Dos días después, a la caída de la tarde, bajo la fina lluvia, pitó estridentemente el ténder, al entrar en la estación, conduciendo el expreso de Buenos Aires. Al pararse en el andén, remolineó la concurrencia, hacia las portezuelas. De un compartimento bajó Luisa de un gracioso salto, retratando en su fino rostro, deseosos anhelos, mirando nerviosamente, buscando alguna cosa en el amplio andén...

—¡Tú, Samuel! ¡Qué alegría!

¡Hola!... Bienvenida... y allí mismo, apretujados entre los viajeros, entre los changadores, entre los carretones de baules y balijas, sellaron el pasado en un beso ansioso y rápido.

—¿Mucho equipaje? Enviaremos más tarde por él... Está lloviznando... Ven, vamos al automóvil...

Y salieron ligeros, deseosos los dos de tumbarse en el *limoussine*, para ahogar las emociones. Echáronse una furtiva mirada al subir. Miró ella con secretas satisfacciones, su impecable vestir, respirando todo en él, los desahogos de su nueva vida. Observábala él, sintiendo derramarse en su corazón, una como voluptuosidad mansa, al contemplarla más pálida, pero bella, aurealmente bella, divinizada por un gesto de dulces melancolías, con la mirada de sus ojos turquíes, más apagada y más blanda, como en ensoñación de horas futuras, a vivir intensamente...

En marcha el automóvil, resbaló veloz, sobre las avenidas, bajo la fina llovizna... Iban los dos embargados de emocionales alegrías, golpeándoles los corazones en los pechos anhelosos, devorando los instantes de brindarse en largas caricias, y envolverse para siempre en un abrazo eternal, en deseada comunión de almas... Al final de la calle, divisábase el mar agitado e inconmensurable, color de heliotropo... Y veíanse rielando los empedrados, bajo las brumas indecisas del crepúsculo, las moribundas claridades del día...

FIN

LAS ZARZAS DEL SENDERO

NOVELA

JOAQUIN MENDEZ CALZADA


MCMXVIII

—¿Mucho equipaje? Enviaremos más tarde por él... Está lloviznando... Ven, vamos al automóvil...

Y salieron ligeros, deseosos los dos de tumbarse en el *limoussine,* para ahogar las emociones. Echáronse una furtiva mirada al subir. Miró ella con secretas satisfacciones, su impecable vestir, respirando todo en él, los desahogos de su nueva vida. Observábala él, sintiendo derramarse en su corazón, una como voluptuosidad mansa, al contemplarla más pálida, pero bella, aurealmente bella, divinizada por un gesto de dulces melancolías, con la mirada de sus ojos turquíes, más apagada y más blanda, como en ensoñación de horas futuras, a vivir intensamente...

En marcha el automóvil, resbaló veloz, sobre las avenidas, bajo la fina llovizna... Iban los dos embargados de emocionales alegrías, golpeándoles los corazones en los pechos anhelosos, devorando los instantes de brindarse en largas caricias, y envolverse para siempre en un abrazo eternal, en deseada comunión de almas... Al final de la calle, divisábase el mar agitado e inconmensurable, color de heliotropo... Y veíanse rielando los empedrados, bajo las brumas indecisas del crepúsculo, las moribundas claridades del día...

FIN

LAS ZARZAS DEL SENDERO

NOVELA

JOAQUÍN MENDEZ CALZADA



BöLIN

Buenos Aires
Agencia General de Libreria y Publicaciones
1571 Rivadavia 1573